QVOD SENTIO IN LITTERIS TRANSLATVM

ET CRITICA AD AETATEM CORRVPTAM

Lo escrito es una alegoría a la mujer
más hermosa de las hermosas,
y una épica a la tragedia
de mi espíritu.

Porque para quienes pueden bautizarse como hermanos a causa de su tragedia en común, serán quienes entiendan esta historia como la declaratoria de una Generación que mucho ansía por llamarse fallida, mas he de ver yo en nosotros una magnitud superlativa de potencial contenido; uno de belleza, de convicción y de lucha. Porque será esta generación la que restablecerá la gloria que nuestros padres descuidaron, y serán nuestros hijos los que sentirán la felicidad que nosotros hoy no sentimos. He pues, considerado desde la más profunda formalidad que, a pesar de mi edad, mis ojos han visto lo suficiente de este mundo, así como mi corazón sintió y mis oídos escucharon. Por ello os digo que miré un mundo donde la belleza no ha muerto en un sentido definitivo, sino que es ocultada. Porque el poder que ella tiene para despertar emociones profundas en el espíritu humano es peligroso para algunos, entonces eclipsan su brillo, y han de usarla a medias, como perverso juego de mediocridad con propósito. Y aunque sea para ridiculizarla, aun así, siempre acuden a ella. Por lo que, en rigor de convicción, he de haberme comprometido a mí mismo a plasmar en cada palabra un lamento por la belleza perdida en este mundo, una alegoría a las penas de nuestro siglo y, principalmente, un monumento a la mujer que no es, pero que será, y que en su proceso de serlo, es a mí la más hermosa de todas. Y digo a vosotros, que no encontréis a ella, pero si el destino lleva a ello, tenedle el más absoluto de los respetos, porque ni oro ni ídolo es, sino un ser humano como vosotros, que idea no tiene de cuántos significados desencadenó con su mera belleza a un corazón tan inmaduro como el mío, que miró en ella una fallida utopía. He aquí que construí un mausoleo con cada una de mis lágrimas volcadas en cada letra, derramadas por la soledad que me abrió los ojos ante la desgracia de nuestros tiempos, así como inspirado por mi infinita fascinación por melodías que tanto han convertido mis penas en el remo que impulsa a la canóa de mi mente sobre el etéreo mar olvidado de la verdadera poesía, donde no existe el mal y tampoco el bien. Pues os advierto, que quienes lean esta historia bendecirán a ella, así como otros la maldecirán; sea pues, tanto el amor como el odio que esta obra reciba, espejo de su importancia y confirmación de su relevancia.

"Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos"
–Jesús de Nazaret.

Dorotea

Una

ÉPICA

Escrita en

TRES LIBROS

Por *Etienne de Threvemont.*

Licenciada y publicada acorde a Protocolo.

MONTEVIDEO

Todos los derechos reservados por Etienne de Threvemont.

Bajo el amparo de la ley de derechos de autor N°17.616 y el tratado internacional de OMPI.

Disponible al público en Archive.org, 2025.

PRAEAMBVLVM

Introducción a la escritura:

ESTOS LIBROS FUERON ESCRITOS
EN CASTEALLANO ARCÁICO.

¡Absteneos!

Absteneos vosotros que de
los más transcendentales
conocimientos carecéis,
porque es esta historia no apta
para los que idea les falta
sobre la Sagrada Escritura, y
para los que a estos tiempos
no cuestionan,
porque a mis palabras
no entenderán.
Solamente vosotros
de los que habéis caído,
y que desde la
profundidad del abismo,
miráis la caida de otros.

GVÍA

Introducción al estilo:

TRES LIBROS Y
NUEVE LAMENTACIONES.

EN LO REFERENTE A LA NARRACIÓN:

En la más absoluta devoción posible
a la idea del prólogo;
La forma en que esta obra fue escrita
representa al vórtice del desespero.
Desde principio a fin, por miles de
palabras, no hay descanso alguno
en su intensidad emocional.

Sobre la arquitectura sintáctica:
Serán utilizados arcaísmos referentes
al Español Barroco y sinónimos elevados.
Los verbos son invertidos, ejemplo;
"Se alzó", se convierte en "Alzóse".

A su vez, el texto también mantiene
elementos del Lunfardo.

En adicional consideración:

El texto está dividido en dos
columnas, representando a
David y Dorotea.

DOROTEA

LIBRO PRIMO

LAMENTACIÓN I.

COLVMNA PRIMA

Oh fin del mundo, tierra de pampas y aguas de plata, que sobre brisas antárticas la miró nacer a la nueva Eva. Decimotercero fue el ciclo del sol desde la concepción mía, cuando ante mis ojos manifestóse la revelación del día. Sea imposible el olvido ante la celestial incandescencia que dio luz al brillo del fuego sobre los cabellos de un ser celestial, faltado de seis veranos a

COLVMNA SECVNDA

Diferencia mía mientras el verano a una fragancia de limón suavizaba tierno.
He aquí que en mi espíritu guárdase un recuerdo que la memoria mía venera sublime con angustia grandiosa y violenta pasión. Una belleza que tanta ilustración como las más grandes penas a mi corazón contagió.
Nostálgico es el recuerdo de tan precioso inicio que en tan infernal cadena tornó.

De sublimes palabras, renacidas las historias de la Europa antigua por la sangre de sus hijos, que a las tierras del nuevo mundo a sus glorias y tragedias migraron. Oh, de horribles fragancias, porque vapores sulfurosos siento emanar desde temibles profundidades que luz divina alguna pueda alcanzar. Trazados los ángulos de una tragedia, astro madre del polvo, menguante a la oscura bóveda embellece sublime, con eclipse de sangre respiró frío temible sobre oscuro hierro. Y en semejanza al choque de afiladas hojas, como en los tiempos de héroes y batallas románticas, con delicadeza de hielo amagando fractura, y ondulado como ataque de espada santa, muerte y desolación poetiza su sonido. De góticas rejas vibrando en melodía fúnebre, suspiros sobre su filo cantan de caos y noche eterna, y mis palabras quejan:
‘’Cielo, tu luz sobre mi norte fallece en injusto juicio.’’
‘’Condenadme, condenadme a caer sobre vastas cadenas y fuegos de azufre’’

‘’Aquí mis lamentaciones.’’
Pues os digo que mi pecado nace conmigo, oh, que a la facultad de la memoria acudo, y con la lírica de mis labios canto mis grandes penas;
Dolor, que al más profundo vacío acabo de golpear.
Angustia, que ahora sentiré el desborde de mi sien ahogar a mí.
Mil años sentiré pasar, y mil años recitaré a mis dolores.
Oh, que a la memoria mía suplico que salve a mí de tan grande terror. Ruidosas fueron mis quejas, y por orden divina concedido fui a lamentar.
Y ante tribunal divino lamenté entre vasta lágrima el recuerdo de una cúpula de bronce, hermosa y luminosa por aquel astro que desesperan los ojos míos.
Oh, hermoso brillo que resplandecía esta estructura, engalanando a los cielos sobre un hermoso edificio que veíase entre el techo de hojas, uno que las acacias hacíanle a la plaza de la hermosa ciudad, y su hermoso barrio de nombre Ciudadela.
Angustia cáusame

recordar a mi yo, decidiendo con qué lamento desperdiciar tan bella tarde. He ahí que mis ojos captados fueron por aquello que de ternura a mi espíritu inflamó. Porque miré a quien hube mencionado antes de tan turbio llanto, jugando y festejando el día y su gloria con vislumbres de oro sobre las aguas del Río, mientras hundía sus manos en una gran fuente decorada con ángeles de mármol. Desconocido mi yo sobre su nombre, sea esto impedimento alguno que negara paz ante tan tierna escena. Y nunca hubieron mirado mis ojos algo tan hermoso en un mundo tan horrible. Porque felicidad causóme al espíritu ver a tan pequeño ser, tan contenta ante el radiante del cielo brillando sobre el agua, al punto que una vez retirado ella junto a su padre regresé a casa mía para contar mis palabras de felicidad a mi abuela Amelia, mencionando a la tan tierna niña que alegró mi día con el resplandor de su cabello. Ironía aquella la del divino, porque Dios hizo a ello preludio de mi futuro, he ahí la última vez que hube

de verla a ella por el resto de cual ingenua edad fue aquella en la que hube encontrado a mi yo gestando indicios de apatía ante la vida, a través de una inexplicable melancolía que en lentitud a mi corazón eclipsó. Y hubo que los veranos no fueron muchos hasta que alzó la espontaneidad de la vida nuevamente, así como su ironía, porque a quien llamaríase Dorotea volví a ver un año después que la condición humana declaróme adulto, una vez pasados dieciocho ciclos solares, y alcanzado mi vida su decimonoveno. Y pareciera que el Divino mismo moldeó el camino de su vida en dirección a la mía, porque el sol naciente de su belleza encontró residencia en la mirada de mis ojos, en las salas del castillo Soneira donde mi yo luchaba contra la falta de rumbo que trae consigo la soledad y el yugo de conoceres forzados. Tan ajenos a mi interés y a mi edad, así como mis ganas de querer avanzar en la vida. Oh de la hermosa estructura, que a ella solo encontraban mis pies cuando hacíame de la poca voluntad, diciendo a mí

mismo que sus saberes jerarquizan por debajo a mi anhelo por propósito y felicidad. Porque tanto miraron sus salas al desperdicio de mis años ante el vacío del presente y la inexistencia del futuro. Oh, que érase la existencia de estos preciosos muros la identidad de la boscosa zona del parque Buschental, siendo en el pasado este hermoso castillo de arquitectura neogótica residencia de un magnate, he ahí que el vender de su herencia convirtió su imperio en el rubro del conocer, y fue en los pasillos de madera y mármol donde el rumor no era hablado mas visto, aunque fue en mi casa que tuve la confirmación, pues híceme de la facultad del escuchar, y escuché a mis abuelos, cuando hubo llegado Francisco de grata pesca en la Escollera, lavando la bendición de su labor, mientras intercambiaba decires con Amelia, mencionando ella a una niña pequeña cual pasado hábito mío era hacerme de los óleos de nuestro armario para retratar mi memoria de ella en las más angelicales pinceladas. Y lamentaba,

que estos fueron mis últimos impulsos de voluntad ante la vida. Siendo en el eco de este recuerdo que veía a Dorotea como aquella flor que una vez jugó en las ruinas de aquella ciudad que tan ingenuo era mi yo, que he de no haber entendido su maldad. Y ante esa nostalgia cuestioné si acaso no habrá sido Dorotea una de aquellas flores del mal, de aquellas que nacidas de las ruinas parisinas, tanta poesía inspiraron.

Y fue que ella inició su aprendizaje en el mismo lugar que yo, y tanta ironía como poesía transmitióme que sea semejante lugar un castillo, como las glorias románticas de siglos pasados, mas cuestionaba al mismo tiempo la gran decepción ante mi vida, porque tan crecido fui, que ya haría dos veranos de haber superado los portones del semejante castillo, siendo que los muchos que llevaron mi misma cifra en su edad ya forjaban sus responsables vidas en madura independencia. Mientras que a polo opuesto Dorotea iniciaba su segundo año esforzándose por conocer aquello por lo

que yo nunca tuve mérito equivalente, así como su primer año en la hermosa estructura que en tan angustiante limbo de apatía deambulaba mi yo. Y mi primer vislumbre de su belleza luego de tantos años acontecióme pues, una matina cuando tan vacío mi espíritu ante toda responsabilidad y sentido a vivir alguno, que en soledad hallábame buscando a una joven mujer con la que una vez hablé en una noche de agosto dentro de un pabellón rosado, frente a un museo, he ahí mi única esperanza y propósito alguno, volver a encontrar a tan fugaz persona que a mis zapatos elogió, recordando cómo en este día de marzo con su húmedo calor y silencioso eco, adentré ingenuamente a las profundidades del parque Buschental. Oh cómo brillaba el radiante del cielo, sintiendo su luz matinal, así como a los estáticos aires que el hervor de la asfixiante humedad pareciera rasgarlos con la vibración de cenizas que a mi espíritu hablaba de tensión y desperdicio vital. Ay de mi limbo, que a los confines del mundo parecí

haber escapado con la incoherencia de mis errados pasos y mis desesperadas metas. Y fue que a la intriga sentí, ante una figura amarillenta a lo lejos que adentrábase entre la madera y hoja de aquel hermoso infierno verde, porque en mi desespero caminé hacia ella, recordando el abrigo amarillo de con quién hablé dentro de aquel pabellón rosado. Mas un aura de hielo pintóme tensión sobre las cejas, porque malevolencia advirtióme el consejo de la razón. Y a las hojas miré tornar como sombra, por cual a mi opuesto miré, preocupando mis ojos ante el rey radiante que como arcángel tentado por exceso de gloria, en ruina oscureció, porque la inmisericordia de una columna de humo oscuro a la luz de sus rayos eclipsó. Y ella venía desde cual horizonte este parque evitóme calcular distancia alguna a causa de sus altos árboles, oh de la nube de aquel incendio, tan estática y tan infernalmente detallada en sus relieves de oscuridad ardiente. He aquí que en preocupación y decepción híceme del juicio y decidí

no adentrarme a donde aquella figura había seducido mis pasos, volviendo a hacer uso de la caminata para regresar al castillo Soneira, de dónde nunca debí haber salido en primer lugar, pues vergüenza ante el atorrantismo sentí, puesto a que acumulábase en mi mente las tensiones a causa de las desaventuras al intentar encontrar a esta mujer, diciendo a mí mismo que estoy tan vacío de esperanza que un mal sueño puede ser mi caída final. Ay de la flor del mal, porque fácil es engañar, y fácil es tentar, mas Y una vez llegado al jardín del castillo, fueron aliados mi razón y moral en declarar que al entrar a aquellas salas mi miserable presencia desencajaría ante la hegemonía del decidido y el responsable. Vaya miserable, que perdido siempre fui de los fundamentos para la supervivencia por andar persiguiendo delirios. Oh dolor, que ante el pensamiento de aquellas salas desbordadas por quienes a mi razón hube considerado indeseables, también sumó a mis penas el hecho de que en esta ciudad, aquellos que

hácense llamar gente, pareciera que si alguien no nace siendo parte de su diminuta secta de conocidos; te odiarán, no querrán tu presencia, y te mirarán con el más profundo asco. Como si la presencia del ajeno fuera a ellos sinónimo de bastardo, que hambriento sobre costas de oro a encallado. Y turbio calambre al diestro ojo provocóme semejante reproche, por cual descansé mis tormentosas rabias al disfrutar el brillo sobre las flores en el jardín del tan hermoso castillo, y por un tiempo a ello hice, mientras el calor y el celestial brillo despejaban los cielos, sintiendo a la hermosa luz olímpica hervir a mi pálida piel una vez más. Y fue la interrupción de mi contemplación hacia las flores la repentina mirada de mis ojos hacia la cumbre de la torre cilíndrica, he aquí que en la ventana del medio, de las últimas tres antes del gran cono azulado miré por primera vez luego de tantos veranos a quien llamábase Dorotea, que ya había alcanzado aquella edad que tuve cuando su inocencia agració mi día,

mas fallé a la ternura, y sentí el latido del doliente hundirse abajo del pecho mío al observar en ella ya no el diminuto ser que una vez fue, mas la madurez de una belleza inconmensurable que comenzaba a florecer, he ahí que el Tiempo y la Historia parecieron detenerse en el más glorioso de los suspensos al mirar el pequeño collar de perlas y su vestido blanco, recostada contra las barandas y peinando su pelo mientras el rey radiante de los cielos brillaba a su norte. Oh del hirviente desierto de dolor nuclear, que con la violencia de su llanto de luz difuminaba a ella el contorno de su silueta con el cálido brillo febril que en tempestades derrama sobre la mitad de las Naciones. Engalanando a la hermosa sobre su debido castillo, y hablando a mis ojos con su hermosura de la misma forma que Uta de Naumburgo una vez fue a la memoria de la Germania medieval, cual belleza el alma común pronunció tallar en eterna piedra y romántico mito. Porque en esta parálisis de encanto divino, alentada

por espíritu y corazón, mi mente vino hablando y diciendo:
‘’He aquí, la imagen y semejanza del Todopoderoso’’
Porque mis ojos miraron un rostro que aun siendo hijo de las imperfecciones de la creación, parecieran sus ángulos trazados bajo la precisión del divino compás de la simetría.
Y cuestionaba yo en ironía, si acaso no habrán sido mis ojos tan bendecidos por semejante Mujer bella, que hube trascendido al falso profeta de la ciencia material, y sentado a la par del espíritu de Platón en el reino de las ideas. Porque la escena que el ojo mío adoraba parecía desvanecerse ante el enfoque del precioso rostro de Dorotea que era engalanado por una cabellera que deteníase en línea horizontal sobre sus ojos. Cabello heredado de los antiguos celtas, con una tonalidad que según sea el gusto de los cielos variaba entre cobre y oro, conformando una síntesis divinal que a la bóveda augusta resplandeció con el arrebol de su voluminoso manto de hilos cobrizos cayendo

sobre sus hombros como derrame de fuego, he ahí que parecióme Dorotea pintaba en los cielos inmortal dulzura mientras yo descifraba la curvatura de sus almendrados ojos verdes, porque sus párpados fueron inexistentes ante el delineado de su propia piel, asemejándola a los pueblos del Este.
Y nunca en mi vida había visto yo a unos ojos tan hermosos que complementaban a una Mujer tan hermosa, y pensé que toda lengua en este mundo debería llamarla bendita.

Siendo aquello que rodeaba ambos espejos del espíritu el contraste entre su piel pálida y sus pecas, cuya tonalidad fue la inversión entre el oscuro y la estrella. Y consigo la suavidad en la piel por cual necesario no era el tacto mas la vista para la comprensión de su indiferencia con la porcelana, sea su delicadez aquella que materialízase en su propio resplandor.
Siendo mi eterna fascinación, como el rostro de Dorotea érase la mezcla poco común que conectaba a ella con

pueblos que iniciábanse en los acantilados atlánticos del noroeste europeo, extendiéndose hasta la paradoja del frío infernal de la distante Siberia. Séase los montes Urales, la frontera que divide dos horizontes donde de un lado ha de escucharse el eco de Roma, y hacia el otro han de solo haber hielos y barbarie. He aquí que miré en ella una belleza fenotípica, y parecióme como síntesis civilizatoria, porque hube notado la angularidad del Este en sus pómulos, y su mandíbula, así como la perfección de sus rectas cejas doradas en su mirada cazadora. Unión de paisajes cual posterior fruto fue quien utilizó semejante mirada para hablarme de encanto divino, uno el cual reconozco la consecuencia en mí mismo de deshabilitar el resistirse a ello. Porque fue el impacto la consecuencia de su mirada, devolviendo a mis ojos la misma pasión con la que yo miré a ella, para luego verse descubierta y desviar con calma a su mirada sonrojada mientras pareciera al aliento perdió, calmando su emoción al acariciar su cabello. Y tan

poco creíble parecióme ver semejante reacción tan sacada de romance antiguo, porque mil contradicciones gestáronse en los procesos de mi razón, que imposible creí que alguien como yo fuera digno de semejante regalo por parte de la vida. Un impacto de amor y ternura que causóme un adormecimiento que expandíase por mi pecho como mancha proveniente del desangre en el espíritu. He aquí una mirada que parecióme diseñada para que solamente yo pudiera comprender su secreto, sea el surgir del mismo la imagen y semejanza de cual incinerante respiro proviene de la profunda brasa del corazón con su hirviente brillo de escarlata, sea su arder uno que sentía yo al igual que la tensión en el silencio entre nosotros dos al fijarse mi vista en semejante ser celestial. Y tanto la tierra como los cielos callaron su suspenso para escuchar el profundo golpe del latido en mi corazón, con su lento y bailable ritmo en repetición, con una intensidad de sus tonos que aumentaba conforme yo observaba a ella, y

conjunto a los vientos boreales surgió de mis latidos cual melodía érase el himno de la pasión. Una belleza que manifestóseme como desborde de toda moralidad que yo háyame creado, cuestionándome a mí mismo si tanto he enfermado a causa de la soledad que una persona tan poco crecida causó en mí tan grande fuego.

Y en las infernales convulsiones de mi angustiante soledad cuestionaba a veces, lo tanto que desearía detener el tiempo y poder volver a observar aquel rostro infantilmente redondo, que si vida ya tenía gracias a su divina geometría, eran esos ojos verdes y almendrados los que ascendían su belleza al plano celestial, porque en ellos miré el amor, y el deseo por aquel héroe que nunca llegó a salvarla de su terrible destino. Sea pues, estas palabras que digo yo, el recuerdo que profunda angustia cáusame a mí, porque dado fue el quiebre del melancólico delirio, recordándome mis ojos a las sensaciones del presente, porque en el callado eco del aburrimiento propio de

inhumana soledad, he de haber sentido el flujo de mi propia sangre. Y entre olores de hierro y azufre tomé un trozo de papel que hube guardado el armario mío, sea su posar en el polvo desde la edad del recuerdo. Y saqué la capa gris que ocultaba su secreto, y volví a sentir el frío de ese trozo de hoja, conjunto a su historia, no tratándose de un pedazo de papel largo como mi dedo, mas en él estaba inscrita la letra del importante nombre, con el arte de la tinta mía.
‘’Dorotea Lombardi de Avellaneda’’

Hubo dicho el garabato cuya condición de ser lo transformaba en importante reliquia. Porque la facultad del pensar aún hace de su uso para el recuerdo. Porque casi una década ha de cumplirse desde el día que vi al sol en su posición más lejana al horizonte y más directa a la corona del pensar. Sea pues la hora en cual Dorotea había partido a su casa, y quedé yo en la soledad del edificio con la profunda duda mía. Y fue ese mi segundo acto de rebeldía, agarrándome papel y tinta, y entré a la sala donde no tenía que

entrar, con el silencioso cuidado del nerviosismo, entre la humedad templada de los pasillos, y su suelo de granito pulido cuyo frío atravesábame el zapato mío. Sea el impulso del atrevido acto la curiosidad ante cual nombre Amelia había mencionado en casa nuestra, y quise confirmar la presencia de quien despertó la llama en el corazón mío. Y encontré la lista que el nombre de ella inscrito tenía. En consecuencia, no pude contener la emoción mía, y escribí en mi hoja el nombre que sospechaba yo, y ese recuerdo ha de haber perdurado, porque es esa hoja la que ha de tener su propia edad, y en ella leo hoy lo que escribí ayer. Y senté sobre la cama mía, y con mis ojos anduve contemplando a la cursiva ya olvidada en su nombre. Sea que híceme del recuerdo ante aquello que tanto arrastróme el pecho mío a la divina, he ahí que la residencia de la inocencia de Dorotea érase en los gustos delicados tan propios de su femenino ser. Y ella tocó el Arpa, así como bailó el Ballet, porque con preciosa luz matinal, una vez anduve desprendiendo naranjas de

un bello árbol a las afueras del Castillo, y entre el eco húmedo del frío y el brillo del rey radiante de los cielos que filtrábase por las hojas, fue que en mi avaricia por bellos frutos encontré en un patio abierto una gran copa de piedra. Cubierta por enredaderas y el brote de plantas desde su interior, siendo que la semejanza de ello fue a la de aquellas ruinas Romanas de las pinturas victorianas, séase la expresada intención de sus pinceladas la oda a la más sublime belleza de la naturaleza, y su hambre por el remanente de las historias que una vez fueron.

Contemplando mis ojos a la incandescencia de Dios a través de los cielos gracias a su cegante moneda de oro, que con sus vapores cósmicos al brillo dio a luz, y con él, en romántica osadía al tallado de los relieves sobre esta hermosa copa desvelóme como sol naciente sobre Tíbet y las Naciones del Este.

Despidiendo a la oscura sombra que noche dio a las historias que en baile de locura amorosa y muerte, encontráronse en eterna petrificación y en

hermoso enredo de botánica armonía, sea ello, el inevitable avance de una flora que complementa al envejecimiento de un mundo que ya no existe. He aquí que entre la bella ruina cargué mis manos con grata cosecha, dirigiendo mis pasos hacia el castillo
Soneira entre fantasiosa sombra. Porque oscuras fueron las maderas de los árboles, y de manto dorado fue aquello que la luz celestial alcanzaba. Sintiendo en mi espíritu estar recorriendo en vida a un recuerdo ancestral, y mis antepasados hablando a través de mis latidos, haciéndome recordar a cuando en el pasado mi misma sangre recorrió los bosques de la Francia medieval. Oh, que nuevamente la luz olímpica guíome la mirada hacia la torre del castillo mientras mis manos cargaban frutos hermosos, y miré a Dorotea practicar su lenta danza desde el balcón de la torre. Y sobre el suelo, casi tapada en su totalidad por rosas y violetas, miré una pequeña ostra que había traído para mostrar a sus amigas que en ella guardaba a las

perlas de su collar. Oh, que fascinaba mi yo en hipnosis paralizante ante Dorotea y el lento baile de sus brazos sobre el cielo, porque parecióme cual ritual de simetría adoraba al sol y su brillo a través del espiral de su cabello cobrizo, volado por la fuerza del viento de Céfiro y Aurora. Y éraseme ello cual eclipse formábase bajo el eje gravitatorio de su oscura silueta hermosa, mientras pareciera Cloris bendecía a la tierna escena con vasta flora de equivalente belleza. Por cual decíame a mí mismo:

‘’Oh Venus, porque hicísteme adorar las estrellas.’’

Porque a Propercio y Lucrecio fue su belleza la madre de la vida, y hasta Marte sométese a ella. He aquí que Dorotea fue a mí futura madre de la belleza que al nuevo Edén nuestro amor fundaría, de la misma manera que a Europa lo fue Atenas.

Y cuestioné a mí mismo en semejante recuerdo, dónde está mi Venus, si acaso obsérvame Dorotea desde su propio astro, y su sulfurosa lluvia. Mas preguntaba yo, cómo una niña que ni mujer era

todavía, ha de poseer semejante belleza cósmica, por cual el eco de su nombre parecíame a mí como si los cielos aceleraran el ciclo de su noche para volverse teatro mientras las constelaciones éranse la divina actuación a su belleza. Y parece ser este recuerdo el que fluye en la imagen de la mente con delicada lentitud, mas ha de ser el de la intensa pasión, porque si los vientos sonaran, sería la intensidad del grito férrico cuya acústica conviértese en melodía ante su propio desvanecer, por cual deja en el espíritu el vacío cósmico de una nostalgia por un mundo que dejó de ser. Memoria de febril sentimiento, angustia metafísica que no revela su ser en el lamento, mas la solemnidad de quien ha comprendido la pérdida de aquello que pudo ser. Puesto que empecé a notar el ardor del ojo, cual visión nubla, sea nuevamente la inundación del rostro mío en el ácido de la miseria. Aun costándome procesar la realidad a causa del reciente despertar, mas pareciera ya ser suficiente recreo para el malestar del

alma. Mas cerré al papel, y guardé a él en el abrigo que tirado tenía sobre una decadente mesa. Séase que los recuerdos torrenciales siguieron inundando la mente mía, y pensé como para en ese entonces, érase la conciencia que ya había madurado lo suficiente como para la reflexión del Ser, por cual notaba yo en aquellos tiempos de incertidumbre, a la concentración de quienes compartían el paso sobre la calle junto a mí, y hube nombrado a ellos como Urbanitas, porque cada paso suyo fue uno que llevaba a un destino, y ese destino era de responsabilidad, mas yo deambulaba por las calles sin rumbo, sintiendo nada más que odio y vergüenza. Así como un terror devorador de cada átomo de mi ser. Oh, que fui a la vida el espectro de la cobardía. Y cuestionaba, que amo a una persona a quien ni siquiera conozco, por cual lamentaba:

‘’Nadie hubo conocido a mí, ni nadie sube quién soy, mas, ¿qué conocerán ellos?, ¡Si nadie soy!’’

Oh, de la vacía cáscara que soy, porque tan poca humanidad tengo, que

necesito adorar un ídolo para vivir.
Y angustiaba yo, porque he de haber caído ante el amor por una persona ni crecida era, ocultando la controversia de mi espíritu ante los oídos y ojos del mundo, porque en los subsuelos de este profundo abismo en mi corazón, odiaba a mí mismo ante el pensamiento de que un indeseable, adulto y fracasado como yo, anduviera gastando sus retorcidos pasos en perseguir a una niña que apenas comenzaba a madurar. Pensando que mejor sería quitarme la vida cuando lamentaba e ironizaba, diciendo que incluso hasta los verdaderos degenerados que con malévola intención, hácense de la inocencia de sus víctimas jóvenes. Y son exitosos en sus despreciables metas, sin temor alguno a las consecuencias, e incluso fanfarroneando sobre sus terribles victorias junto a otros malditos como ellos. Mientras que mi más puro amor ni siquiera alcanza a un saludo. Y aunque el mundo condenara a esta diferencia de edad si mi tragedia fuera revelada. Hube que juré negar a mí

mismo llamarme degenerado. He aquí que si las profundidades de mi corazón condenaban a mí, mi espíritu siempre supo que incapaz sería yo de perversión alguna a una persona tan inocente y preciosa.
Ay delirio, que fui totalmente imposibilitado de hasta hacer el Bien por mi absoluto terror y desprecio a mí mismo, porque si Bien o Mal alguno llegara a caer sobre Dorotea, solamente podría ocurrir si yo llegara a conocer a ella.
Dolor, vasto dolor.

Porque fina es la línea entre la vida y el infierno, y he de vivir en la incertidumbre entre ambos. Lamentando y cuestionando, si no será acaso que el infierno sea mi yo, porque en lo más hondo de lo profundo, un abismo amenazó con devorarme, y el infierno que sufrí parecióme paraíso, porque profundo es el abismo, y tengo yo dentro de mi corazón otro que es más horrible. He aquí estas palabras, razonadas con horrenda pena luego de pensar en mi desquicio, porque ver a Dorotea fue la razón por

cual a la aguja del reloj esperaba moverse, así luego acelerar el paso mío hasta donde encontraría a ella, e intentar hablar a su divino ser, solo para fallar ante el dogmático dictado de perfección cual mente mía obliga a respetar, pues únicamente a Dorotea debía hablarle yo bajo circunstancia perfecta, mas contradecía a mí mismo a la vez, pues fallaban los procesos de mi mente ante la búsqueda de razón alguna por la cual debería hablar yo a alguien que no conoce a mí. Cuestionándome que penosa resúltame semejante lógica, he ahí que si las circunstancias de la vida no actúan como mediador que provoca a dos almas conocerse, entonces no tendría que haber razón alguna por la cual ellos tengan que conocerse. Y cuestionaba yo en angustia la ridiculez de mi lógica, puesto a que el libre albedrío es aquello que define a la naturaleza del Ser, puesto que cualquier persona puede acercarse a cualquier extraño y hablarle, mas confusa hacíase la mente mía cuando empezaban a brotarme las lágrimas mientras apretaba los

dientes ante el pensar, porque borrosa éraseme la frontera entre denominarme como heraldo de la pseudológica para disfrazar a la cobardía, o que tan desmerecedor soy de toda dignidad humana, que ni merezco interactuar con una persona tan hermosa como Dorotea.
Y cuestionaba, si realmente vivo estoy, o es mi vida el bucle de la tormenta que prisionero tiene a mi espíritu.
Y poco entendí, que esta libertad que di a mi ser de llevar a cabo semejante tortura disfrazada de dulzura al intentar conocer a Dorotea, fue en sí una tiranía del espíritu. Y cuestionaba yo, cómo semejante belleza ha de manifestarse en un doble filo cuyo brillo parecióme adictivo, tanto por su promesa de redención como su terror, por cual érase Dorotea causante de magna parálisis en mi actuar.
Porque ha de ser cobarde aquel varón que no creció junto a la valentía masculina de su padre, y la paz femenina de la madre, porque él nunca desarrollará cual balance armónico de los sentires

genera el coraje que hace al Hombre de verdad, sea este coraje uno que solo desarrollan unos pocos de aquellos desafortunados que cansáronse de la nostálgica angustia por aquel futuro que nunca ocurrió. Sea la imposibilidad del mismo, hija de su propia cobardía. Mas recordé yo, el armado de valor propio. Por cual fue mi actuar luego del pasar del otoño y dieciocho días, cuando junté valentía para hacer uso de la voz mía, y darme a conocer a la divina. Pues a Dorotea yo veía, y regresaba ella de sus clases de Ballet, a cual hora intentaba venir a la cumbre de los cielos el Astro de la vida. Una noche fue el consejo del sueño cual revelación transmitió a la mente mía, y escuché la voz que decía:

‘’Y el sol marcará la mitad del día, mas irás, y tomarás la manzana del árbol, y Dorotea será tu bendición.”

En profunda curiosidad desperté yo, pues he de conocer cuál fruto habló la mente mía. Porque tiempo atrás híceme de la sorpresa ante el descubrimiento de que Dorotea vivía cerca de

la casa mía, pues el pie ha de tardar ocho minutos ante el encuentro con la puerta suya, y a las orillas del adoquín ha de haber un árbol de manzanas.
Y dulce fue el aliento de la mañana, mientras esperé con el acenso de un hervor húmedo y el encanto de los primeros pájaros.
Horas pasaron, y agradable sobre los cielos el padre del átomo resplandeció, cuando la nube hubo despejado, y sobre esta tierra precipitaron los rayos celestiales, resplandeciendo con rocío fragante a la tierra fértil después de suaves lluvias matinales. Iluminando desde el grisáceo lienzo boreal a toda hierba, y todo árbol, y todo fruto.
Porque dulce y dolorosa fue la llegada de la hora que la penumbra del sueño indicó, he ahí que al pie mandé marchar con el impulso de mis más fieles latidos, caminando por las calles de siempre, viendo el hundimiento del adoquín a la distancia donde háyase la casa de Dorotea, y cuestionaba a mí mismo lo tan cerca y tan lejos a la vez que estábamos uno al otro. Oh de nuestro bello barrio,

cuya descripción objetiva gravitó la definición de la humildad. Fundadas fueron sus calles por los Anglos, que desde las llanuras y valles del viejo continente cruzaron el abismo atlántico, trayendo su trueno desde el otro lado con humo ardiente y ala de fuego. Porque es en este barrio nuestro en el que aún sobreviven los vestigios de aceros sobre cuales las bestias de hierro respiraron fuego desde sus ruedas en llamas, sin cesar en conquistar fronteras nuevas bajo el atardecer dorado.

Ay del tallado sobre las fachadas de nuestras casas coloniales, cuyos marcos de ventanas y puertas imitaron en piedra al torcer de la tela con su meticuloso trazado de complejas formas bellas, mientras los verdes del musgo crecían entre las barandas descuidadas en los techos. Y húbose criado mi yo así como Dorotea entre los sauces y los caminos de tierra, con piedras diminutas que crujían en los veranos bajo la presión de nuestros pasos. Y éramos nosotros descendientes de aquellos Galos e Íberos que

convivían con el Anglo, así como la facultad de la memoria mía recuérdame los escabrosos rostros de quienes descendían del campo, con sus gorras planas y pieles enrojecidas por el látigo solar. Mayúsculo contraste que ello hacíale a los azulados ojos suyos, la mayoría de ellos hijos de Roma, así como las tierras eslavas al norte de los montes Cárpatos. Y encantado fui por cómo cada calle nuestra llevaba el nombre de hombres que marcaron la historia, y fue ese río de adoquines que en tres cuadras unía mi casa con la de Dorotea, bautizado pues, con el nombre de quien descubrió las verdades más etéreas del número y la materia. Oh, si tan solo supiera él que su ley fue la misma que hizo gravitar mi corazón sobre la circunferencia de mi amor por Dorotea.

Y ahora ha de ser semejante zona no más que olvido y abandono, mirando mis ojos a descampados crecidos, y adornados con la imagen de la fiera hambrienta que busca fortuna en la basura, mientras junto a las bellas casas deterioradas levántase el cantegrilerío

de chapa corroída, y cubos de ladrillo en cuyo centro cuelga una cortina por puerta. He ahí la fila de madrigueras pegadas unas a la otras, mas levemente divididas por claustrofóbicos caminos laberínticos, y en ellas habitaban los rostros del Pardo, y del Zambo, y del Mulato. Y fuimos los rostros perdidos como los de Dorotea y yo quienes en la época de nuestros padres seríamos vecinos, inocentes, que conociéronse al ejercer el juego bajo la incandescencia de los veranos y la humedad sobre los adoquines. Mas son nuestros hermosos rostros desconocidos entre sí, porque he de desconocer cuantos de los nuestros compartieron y habitaron la misma cuna que yo. No solo ocultos unos a los otros, mas con miedo y sospecha. Angustiados y ansiosos ante la decadencia y la animalística violencia en las calles.

Y mi mente no despide mas acumula cual recuerdo de mi infancia y presente trátase de rostros hermosos, porque han de ser aquellos que en su momento sentarían sobre

veredas disfrutando el fulgor del astro divino, y saludando ante el paso del ajeno, sea pues ellos ahora, nosotros, la fallida continuación de un legado, porque ha de ver el ojo mío cómo unos a los otros caminan alejados, en desconfianza y apuro, con cual gesto manifiéstase en el doble cruce del brazo y la mirada austral, queriendo llegar al encierro de sus cuatro paredes, y las feas rejas sobre sus muros, porque he ahí, el conforme que trae a ellos ante la incertidumbre de la horripilante calle.

Porque más fácil es ocultarse del mundo que enfrentarlo. Y miré a los pocos de mi pueblo que al temor resistieron, y mis ojos contemplaron un trabajo incesante que resulta en fatiga, y aun así estos hombres forjados en hierro y lágrima eligieron mantener la labor como único pilar de sus vidas, lamentando mi yo cómo a fin de mes solo reciben salarios con desprecio y miseria. Y en aquellas caminatas matinales a la espera de mi hermosa, anduvieron estos hombres parados en filas y sentados en cubículos, y al mirar

sus rostros amagando llanto entendí que mi yo no sería de Dios mas del diablo si no sintiera pena alguna por ellos. Y desde la profundidad de mis latidos cuestionaba que si he fracasado en llevar sus vidas es porque mi camino de rebeldía sería, como nuestro Señor hace dos mil años, cuando a la contra hubo llevado ante aquellos por quienes hoy estas pobres almas están atormentadas. De angustiantes contrastes, ha de ser que mi corazón desea que cada paso ejercido por el pie mío sea uno en cual el ojo nútrese de aquella inocencia inherente a la infancia. Oh, tan solo pensar en cuánta vida probablemente daba a las veredas cuando en la época de mis abuelos jugaban los hijos de los hombres. Y hoy lamentan mis solitarios pasos el eco de la fría humedad que háblame de muerte. Dolor, ahogante en fuego y terror, por la pérdida de un paraíso del pasado, que ni en el recuerdo tengo a él, mas en el doliente refugio de la imaginación, porque horror ha sido aquello en lo que nací, y tarde a este mundo he llegado, que ni al último latido de tan

hermoso pasado hube escuchado. Oh, que infantil era mi yo, y regresábamos a casa nuestra con Francisco, mirando él con atención a sus alrededores sin importar los tonos del cielo, he ahí los raróficos de las calles, que tantas veces mi querido abuelo hubo de resistir sus dolores de la edad, y apretaba mi mano ante la sospecha, hablándome de apurar el paso. Cuánta angustia causa ello a mí, porque semejante deseo de valentía hube tenido yo cuando decía en mi mente que quería tomar la mano de Dorotea y decirle de escapar juntos, muy lejos de estas calles infernales.
Y aunque mi corazón entristece por aquel pasado de belleza que nunca llegué a vivir, tampoco siéntese en mi espíritu que mi concepción ha equivocado de siglo, porque es este presente en el que he nacido, o al menos tendría que ser, la continuación de cual legado érase a mi juicio de razón, propio de ser descrito con las bellas palabras que mi corazón reserva a Dorotea.
Mas profundo choque de contradictoria admiración

provocóme ella, por haber nacido en equitativa miseria a mí, sea pues el quiebre a la arquitectura de mi espíritu su mera presencia, que hablábame de tierna esperanza gracias a su impoluta belleza. Porque no fue ella noble alguna, mas acercábase a la contemporánea versión de lo que en siglos pasados érase la bella hija del humilde campesino, bruto y descuidado, mas es la deslumbrante apariencia de su hija como milagro que aparece luego de generaciones.

Y muchas veces venían las palabras a la mente mía diciendo;
"Porque serás mi Eva, y yo tu Adán, y entre la ruina caminaremos, muy lejos, porque en este jardín caído ya no hay amor, y será el nuestro el que fundará en el horizonte al nuevo Edén";
"¡Ay Dorotea, porque con tu amor harás que el dolor de la existencia valga la pena!"
He aquí que lamentado y llegado al deseado destino, hube trepado cual muro tenía en su cima la rama del fruto.

Sintiendo un impulso en el espíritu a caminar hacia los portones del jardín, y en el acercar de sus altos muros de bellas flores cuestioné a mí mismo en dolorosa injusticia, cuántos bellos rostros como los de Dorotea habrá ahí afuera que ocúltanse como yo, encerrados en desesperante soledad, y soñando por un mundo que ya no existe. Y ante el lamento hube sentido el aire vaciándose de mi pecho al recordar mi propio apellido, porque de tierras Galas desciendo yo, mas nunca hube conocido los rostros de quienes comparten mi misma sangre, porque han desaparecido en su propia tierra, reemplazados por otros pueblos, y he de únicamente poder ver a mí mismo en óleos de museos. Ay de esos ojos que miran a mí con mil historias a través de pinceladas estáticas en una parálisis de belleza, porque eternamente preguntaré a ellos cómo habrá sido vivir en aquellos tiempos cuando en las calles de París hubo Hombres y Mujeres con rostros como el mío.
He aquí que con lamento en mente y esperanza en el

pecho, fiel fui a mis pasos y a la indicación que una culebrilla ciega indicóme veloz entre bellas flores, por cual seguí caminando en la dirección que la intuición de mi espíritu había indicado, por cual profecía cumplida tornó aquello, porque miré a la Hermosa, y ella regresaba de su academia, y ante el cruce de su diminuto ser, reconocido por su hermoso pelo cobrizo y su perfume a limón dulce, declaré la guerra al miedo y su tiranía. Levantando mi voz en valiente tono y pronunciando el nombre de ella. Y miré giro angelical, sea la sonrisa en su rostro, propia de cual inocencia lleva el ser que no ha visto la maldad en el mundo, mas enfréntase a él con curiosidad infantil ante aquello que el espíritu desconoce. Y contemplaban mis ojos su hibridez entre niña y mujer, sea su delicado cuerpo adornado por cuales modestas prendas elegantes transmitiéronme una tierna formalidad. Y con mis labios anduve contando cada sinónimo de hermosa, porque a ella solo ha de podérsela describir con las palabras

que el poeta Homero dedicó a Helena de Troya. Mas yo desconocía qué decir, pues lo poco que ella podría decirme yo ya lo sabía. Y fue el consejo de la razón mía que alzó su indicación, y di voz a ella, siendo lo mío el preguntar de si su nombre es escrito con la letra del silencio, como lo haría el heleno. Y su voz adornada con perfecta belleza dio una simple y dulce explicación sobre la naturaleza del nombre, explicando cómo no es más que el calcar del sonido en la letra. Notando yo el enrojecimiento de su rostro, porque preguntó si soy yo quien a veces ve en el castillo. Y tan feliz hízome saber que mi presencia fue percatada por ella, que no pude contener las ganas de mencionar cual feroz sentimiento provocó su cabello en lo más profundo del espíritu mío, y mi decir fue el del recuerdo, pues mencioné cómo desde mi infancia quedé fascinado por el color de su pelo, y pude ver cómo ella hundió su mentón. y sonrió mientras su mano izquierda elevó a su pecho, acariciando su cabello lentamente, a lo

que los hipnotizantes ojos verdes atravesábanme el alma. Oh, cuánto amor miré en sus ojos al haber oído ella mis labios decir tan bellas palabras.
Y semejante recuerdo fue cual quiebre causó nuevamente a la visión de la mente. Y lentamente miré hacia un costado mientras apoyaba la palma de mi mano sobre mi pecho. He ahí la pausa que hízome concentrar en el vacío, mientras sentía mis ojos paralizar en una apertura que hacíase cada vez mas dolorosa, y mis labios abrieron lentamente, sintiendo yo un triste calor que salía de ellos. Sea pues el hervor del corazón que golpeó como puño invisible contra la pared del espíritu, como la tormenta de los siglos, y no pude más que tensar mis hombros y golpear mi mesa, mientras el pecho parecía hundirse en ígnea parálisis, y no pude yo volver a levantar la palma de la mesa, pues la tensión del cuerpo hacíase sentir con cada vaciante exhalación, proveniente de las brasas del alma que lucha contra el calor de su propia erupción, una que entierra nuevamente al

fósil del feliz recuerdo bajo la doliente ceniza de aquel paraíso que ha perdídose en la oscuridad del infierno, mas manifiesta su ser en el arder que impidió su alcance. Y semejante sentir, ha de ser cual tirana nostalgia provocó que su calor tensara el cuello, y ardieran los ojos, los mismos que miraron hacia el costado mío mientras respiré con lenta fuerza, mirando con el párpado doliendo ante la ventana mía, y notando el resplandor que absorbía toda luz débil, concentrando su cegante brillo en el blanco rectángulo y sumergiendo al resto de la sala en profunda penumbra. Por cual pareciera el llanto mío dejó de ser la lágrima y convirtióse en el aire caliente que sale de mi boca. Porque no fue esto la respiración del pulmón, mas del corazón, sea ello no el aire, mas el dolor. Porque he de recordar cómo han de haber pasado los días, y las semanas, y los meses. Y únicamente llegué a intercambiar un par de saludos con Dorotea, y nunca he de haberme perdonado a mí mismo por causar ingenua

sonrisa a Francisco y Amelia, quienes creían ansiaba yo por la disciplina del conocer, cuando en realidad la razón de mis ansias por salir de mis cuatro paredes, era la adicción de mi propia mente, ante la ilusión de mi propia promesa. Mirando yo a otros de mi misma edad hacer lo que yo debería estar haciendo, y sentí a mí mismo como fantasma, invisible al mundo, mas lo recorre para calmar su desespero ante la incierta ruleta que teníame prometida la felicidad. Y siempre he dicho que el supuesto amor que una vez sentí fue como una melodía etérea, repetitiva, casi hipnotizante en lo enérgica que era. Mas era de arrastrarme con su ritmo que imitaba a los latidos de mi corazón en sus más aceleradas pasiones, tal que ciegamente bailé a estos cantos melancólicos que en mi mente repetía en perfecta armonía. Perdiendo mi aliento con cada palabra ante el contraste de las enérgicas pulsaciones de su etéreo ritmo, en un trance de esperanza y tensión acumulándose. Oh, cuánto

hube disfrutado yo semejante himno a la locura mientras los cielos oscurecían, y la sombra del infierno avanzaba sobre mi espalda, así como la grieta del abismo abría con cada paso de mis pies.
He ahí la inocencia retorcida de semejante melodía, porque fiel fui cuando sentía la voz que decía:
"No pierdas tu sonrisa, porque la felicidad es tu promesa."
Y ciegamente hube yo disfrutado los engañosos instrumentos de aquel caído del cielo, que anduvo jurando dañar al Todopoderoso a través de la Creación. Y he callado las propias advertencias de mi conciencia, que hablábame de no bailar la música del instrumento prohibido. Y he desperdiciado mis días así como he desperdiciado mis noches. Y he desperdiciado mi juventud, esperando algo, mas he esperado en vano porque nunca hubo nada para mí, y diciéndome que siento la asfixia de la soledad. Porque luego de persistir los días paradisíacos del otoño, levantaba y caíase mi yo

ante mi ventana sin sol, intentando mantenerme firme a la rutina del desespero. Mientras garabateaban mis labios ante las convulsiones de mi tormentosa rabia, diciendo y admitiendo que será otro día más en el que los latidos de mi corazón rendirán ante la traición del miedo, y cuestionaba a mí mismo:
‘’Oh, radiante pecho mío, ¡qué rígida es tu condena!’’ Porque cada vista de Dorotea fue a mí como si el destino forzárame a contemplar la profundidad de aquel abismo que llámase olvido. Y ante su vacío hube pronunciado mi sentencia a ser su jinete infernal. Mas preguntábame como juicio de mi propia decepción, qué es lo que estaba haciendo yo a las afueras del castillo Soneira, porque he de haber convertídome en cual hombre inspira rareza con su actuar, y por lo tanto miedo. He ahí que anduve esperando por horas a ver a Dorotea e intentar acercar mi miserable ser, y calmaba la agonía de mi cuerpo ante las brisas polares, diciendo con cual temblorosa voz disimulaba

los temblores de la locura bajo el lema de que por la victoria vale la pena todo sufrimiento. Mas yo sentaba como estatua, y ante la distancia negaba hasta el parpadear para no perder de vista el rápido destello del cobrizo pelo saliendo del Castillo. Y veces hubo que la decepción ante mi cobardía hízome regresar a la casa mía, antes de siquiera intentar captar su mirada, sintiendo su perfume en cada rincón de las calles mientras regresaba, y cuestionando que ya no hay tiempo ni amor. Oh, aquella vez cuando tuve a Dorotea a respiros de distancia, sea que inocentemente y perdida en sus propias preocupaciones caminó hacia el horizonte mientras mi yo caminaba sobre su sombra, paralizado ante el manto de fuego sobre su espalda, intentando imaginar como sería su rostro en lo opuesto a aquel hermoso pelo que ni su sombra apagaba. Ay, que infernales gritos de desesperación calláron mis labios mientras mi mente desbordaba en convulsiones al sentir mis

segundos despidiendo oportunidad alguna.
Por cual ante la lágrima que comenzó a ahogar mis ojos, sacrifiqué aquel único momento donde la circunstancia pudo haber cambiado mi vida. Y con fuego sobre mi pecho retiré, dejando que Dorotea continúe sus pasos. He aquí que regresando a mi miserable domicilio una hermosa fuente presentóse frente mío, decorada con narcisos, y a su costado tallaba en piedra cual bella dama estiraba su mano a un potrillo de mármol entre lirios y el caudal del cristalino mar sobre los suelos, consecuente a su romántico quiebre ruinoso que al volumen de su preciosa agua derramó. Mas la mente mía miró en tan bello arte la alegoría a Dorotea como perversa burla de la vida, mostrándome la belleza de aquella oportunidad que hasta el día de hoy lamento su pérdida a causa de mi cobardía. Porque en aquella hermosa estructura miré a mi santa, de la misma forma que la veo en cada rincón de esta ciudad. Y mis ojos vieron un destello de luz ante esta dama de bella piedra y su

potrillo, séase mi imaginación que a Dorotea veía estirar su mano al bello equino, mientras el brillo del sol érase como perlas sobre el agua, así como manto divino que cubría el contorno de la hermosa y su animal. He aquí que anduve escuchando melodías inexistentes nuevamente, porque sintióse a mis oídos como desmayo celestial. Ay del corazón mío, que habló al oído, y escuché cual alarido de cobre hízoseme como roce de hierro, con la intensidad de la chispa, y la melancolía de los cielos. Mas recordé la vez que miróme Dorotea desde aquel balcón, y pareció la imaginación mía desvanecer ante el enfoque de sus ojos sin párpado, cuya forma éraseme la curva delicada de los puentes que tanto cruzo en la semejante ciudad. Mas cortóseme el delirio, y nuevamente hallé mi yo con la palma de mi mano cubriendo la frente mía, y mi rostro tallaba en la mirada del desespero, porque mis ojos desbordaron, y el grito mudo era la expresión que daba yo a la nada. Y junto al frío fueme

ello síntesis de condena, porque memoria no falta a mí de las veces que tanto el corazón como los hielos acercáronme el desmayo, mas negaba yo a perder la conciencia, porque el engaño decíame que mañana lograría ser feliz. Por cual hacíame de la voluntad para llegar hasta la casa mía, y colapsar sobre mis piernas ante el espejismo de la inmisericorde puerta, arrastrándome hasta sentir el calor de la deprimente sala, con mi entumecida piel azulada, y la incertidumbre de mis lágrimas entre la derrota y la esperanza. Oh del llanto, porque muchas veces híceme de la lágrima ante el despertar, y sentía el calor de mi rostro tensionando y apretando mis ojos, mientras mis labios saboreaban el salitre de mis miserables lágrimas, porque érase mi boca la que abría, y mis dientes presionaban en furia. He ahí que yo no soportaba más el semejante ciclo vicioso de este romance fallido. Oh desastre, cuánta tragedia y rabia pasó por los fuegos de mi mente cuando en grito mudo pronunciaba la

palabra cobarde ante el pensamiento sobre mi propio ser. Muchas veces esperando la soledad de mis cuatro paredes para revolver mis manos en las profundidades del armario de Francisco, hasta encontrar cual fierro prohibido a mi sien hube llevado varias veces, observando su ruleta de muerte, y contemplando aquel relleno que con alarido de cobre a las penas calla. Y ante las angustias repetía yo mientras el aliento escapábaseme, que siento aquellas miradas de Dorotea perder frecuencia y con ello veo mi esperanza ante la vida escurrirse entre mis dedos. Desolación, devastación, oh, que con horrible ruina y combustión sobre mi sien hacia el más profundo abismo iría a caer si atreviera a la vil voluntad. Y ante el paso de las horas preguntábame a mí mismo cómo será, antes de mi desplome final, poder descansar sobre aquellos labios que con tanta paciencia esperaron valentía. Ay de mi corazón, que parecióme quemarse con fuego penal y gritar muerte a través del ritmo de latidos

espantosos, convulsionado por debajo de mi pecho. Mientras que en círculos anduve caminando y palpando superficies de mesas, y con cuello tenso miraba hacia arriba, y paralizaban mis ojos ante mis despintados cielos oscuros, intentando respirar hondo mientras ahogábame en el fuego penitente de un llanto negado a salir. Sentándome con fuerza ante el debilitamiento de mis piernas, y muchas veces hube vaciado aquella máquina de muerte, y colocado su frío metálico sobre mi ceja, presionado varias veces para sentir el chasquido en el vientre de su malévola arquitectura. Tan industrial, tan fría, y tan diseñada para que su único fin sea causar la muerte. Y aunque no lo admitiera ni pensara en ello, mi mente siempre supo que con o sin Dorotea yo no podía vivir, mas negaba a la muerte, porque decía a mí mismo, que quizás el acto más revolucionario en contra de la vida es querer vivir. Oh, de la vez que miré a Francisco regresar a casa a través de aquella persiana entrecerrada, porque entre la penumbra

y la angustiante luz dorada del atardecer iluminando en línea horizontal a mis ojos, apunté a él lentamente con horrenda intención, y en callada apatía miré a la inmisericorde punta de adamanto seguir al movimiento de Francisco mientras a la puerta acercaba, hasta que el consejo de la moral advertía represalia, y rápidamente escondí a la prohibida máquina.
Y lamentaba yo a Dios, así como preguntaba, y era el rencor de mi pregunta el que si no será acaso que mi error es querer amar cuando ni siquiera amo a mí mismo, porque ha de ser el amor cual verbo busco en la enciclopedia de mi alma, mas desconoce ella su definición. Y desde la más honda profundidad del abismo en mi corazón, he yo cerrado los ojos, y he lamentado la injusticia ante el deseo de que alguien en este mundo apareciera de la nada, y dijera a mí, con el entusiasmo y la pasión que yo siento por Dorotea, lo tanto que desearía compartir el resto de su vida junto a mi presencia.
Y hubo que parecióme el

sentir este como uno que el mundo desconoce, y únicamente yo puedo sentirlo. Y es la intensidad que tanto dolor cáusame a mí, burlada por quienes hasta desconocen el rostro mío, porque paréceme ser la vida como cual circo monta su burla sobre la arquitectura de mi tragedia. Por cual sentía al eco de mis lágrimas golpear los suelos mientras cerraba mis ojos en la oscuridad, diciendo y lamentando;
‘’Oh, Jehová, porque siento la angustia pesarme en los pulmones, y duele respirar cuando estoy solo.’’Sintiendo nuevamente al cosquilleo en mi pecho, hundiéndose en las nubes de un vacío que hierve, y mis costillas apretando a la tormenta de fuego. Porque inmensa érase la culpa mía al ver a Dorotea caer en un espiral de bastardía desenfrenada, oh por ella, que no encontróse a sí misma, y asimiló a la mediocridad de sus prójimos. Y hubo de haberse contagiado el comportar, porque degeneró la pureza de su belleza para no ser marginada por los muchos, y he de haber sentido la desesperación

en el alma, porque el consejo de la razón decíame que únicamente yo podía salvar a ella, coronándome con el monopolio del heroísmo, cuando ni héroe a mí mismo pude ser, por cual angustiaba al no saber cómo actuar ante alguien a quien en sus ojos podía ver un reloj que marca la sentencia, pues Dorotea entraba a la edad con la que el mal hácese de rehén, y la inocencia suya fue arrancada por la medianoche del mundo. Gran contraste ello con los delirios en mis sueños, cuando en ellos miraba a una pequeña niña, a quien recuerdo la primera vez que soñé con ella. Y fue poco después de hablar con Dorotea por primera vez. Fue este sueño en un jardín detrás de mi casa, tan verde, con un cielo azul que imitaba la magnificencia del horizonte atlántico. Y el sol derramaba su luz como espejo de oro, y toda flor, y toda hoja, brilló con un resplandor que transmitía un sentimiento coqueto, porque el difuminar de su brillo era el resalte de Dios sobre el contorno de su propia creación. Séase que ese jardín pudiera hablar,

hablaríame de fantasía, y en él encontrábame feliz, sentado en una silla de madera observando el paisaje mientras que, a mi lado, jugando con las flores, había una niña pequeña, con un vestido blanco y un pelo anaranjado como el fuego, largo y tan brillante que parecía un desprendimiento del Sol mismo. Nunca pude reconocer su rostro, aunque su felicidad érase notable cada vez que mirábame, y yo podía sentir mi propia felicidad, sea ella la de ese padre que siempre quise ser. Y veces hubo en las que ella dio voces, con cual tono érase de la inocencia, y del cariño, algo que provocábame una felicidad tan fuerte que quería abrazarla, mas nunca podía. Y pensé en los sueños con esta niña, y lagrimeaba al sentir que ella es, en esencia, aquella hija que nunca pude tener y que vive en mí. Porque sus apariciones y sus mensajes en mis sueños, más allá de lo que hayan sido, y que hoy no pueda recordar, tienen algo en común, y es que cuando pienso en ello, la sensación que ha de

transmitirme es única, porque no es el sentir mas el mensaje que mi alma capta, y su mensaje es que conmigo ella vive en alma, mas todavía no es el momento para vivir en persona. Por cual entendía que las veces que siento mi llanto, son las veces que mi espíritu sospecha ante la naturaleza del mismo, pues mi confusión es el cuestionamiento si he de ser yo quien lamenta, o es ella, que por detrás de mis ojos suplicó querer llegar a este mundo para estar en mis brazos. Recordando cómo la última vez que hube visto a ella en mis sueños, antes de despertar hube dicho: ‘’Pronto voy a tenerte en mis brazos.” Susurrando con pesada angustia, porque han de pesar mis labios como para separarse. Ay de la voz mía, y nuestra, que sintióse como la brisa en el descampado de la muerte, mientras parecieran mi respiración aceleraba en violento jadeo, cuando la visión de mi sueño cambió a Dorotea acercando a mí, y regalándome rosas azules y cubiertas en espinas de hielo, he ahí, que el manto de la realidad parecióme

distorsionar en horrendas visiones futuras, y en ellas miré a Dorotea sacrificando su belleza por placer y orgullo. Recordando las palabras de Juan el apóstol, porque la bestia no manifestó su ser en el fin del sacro libro como oveja o cabra, mas convirtióse en mujer, y fue la corrupción de la belleza aquello que corrompió a los santos. Y en mis sueños despertaba yo ante el ahogo de mi propio llanto, y mis palabras eran: ‘’¡Babilonia!, ¡Babilonia la Grande!, ¡madre de las rameras y las abominaciones de la Tierra!’’;
‘’¡Porque has corrompido a quien amo!’’
Y hubo que vinieron los calores, y sentía en mi piel a la humedad sofocante, y su vacío eco, y ello hablábame de recta final, porque los muchos disfrutaban, mas sentíame perdido en un limbo propio de batalla perdida, mas érase que incluso en la derrota creía yo iba a triunfar, como aquellos hombres que levantan contra ejércitos enteros, aun sabiendo que lo único que queda de su patria es el edificio desde donde

disparan. Porque la adultez comenzó a pesarme, sabiendo que en algún momento tendría que olvidar fantasías de amores y enfrentar la crudeza del hambre, y nunca hube yo madurado lo suficiente como para sobrevivir fuera de ese castillo, pues érase Dorotea mi última esperanza de transitar hacia la verdadera adultez junto a alguien, y no ser yo solo ante este cruel mundo, pues siempre dije que aquellos años en los que desperdicié mi juventud, fueron en realidad una batalla silenciosa, donde cuenta no daba mi yo, que mi mayor búsqueda no fueron saberes de manual, mas buscar a alguien que definiera al amor en mi corazón, antes de que el tiempo acabara y fuera yo tirado hacia la jungla de la vida, donde ni el amor ni la amistad existen, mas la cruel supervivencia. He ahí que dije a mí mismo, que en esa última fiesta de verano en el castillo Soneira, haría todo lo posible para atrever a atrever, e intentar pasar esa noche junto con Dorotea, disfrutando los ritmos y compartiendo

historias, pues decía a mí mismo, que la noche nos sostendrá juntos, y las perlas del cielo serán testigos de nuestro beso. Oh, que el corazón vino hablándole al oído para hacerme delirar en melódicos llantos, una vez escuchado en mi mente a mi desesperante miseria como bucle melódico de hipnotizantes campanas. Repitiendo mi yo aquel lema en febril repetición y lúgubre canto débil. Con mayor tensión y enojo en mi voz ante cada repetición de mis labios, mientras parecía roces de hierro vibraron los aires en ritmo oscuro ante la aparición de un eco distante de un femenino lamento infantil, que seducía a mis lágrimas a caer sobre mi paralizado rostro con el sonido de su angelical desvanecimiento en bella angustia. Ay, que pareciera que con cada nota, peso y gravedad sumaba esta gran sinfonía de vil derrota.

Y como burla divina, inevitable fue el paso de los días, y fueron mis oídos los que escucharon el eco de los bailes blasfemos, y su música, porque fue cual violenta imagen asemejó su ritmo,

siendo que todo hombre y toda mujer hipnotizó ante la tribal melodía, recordando cielos oscuros y el resplandor de rayos que sumergía la penumbra de las paredes en luz cegante de forma repetitiva. Mas érase su velocidad de aparecer y desaparecer que excedía al parpadeo del ojo mío. Sintiendo como si Dios hubiera burlado mi cobardía y puesto a prueba a mis fantasías al arrojarme en su peor mazmorra. He aquí que antes de la muerte del sol acontecióme la única felicidad de mi vida, porque con mi mente estremecida ante el desespero por la llegada de la noche, mucho no hube pensando en el presente momento, por cual irónica fue la vida conmigo, sea que de la nada encontré a Dorotea a las afueras del Castillo, entre los muchos, y esperando detrás mío para regresar a su casa. Por cual ante mi voltear vi su diminuta belleza, y contenta ella acercó a mí al reconocerme. Y como desprendimiento de la realidad ante mi incredulidad, acercó, y besó el costado de mi

rostro. Y pareciera que yo rezaba a Dios que la humedad de su beso llegara a la esquina de mi labio. Y no resistí a devolverle el beso, mas no atreví a atrever, y besé su cachete con fuerza, pues el retumbar de mi beso fue la hecatombe misma, y toda pared escuchó el fuerte alarido de la presión.
Y hubo que aquel recuerdo de mi saludo y mi vista ante ella alejando hacia el horizonte con su rostro sonrojado, siempre lo llevaré en mi corazón como la última vez que el sol brilló sobre la tierra.

Porque horas pasaron, y la noche acercó con sus ritualísticas escenas horrendas. Y miré a los hijos de Sodoma, y ellos vertían el líquido ardiente en sus bocas, porque humo salía de sus narices, sea pues el ritual de culto al orgullo. Mas fueron ellos las bestias en piel de Dios. Y el castigo llegó, pues los cielos nublaron, y las aguas cayeron, y los blasfemos desesperaron, porque ellos convirtieron su fiesta en tragedia, y chocaron con mesas, y toda rosa y todo jazmín cayó de su botella. Mas ha de ser cual semejante

recuerdo mío aquello que adelantóme la sentencia, por cual veía yo a la mesa que tenía sobre sí la botella de vidrio verde caída, y de ella vertía la corriente del vino, manchando el bello mantel blanco entre las flores y las tazas de porcelana. Y sentí el bajón de los cielos, sea pues el amenazante rugido de la tormenta cual ascendiente eco azotó la desesperación del corazón mío, sentí el particular latido que significó la condena definitiva. A lo que lentamente giré hacia mi sombra, pues la blasfemia calló su voz de alegría, reemplazándola por la seriedad. Acerqué a la escena a las afueras del Soneira donde miré condenados lamentando en superficial consideración, mientras rodeaban la torre de cual castillo visualizaba yo su cima, porque el cono era iluminado por la luz de la luna entre la yente nube, y vi el difuminar del contorno por la incandescente luz azul de la noche, mas noté al sur de ese peculiar techo, la baranda de los tres arcos que eran ventanas, séase el trozo de tela blanca que

colgaba. Y habló el viento a través de su delicado flameo, y noté en su esencia la pérdida misma. Acerqué yo al núcleo del lamento, y mis ojos vieron la muerte. Porque parecióme una melodía angelical amanecía desde el horizonte, con su tembloroso llanto, como ala divina que roza el manto de la tierra con delicadeza. Fantasioso violín agudo de los vientos acompañados en su pasión por mi visión que acercaba como lento despegue del alma para contemplar aquello que veíase frente mío. Por cual vi al cuerpo de Dorotea sobre una mesa, he ahí la caída que provocó su quiebre, y hasta la lágrima detúvose ante la injusticia, porque así como cayó la corona de flores sobre los pies de Adán cuando Eva comió del fruto prohibido, cayeron esa noche mis ganas de vivir. Mas fue Dorotea tan hermosa que su fatal destino parecióme un delicado sueño, séase que mi ver desvaneció hacia el hermoso rostro, y la pasión de la melodía que los cielos habían cantado tornó en retumbe de belleza desgarrada, con su etéreo eco de

instrumentos teatrales. Porque sus ojos estaban cerrados bajo el delicado levantado de sus cejas, y sus pestañas brillaban junto a la luna. Mas fue su vestido blanco el que reflejaba como espejo cual brillo funerario concentraron las estrellas. Y vi yo, como el contorno de su cuerpo parecía difuminarse ante la vaporosa luz de su vestido. Por cual fue su muerte la pintura trágica que marcó el posterior infierno de vida que fue la condena mía, pues dije a mí mismo estas palabras;

"¡A quien amo ya no podré besar!"

Y esa noche la luna cubrió su ser con el manto del rubí, y observaba yo a ella mientras caminaba y lamentaba, porque hábito mío fue visitar todas las tardes a la Santa gruta de Lourdes, y junto a los pies porcelanos de la Santa Virgen lloraba yo por horas hasta desmayarme bajo su altar, y hasta su vestido talló con la furia de mis uñas mientras la llevaban a Dorotea entre paños de seda y jazmines. Porque veía yo su diminuto ataúd, y era su tamaño que daba a mí una

injusta ternura que partíame el alma. Y han de haber temblado mis huesos ante la incómoda posición, porque mis manos sobre el suelo quisieron empujar la corteza de la tierra y desorbitar cual miserable reino no merece la luz del Sol, mas hízose la tierra fuerte, y mis brazos dejaron caer cual rostro mío marcó los suelos con sal y hierro. Y el doble lloré yo, y grité, deseando que tempestades de horror fulminaran los cielos y maldiciones descendieran sobre él, por cual érase el eco de retumbar en la soledad de la sombría caverna, desde donde observaba yo, y Santa María vibraba con cada alarido mientras mis ojos observaba a ella, porque he de haber negado ver cómo bajaban a Dorotea, mas intentaba abrazar la porcelana de María, y érase el sentir del manto de la realidad sobre las yemas de mis dedos como suave algodón, por cual mi visión parecióme circunferencia, sintiéndose en mi pecho el lento mas preocupante crujido de su interior. Y hube considerado yo, que ese momento de mi vida fue

cuando mi corazón verdaderamente quebró ante la angustia, porque el oído del cielo ha de no haberse inclinado ante mi lamento, mas lamentaba yo a la inerte estatua;
‘’¡Ay de mí, santísima Madre!, ¡porque Dorotea dejó esta vida sin enterarse de mi tormenta!”
“Oh santa Madre, ¡ha finalizado mi vida y he olvidado morir!’’
“¡Oh santa Madre!, ¡Quiero descansar junto a Dorotea sobre los pies de Dios!”
Y he de recordar la intensidad de mis alaridos. Porque muchos de mis gritos han de haberse tornado melodía, mas fue la magnitud del lamento lo que provocóme turbio desmayo, y fue el sentir anterior a mi caída en inconsciencia cual derrame de tensión érase mi mente colapsando en colores inconmensurables, porque el panorama de la realidad material destruyéndose veíase en el enfoque de mis ojos como magno teatro que abre su telón, he ahí que su terrible escenario fúndese con la oscuridad de la tormentosa muerte, porque la angustia que sentí fue el estallido del rayo que

ilumina el mascarón de la tragedia, mas fue el abrir de las cortinas rojas el vino que ha derramádose, y ellas abrieron como el corazón que tan abierto tengo yo, séase su actuación una comedia sacada de la tragedia misma. Y sentí cual dolor manifestó su ser en línea horizontal, que atravesó el pecho mío y tomó cual patrón sigue el hueso que por debajo suyo late el doliente. Pulsante escorcha cuya semejanza fue el atravesar del filo, y el cuerpo mío inclinó hacia el sur, intentando el alivio. Y la mano derecha dejó de responder ante la orden de la mente, y la vista mía enlenteció la miseria, mas parecía comenzar a orbitar el vahío mismo. Y escuché yo el sonido de cual volumen viene en aumento, un barullo en la cabeza, porque mil tormentas tronaron dentro de la caverna de la conciencia, cuya desconexión con lo tangible consumó su ser casi en la totalidad. Consecuente fue la gran puntada en la cabeza donde la piel alrededor del ojo mío parecióme morfare el hueso del

contorno, una pulsación de dolor que casi paralizóme el diestro ojo. He ahí que el innato condicionamiento de mi mente es brindar belleza incluso hasta a la muerte, porque ella romantizó el sentimiento de ida y dolor. Por cual a la realidad miré como una tormenta oscura de colores rojos y morados, cuya exaltación al gigantismo asemejó su ser a la gran Pompeya siendo destruida, y su acercar provenía del horizonte, séase en la diminutez donde hallé mi yo, arrodillado ante la infinidad de un paisaje rocoso semejante al de olas petrificadas, mientras podíase ver la luz de la ceniza ardiente envolviendo en espiral al horizonte, apagando lentamente la luz de los cielos, y reemplazándolos por un infierno oscuro, sea pues la gran nebulosa acercándose lentamente, que por inmensidad hasta disimula su incalculable velocidad hasta que la hirviente oscuridad consumió mi figura, y la concordancia de los sentidos perdí ante oscuro infinito frente ante mis ojos. He aquí que miré una sombra horrible, y en su

oscuridad a mi nombre escuché, por cual pregunté:
"¿Quién habla desde tan oscura sombra?"
Y el vacío contestó:
"Gabriel."
Mas pregunté dónde está Miguel, porque a su hermano siempre lo acompaña, y contestó a mi par:
"El cielo ha separado, él ya no es mi hermano."
Y en angustia dije a él:
"Señor, yo perdí la fe."
Y mientras insistí que la he perdido a causa de Dorotea, escuché la voz de Gabriel desde el vacío, y mis ojos no vieron mas escuché que acercaba mientras hablaba, y él repitió tres veces:
"Cree.";
"Cree.";
"Cree.";
Y sus palabras fueron:
"Cree en nombre de tu señor que te ha enviado como testigo";
"Cree, que tu amada siente a través de tus ojos.";
"¿No darás a ella paz?";
"¿No darás a ella sacrificio alguno?";
"Sodoma y su pecado es aquello que injusto fue con ella.";
"Llevarás la marca de la sabiduría sobre tu frente,

porque con ella voltearás el pecado de Sodoma, y voltearás el poder de Babilonia.";
"He aquí que no serás opuesto, porque la marca sobre tu frente será aquello que al oriente de Persia significó muerte.";
"Serás concebido con el enojo, y harás que las aguas brillen en escarlata y embriaguen con fragancia de hierro.";
"Hijo de mil lágrimas, porque te enviaré a un hermano, y en nombre de tu amada predicarás junto a él, y con tus palabras harán caer el fuego sobre la nueva Sodoma."

Fueron estas declaraciones las que en parálisis de contemplación hicieron que mi cuerpo diera paso al temblor y al respirar con fuerza, porque mi corazón pareciera abrir mi pecho con sus pulsaciones de desespero.
Inmediatamente desperté en la gruta frente a la estatua de María, y mi cuerpo tembló, y mi inerte boca gritó desde sus interiores suspiros de horror como agitación que intentaba ser alarido. He aquí que entre convulsiones y espumas brotando de mis labios híceme de la voluntad para

levantarme de los suelos, criticando y lamentando cómo puede ser que tan sublime mensaje haya sido hablado a la mente de tan desgraciado hombre como yo. Y desgracié ante el despertar, y ante aquel suspiro que confirmó la vida, porque en mi espíritu sentí el fin de la Historia, y del Tiempo, y de la vida. He ahí que con furia derribé el altar de la Santa Madre, y el polvo de su porcelana contagiaba con la humedad de mi lágrima. Porque he de ser yo alguien que no murió cuando debió morir, porque a la oscuridad eterna conocí, y en una noche sentí el paso de mil años, y pensaba había muerto mi yo, mas fue el alma, y los relojes siguieron contando sus segundos, y la decadencia de los tiempos continuó. He aquí que juré traeré muerte a este mundo, porque acabaré con la vida de quienes directa o indirectamente impidieron que yo pudiera besar a Dorotea. Y recorré toda calle hasta encontrarlos, porque toda piedra y todo árbol cantarán sus nombres, y vendrán diciendo:
‘’Ven, y matálos.’’

Y fue la decadencia, y el odio, y el apagón ante la vida aquello que Francisco notó, mas el secretismo mío ante ello fue cual conflicto desató entre nosotros dos, porque dolido e ingenuo conté a él mis dolores, y él retiró de la casa, mas sentí la tensión en Amelia de que algo malo ocurriría, y una hora pasó, y Francisco regresó a casa nuestra con un puñado de tierra en su mano diestra, y terribles palabras gritó a mí mientras golpeó mis labios y abrió a ellos para que a la tierra masticara mientras la palabra ‘’Degenerado’’ repetía en un bucle de gritos ensordecedores, así como maldecía sobre mí, diciendo que esa tierra que conviértese en barro a causa de mis lágrimas es aquella con la que enterraron a Dorotea. Tomando mi cuello y estrangulándome mientras fluían sus palabras de furia, condenándome por fallar como hombre y querer depredar a alguien que ni consciente era de sí misma, pues sinvergüenza érase mi yo, que si realmente desquiciado fui, el hierro ya lo tendría apretando a mis manos

sobre mis espaldas, mas, volvió a gritarme, que astuto y calculador elegí ser, porque a mi sombra supe ocultar, mas la vida miró mi maldad, y tan grande fue, que hasta Dios no supo cómo proteger a esa inocente despistada, teniendo que llevarla con él como única solución para que mis indeseables manos nunca lleguen a ella, pues sabría Dios dedicaría a desperdiciar todo el aire de la tierra con el único objetivo de arruinar su vida porque a la mía nunca pude empezar. Y fueron estas palabras aquello que provocó estallar una pelea entre nosotros con una violencia de magnitudes indescriptibles. Oh de la marca de su bastón sobre la pared, porque hasta los cuadros estallaron, y miré la vida fluir desde su antebrazo, pintando mis telas mientras nuestras espaldas competían por cada impacto contra las paredes, y entre el caos apagó luces el corazón de Amelia, que ante el miedo y la desesperación por los gritos y destrucción desplomó sobre el suelo, tomando su corazón, y pidiendo paz en sus últimos suspiros. Mas

Francisco tomó el sable hereditario de su pared mientras mi yo abrazaba a Amelia, y con la fría hoja colocó a ella sobre mi cuello, arrastrándome hacia un rincón, y entre amenazas sentí su hoja atravesar las primeras capas de mi piel, mas supe aquello que desbordara si no era mi vida entonces sería la suya, logrando mi debilitado cuerpo a forcejear con sus brazos y quitar su sable de mi cuello, mas noté las gotas oscurecidas sobre mis brazos y pies mientras su envejecido cuerpo intentaba tomar mis manos, he aquí que el filo dictó parricidio al marcar sentencia sobre él cincuenta y ocho veces. Y extraño fue a mí ver como aquel hombre envejecido y tembloroso érase ahora inerte y flácido. Pues arrastré a él desde su pierna descolocada como liebre de campo recién cazada, llevándolo hacia el patio de nuestra casa, y senté a contemplar los cielos. Esperando la condena, y desde ese entonces mi espíritu percató en su totalidad del sufrimiento. Porque es consideración mía que la ida de quienes desciendo

es cual ciclo de tragedia siempre ha repetídose a lo largo de la historia, por cual su ida de este plano material difiere con la ida espiritual, pues así como ellos llevaron en sus venas a sus ancestros, también es la sangre que corre por las mías la misma que hizo de ellos en vida, y ellos viven en mí, así como su pasado. Mas Dorotea fue arrancada de mí, y con ella mi felicidad, séase ella la única persona en la que vi belleza en este mundo, porque ha de parecerme que el ángel que no encontró el amor en el cielo envidió a mí por encontrarlo en la tierra. Y en lo más hondo de lo profundo duelo yo, y es este tormentoso dolor y sacra admiración aquello que Dorotea nunca sabrá, mas veces he deseado que el lamento mío llegue a aquellos de equivalente sentir, mas si leyeran ellos el tallado de mi alarido, sentirían pues cada palabra como espiral de brisa divina que baja por doble columna, una de dolor y la otra de belleza, porque serán ellas ambas lápidas a mi yo, y a Dorotea.

LIBRO PRIMO

LAMENTACIÓN II.

Alejábase de mí el dolor de cabeza cuya ironía asemejó al atravesar del rayo. He ahí que en la fiebre del dolor y su vahído observaba yo a la humedad en una parte de la pared que aún reconocía, séase tal lugar donde el sol irónicamente iluminaba. Y en una sensación de lento acercar, noté el difuminar de la penumbra sobre el delicado arder dorado, he ahí, que miré una silueta translúcida en el manto de tela, y érase que la ventana mía pintaba frente a mí la semejante distopía. Porque fue ello Puerto Plateado, y mis labios dijeron;
‘’He aquí, la nueva Sodoma.’’
Nombre fruto de cual escudo de ironía ha de haberse forjado en la resistencia de mi espíritu, sea su despertar a causa del dolor que provoca ver la muerte de la belleza.
Por cual fue la nueva Sodoma, cual bautismo dio mi yo a la tan querida como odiada ciudad mía, sea ella la más bella de todas, así como la más horrible. Porque una vez pareció brillar junto a las orillas del Edén, junto con

su gloria, la de una ciudad hermosa que ni Babilonia ni el gran Cairo a tal magnificencia igualaron en todas sus glorias, ni siquiera cuando Egipto con Asiria disputaron en riqueza y lujo.
Mas erradicada fue su belleza por el deshacer de la decadencia. Ay de su brillo que cegó a los hombres, y a lo que hizo grande a semejante metrópolis ellos olvidaron. He aquí que en lentitud su arte desvaneció, séase el atardecer en el Edén, y un amanecer esperado que nunca llegó. Y de los muchos vivieron sobre sus calles, nadie vio la oscuridad a causa de su propia ceguera, y Puerto Plateado convirtió en nombre de lápida. Sea este recuerdo cual imagen vínose a mí cuando a mi rostro mojé, mas hipnotizé ante el espejo, porque la mirada desesperante captóme nuevamente, he ahí las manchas que bordean los ojos míos, cada vez más enrojecidas a causa del llanto que ha de ser eterno, por cual la piel ya conoce el nombre de la lágrima, sea la acidez de mi lamento la marca ardiente que deja con su derrame sobre la azulada

piel pálida. Y yo miraba a la penumbra que húndese en la porcelana, y en ella cae el agua, cual viaje es de profundo desconocer, mas su destino siempre es el océano. Sea la delirante mente mía que logróse hacer del irrelevante pensar, para tejer cual sabotaje al alma ha de ser la norma, sea ella tirana en su esencia.

Puesto que pensé en cómo ha de ser la felicidad algo que pocas veces sentí, y en marco de probabilidad, es factible que he confundídome con la esperanza, cual condición de ser háblame de diferencia. Sea el resto el enojo y la tristeza. Porque lo único que queda de cual ciudad vio mi nacer, y el de a quien amo, son los tallados en cuales paredes cáense en ruinas ante la medianoche del mundo. Tallados que en su momento reflejaron los valores firmes de un mundo que tenía algo por qué luchar, y no dudaba un solo segundo en darle belleza a lo más mínimo, incluso hasta a una farola, que no piérdese de tener tallados que la alejan de ser un simple cilindro metálico cuya lámpara reside en su norte, y en su

lugar acerca a mezclarse con los patrones de la naturaleza. Y vi una ciudad que no conocía ángulo recto, y su arte mezclábase con la complejidad divina, sea pues el transmitir de un sentimiento de delicadez femenina, porque no había balcón donde faltaran los tallados de copas de cual interior florecían los jazmines y las rosas, o colgaran las uvas y laureles, y los lirios, y los jacintos con sus fragancias coquetas. Porque si a esta ciudad latiera su corazón, llevaría ella el nombre de Dorotea. Oh de sus blancas barandas, que tanto hube yo recostado mis brazos sobre ellas aquella noche que lamenté la ida de a quien tanto quise, porque miraba al horizonte del Río de la Plata, y sobre él amanecían las luces de la lápida que en suyo momento bautizábase como la ciudad de la furia, hoy no más que el polo opuesto de este lado mío. Tierra de igual sangre fue ella, mas separó a nosotros una frontera, y tan unidos fuimos por la infame Franja del Plata, con sus incontables basureros humanos uniendo ambas

ciudades a lo largo de las costas, que en cuya síntesis hubo nacido la gran metrópolis. Y fue ella víctima de mi delirante imaginación, pues asemejó la geometría de las luces sobre su infinita costanera a una boca de fuego, por cual ante la vista de sus blasfemas calles y sus terribles historias, decía yo que érase la boca de Babilonia la grande, que tanto bebía a las dulces aguas del río, que envenenaba a sus hijos con peste mental. Y en el centro de lo que en suyo momento fue la bahía del puerto elevó cual palacio reemplazó al que una vez fue la casa donde legislaban los poderosos, porque en ella sentaron sobre los tronos de la ley, mas fue tras veintiocho años desde la unión de las dos capitales del plata que la anterior bahía de este puerto sacrificó sus aguas para extender a la gran metrópolis, he ahí que hubo bautizado una nueva estructura bajo el nombre de Casa del Pueblo, mas enojaba yo ante semejante nombre, porque el pueblo no vivía en él, por cual referíame a este edificio como el Palacio Eurófeles, en honor al apellido de

quien trazó en hoja a sus primeros ángulos, y él era descendiente del mediterráneo ateniense, llevando su pasado como antorcha cuyo fuego llamábase creatividad, y ella iluminó los cálculos de su razón, por cual fue esta la última estructura levantada sobre la tierra la que hubo basado sus formas en el arte de la tradición, y no la mediocridad de la estéril función. Y nunca miré una construcción tan hermosa hecha por las manos del hombre, que tan difícil fue a los procesos de la razón mía encontrar rincón alguno que indique a mí por dónde empezar a describir mis sublimes palabras de febril encanto, equitativas ellas a lo que una vez anduve hablando de Dorotea. Oh del Palacio Eurófeles, que ni nacido fui yo cuando levantaron su acero, mas dio a mí esperanza que a futuro más arte sería levantado sobre esta ciudad, porque tan cercano a mi nacer fue el suyo. Y tantas veces en la niñez mía fue que anduve frente a sus rejas, mirando a mi diestra a la enorme estructura, mientras a mi frente yació el inmenso jardín, tan

amplio y vacío, que inquietaba a mí con su limpieza tan perfecta. Porque miré los cielos mientras brillaban los hierros de las rejas, y en el horizonte miré nubes erupcionando desde latitudes lejanas, tan magníficas en sus dimensiones y tan detalladas en sus cortezas celestiales, que parecióme el Todopoderoso acercaba hacia el nuevo Edén a cordilleras engalanadas en tempestades de nieve y luz divina. Sea pues este largo patio llano, cual alfombra roja hacía mientras esperaba al día en el que reino de los cielos decidiera bajar a la tierra, y establecer su gloria por mil años.

Y hallábase en el centro de la hermosa metrópolis, la laguna del Centenario, artificial en su naturaleza, mas fascinaba mi ingenua mente ante su longitud, que ni muy grande fue ella, mas para mí perdíase en el horizonte, donde el difuminado de su niebla encontrábase con el palacio

Eurófeles. Porque fue él la muralla cual reminiscencia provocaba la semejanza de su estructura. Con sus altas columnas unidas en

su cima por un techo de barandas y ornamentos que extendíase como un puente, y por debajo abríanse espacios vacíos entre cada columna, que dejaban ver el cielo entre sí, una belleza que ni las murallas de Tebas, ni de Troya, ni de Constantinopla asemejaron en grandiosidad.

Y en el centro de las aguas elevábase el símbolo de la hermandad, he ahí que hubo nombrado mi imaginación a él como el Coloso de Plata, con el tallado del laurel sobre la corona de su cabeza, y sus brazos abrían ante el horizonte. Mas en su mano diestra sostenía el largo bastón cuya punta érase cubierta por la gorra frigia, y sobre su siniestra un hornero descansaba sobre una copa. Y hubo de parecerme que servía al horizonte un trago de la preciosa agua de su laguna. Y han de haber mirado los ojos míos a las aguas cuando iba a la playa con Amelia, adorando la trinidad del reflejo de la celestial bóveda sobre las aguas atlánticas que a su vez eran reflejadas por las ventanas de los altos

edificios, algo que un sentimiento de limpieza y modernidad transmitía a mi corazón. Recordando también que en la laguna del Centenario érase en los días de fiestas que anduvieron las canoas de madera, entreteniendo a las familias, con la vista del cisne, y los bellos monumentos de bronce con su manto de pátina, y algunos dorados en la cima de pabellones altos, envueltos en telas rosadas y guirnaldas de laureles. Y era el puerto más próspero del nuevo mundo, y barcos entraban por la puerta de la ciudadela, gran arco neoclásico cuya inspiración fue el mismo que una vez significó triunfo en las tierras Galas. Y fueron las calles de sus zonas costeras las hijas de Venecia y París, porque ha de ser hecho su centro para el disfrute del pie. Sea pues cada cuadra del barrio de Nueva Ciudadela unida por un delicado puente de mármol, con sus barandas y estatuillas, y sus faroles de hierro negro. Mismas barandas que recorrían el contorno del Centenario. Y yo recordé su suelo, pues érase ello un asfalto claro cual simulacro

imitaba a la arena, mas era interrumpido por amplias plazas a las orillas de la laguna. Y adoraban mis ojos a la vista de los semejantes espacios verdes, con sus cédros de líbano que parecían a mí como pequeños montes, cortados por senderos de piedra que separaban a ellos como islas. Mientras a la distancia veíase entre la niebla de las matinas a los bellos edificios entre las hojas de sus árboles. Sea la simetría no siempre armónica, por cual el panorama también érase interrumpido por grandes casonas, y los hijos de los hombres disfrutaban su infancia al sentarse sobre la base de pilares y arcos el doble de altos que las palmeras. Séase que toda escalera y entrada era acompañada y resguardada por estatuas de caballos y leones, brillando cual impoluta luz divina érase la consecuencia del hermoso pulido de su blanco mármol, que no sabíase donde terminaría la nube del cielo tan azul, ni donde empezaría la hermosa ciudad. Y los cielos y la tierra parecían unirse gracias al alto obelisco, sea su base una equis

curvada, conformada por un patrón de escaleras y sobre cada uno de los cuatro rincones habían las estatuas de leones sentados, resguardando la base cúbica cual inscripción tallada hablaba de glorias pasadas, y cada rincón del cubo estaba decorado con un espiral que asemejaba a la proa de una canoa, con su delicada punta cerrada como puño, mientras la curvatura de su panza poseía el tallado de laureles. Patrones ornamentales tan comunes en cada pared como las huellas de mi explorar. Y estos recuerdos provenían de los primeros años de mi infancia, cuando yo vi el último vestigio de la belleza que esta ciudad hubo de tener. Y conforme a mi crecer comencé a notar la aparición de la mancha, y del polvo, y el crecer de los verdes. Cuestionamiento cuyo enojo hízome el desvanecer de tan sacra memoria, por cual hallábame nuevamente en la oscura sala mía, cual cotidiana condena resentido tiene al espíritu, mas sentí la luz del sol iluminar mi rostro con su fulgor, séase su melancólica tez dorada

iluminando delicadamente mi panorama. Mas una sensación de angustia y un vacío húmedo causó mi sentar, porque pareciera que íbanse a apagar ambas piernas.
Y miré el techo, y respiré con fuerza de desespero, sea pues el patrón de lenta exhalación la desesperación del espíritu que es liberada. Y proseguí yo, en pensar aquello que provocábame semejante dolor, porque en mi temprana edad ansiaba por la inocencia del divertir con aquellos de mi edad, los cuales no había, y era yo uno de los pocos que vivían en la zona cuya edad era inferior a medio siglo.
Séase Francisco y Amelia, encargados de mi criar, y el enseñar de sus historias ha de ser la fuente de mi conocer, el cual expandióse hasta llegar al absoluto gracias a la pasión por Dorotea, quien ilustró a mi conciencia con el arte del cuestionar luego de su ida, sea su belleza el desencadenante de la revolución del espíritu ante la decadencia de mis alrededores. Porque el mundo ha de ser la ruina, mas dentro del escombro nació una flor, y fue ella

Dorotea. Mas los años pasaron, junto con sus vivencias, y las hermandades. Séase que encontré a mi yo encerrado junto a peor decadencia de la que antes había visto, y sentí el brotar en el espíritu de cual sentimiento decíame a mí que era la decadencia que estaba encerrada conmigo, y no yo con ella. Y notaba mi cabello, porque alcanzaba él a mi cintura, Oh, malvada raíz sin suelo brotada desde la corona del pensar, que a ella la miré colgar, así como el afilado retorcer de sus puntas como rayo tenebroso. Ay, porque fue la intensidad de esta memoria cual pregunta provocó a mi razón, y cuestioné yo, qué es lo que lleva a uno tener estas vivencias, y que será lo que Dios ha de querer decirle al espíritu con todos estos eventos. Fue pues, el inesperado y emergente recuerdo de mi mente, el ser Sábado Santo, y obligado por moral y razón, debía ir a la Catedral del Carmen a conmemorar la resurrección de Cristo, mas, antes de llegar encontraríame con mi hermano honorario

Enrique Blanchetti a quien conté de caminar en dirección a mi casa, porque típicamente he de aparecerme con las más absurdas ideas, pensando en que original parecióme ello en lugar de nombrar un lugar específico para el encuentro nuestro. Sin contar con las posibles dificultades que ello implica Mas volví a pensar en la catedral del Carmen, y cuestioné la desquiciante ironía de mi deseo, porque ha de ser la iglesia el templo de Dios, y aun así pareciera todo camino que elijo siempre llévame al infierno.

Siendo esta reflexión la que lamenté cuando vi el reflejo mío en la ventana, mas hube notado que faltaba aquello que ha de complementar mi apariencia. Y era ello mi gran distinción, mi sello de hermandad y mi símbolo de lucha. Así que caminé hasta el sillón y tomé el trozo de cortina blanca que tenía tirada. Y pulsóme el recuerdo, porque pensé en los orígenes de la particular tela, porque ha de ser algo que yo y Enrique utilizamos todas las veces que ideamos el encuentro. Aunque la cotidianeidad

hízome ignorar el origen y la importancia de semejante prenda. Por cual la agarré, y contemplé a ella, sea pues el magno símbolo, bandera cuya significancia es nuestra hermandad, y como es nuestra costumbre, sobre mi blanca polera descocida, coloqué a esta tela sobre mi cuello, atando el suave material en un nudo en la nuca. Y al exceso lo até nuevamente, mas fue sobre mi cuello formando una suerte de corbatín. Percatando yo sobre el agujero a la punta que caía sobre mi pecho, el recuerdo cicatrizado de cuando el arder significó nuestra libertad. Y ha de ser la imposibilidad del soportar mío, el pasar de otro segundo adentro del tirano yugo de las cuatro paredes. Por cual acerqué al antiguo abrigo mío que presente estuvo en todo mi drama, oh, que con mis lágrimas humedeció, y a los fríos y calores sufrió. Y tanta adoración tuve a él, que mirarlo érase como sentir a Dorotea por detrás de mis ojos. Ay, de tan solo pensar en cómo ella habrá mirado a la tan bella prenda como yo la miro hoy. Y siempre fue su

geometría y color de profundo encanto mío, con sus brazos gruesos y una longitud que apenas a mis caderas llega. Hermoso color azul oscuro, con doble botonadura dorada, recordándome mi mente y poetizando, como pareciera ser esto la versión contemporánea del manto real de los Francos. He ahí el dorado de estos botones que a la flor de Lis alegorizaba mi mente, cuando en nobles patrones decoraba a los monarcas. Irónica yuxtaposición aquello pues, porque los pantalones que tenía veníanseme abajo, por cual agarré una sábana que tirada tenía en el suelo, y arranqué un trozo lo suficientemente largo como para atármelo en la cintura, sea este un lamentable cinturón, cuya miseria parecióme de bello contraste entre el blanco de la gruesa tela, colgando como trágica venda sobre estos pantalones amarillentos como oscura arena.

He aquí encerré mis pies dentro de los zapatos que eran de Francisco, para finalmente tomar una manzana, recordando que los tiranos que hiciéronse del nombre del Bien y la

paz prohibieron los cuchillos, porque al parecer, ha de ser el malo quien hácese del filo. Y como no tenía cuchillo, bajé el antiguo sable que colgaba de la rocosa pared, lugar en cual yacía el antiguo cuarto de mi abuelo, y poseía la platinada hoja una longitud relativamente corta, sea entonces su excelencia de ser. Consecuentemente, guardé a él por dentro del avergonzante cinturón de sábana. Y una vez colocados mis guantes de fino cuero, di vuelta lentamente, porque mi objetivo érase aquella puerta que doliente pasado tuvo. Ay, que sentí el afloje de las piernas. Un sentimiento de pánico silencioso, cual semejanza de sentir fue el desmayo por la angustia, una tan grande que el calor ha de arrugar el pecho nuevamente, séase mi única reacción el sentarme en el sillón emitiendo cual profundo respirar hízome ver como animal que ha completado el ciclo de su vida. Mas un rayo de sol iluminó mi ojo diestro. y luego siguió con mi rostro entero, pude sentir el calor del astro de la vida, séase

un tinte de paz angustiante, porque ha de ser la soledad lo que reside en su esencia. Y en posición de muerte miré hacia la pared, y observé cual cuadro de Cristo cuelga entre el polvo y las manchas de humedad, mas érase detrás que yacía el hongo negro cual negrura parecióme morfare la casa mía. Y lamentaba yo;
‘’Oh Jehová, ¿por qué diste a mí la culpa?”
‘’Oh Jehová, ¿Por qué no puedo dejar caer mi corazón sobre la fría hoja?”
Mas érase mi rostro que expresaba la neutralidad, por cual no podía sacar mi vista del semejante cuadro, pues era el sueño cual contagio provocábame al espíritu el arte suyo, aunque yo no quería dormir, mas quería quedarme en el estado de parálisis del presente momento, hasta que lentamente observé cual diminuta luz emergente comenzó a brillar sobre el pecho de la imagen, a lo que coloqué mi diestra sobre el mío, y la luz desapareció.
Saqué la mano del pecho y la luz volvió, mas no entendía por qué pasaba, aunque fueme cómico,

porque seguí repitiendo el gesto hasta que al sur miré, y noté a la provocadora de ello, séase pues, mi cadena la que reflejaba el brillo en el cuadro. Y parecióme de significante curiosidad, al ser mi cadena la cruz sobre la que el Hijo del Hombre sudó su amor en la cima de Gólgota, amando con su muerte a los jardines por los cuales hube yo llorado una de sus flores.

Por cual sentí una vez más el olor del azufre, y la mente mía susurró; ‘’David, de tu casa te irás.”

En consecuencia, sentí mis piernas volviendo a responder mis indicaciones de movimiento, por cual escondí mi cruz bajo mi pañuelo, y a la puerta abrí, y encontré un agraciado día oculto por la espesa niebla, que había vuelto a él infernalmente frío así como húmedo. Porque parecióme el perímetro de toda planta y toda piedra difuminábase en el frío de un débil resplandor grisáceo. Y miré los cielos, observando como las escasas nubes movíanse rápidamente hacia la dirección mía. Y

agradóme escuchar al pájaro cantar, por cual miré a la copa de los árboles hasta encontrar ave alguna, girando mi cabeza hacia mi diestra y mi vista quedó paralizada ante dos pájaros que en feroz velocidad a la carrera hicieron con el impulso de vasta pluma. Una sensación de mutación entre la calma del panorama y un golpe de pasión violenta por parte de estos dos animales, a los cuales yo podía notar cada movimiento de sus alas, entre un fondo de cielo y hoja que parecía difuminarse debido a la gran velocidad y emoción que ellos llevaban. Un pájaro perseguía al otro hasta llegar a la rama donde estaba posado, y apenas él tocaba la rama, el otro impulsaba su vuelo hacia los aires, y así ellos mantenían un ciclo de infinitud. Di un mordisco a la manzana, y de la nada di un suspiro mezclado con una sonrisa y afirmé con mi rostro mientras observaba, paralizado por la belleza que estos animales hiciéronme ver, y sentir. Y mi atención desvióse hacia el pasto tan verde y luego el cielo tan

azul, porque en mi caminar hube sentido a la gélida condición del anormal frío convirtiendo en cristales la sal al sur de mis ojos, así como el frío asemejó al filo diminuto que insértase en los poros de la piel, y los dedos míos durmieron al punto en que la mano no cierra. Y nubló mi ver ante el vapor de mi respiración, mas seguí caminando, y mientras más acercábame al cruce, los árboles despidieron a mí, por cual diría que diéronme la espalda, mas ellos no caminan puesto que al pie ha de llevarlo mi yo, por cual érase yo quien la espalda dio a ellos, y comenzó a sentirse el viento cual velocidad fue preocupante, séase ella reminiscente a vestigio de tragedia.

Porque dolía su velocidad en la cara mía, y también ha de doler el ojo por la condición congelante de su invisible golpe. Mi castaño pelo, cual remanente dorado de tiempos ya perdidos ha de ser su vestigio de brillo, imitaba en su flameo al de los puntos cardinales, por cual fue mi cabeza la brújula perdida en el infierno. Y el ver de mis

ojos érase las casas grises, porque hubo escombros, y ellos fueron de mármol y de piedra, y características fueron las decoraciones, porque ellas iban desde pilares griegos hasta escudos, copas, leones y ángeles. Y encontrábase todo ello tirado en el suelo, cuya condena fue el morfe de los musgos, con sus ocultantes verdes.
Magnificente escena causábame el parar del corazón por fracción de segundo para sentir el lento desenvolver de un viento en el pecho que llevóseme el alma mía.
Mas parecióme elevar el ver ante el cruce de la bella calle, séase su horripilante mas hermoso panorama, el emanar en el espíritu cual alto tono de los vientos es la divina equivalencia ante la preciosidad sonora del teatro que cierra su cortina. Y séase que yo recordé las veces que pasaba por esa zona durante la ingenua edad, sea pues, el amanecer el principal recuerdo cual pacífica sensación causaba al alma mía.
Y quebraba mi parálisis ante el percatar de mis ojos, porque veía las estatuillas de ángeles entre

árbol y pasto, escondidas entre el manto del otoño de cual hoja tíñese del color que indica despedida a la rama, mas su notable característica ha de haber sido cual suave difuminar de la niebla que apenas notábase, conjunto a su iluminación azulada que daba a los cielos un tono rosado. Y el verde de los árboles parecía esconderse ante la tonalidad de la fina niebla, mas aunque los colores hayan sido embajadores de belleza, sentía yo la angustia ante la destrucción y el descuido de aquel arte cual convertir fue en la ruina.

Una que cubierta estaba en simbología distópica, provenientes de otros desgraciados que comparten mi misma condición de desquicio y descontento con la vida, sea la diferencia mía, que encuentran ellos el escape a su miseria en contribuir a seguir destruyendo en su totalidad lo que queda de nuestra ciudad, al continuar arruinando su arte como si ya no lo estuviera desde hace décadas. Y los cielos oscurecieron, y han de haberse escuchado algún

que otro amenazante rugido divino. Oh, que pude reconocer cual tonalidad verde azulada y grisácea, aunque sobre todo, oscura, fue la que desteñía cualquier gota de color en esta distopía. Volviendo el paisaje cada vez más deprimente.
Ay, gran dolor causábame ver semejantes obras de arte, porque fueron edificios que conformaban un bosque donde cada árbol tallaba en sí mismo cada rama del arte clásico, he ahí que la arquitectura de muchas de estas bellas torres hacía verlas como catedrales y castillos de un imperio que nunca llegó a serlo. Hermosas estructuras heredadas y construidas por nuestros ancestros del viejo continente. Oh, semejante arte, siendo demolido o utilizado por bestias del contemporáneo, para sus labores, desde cual vicio han de vender, hasta la inmoralidad del cuerpo ajeno y propio. O fueron los tiranos de la avaricia, los degenerados que utilizan el poder que la moneda da a ellos para levantar monstruosidades de vidrio y cemento, cubos gigantes donde la única decoración era el colgar de

venas de gomas y torres de acero en su cima. Sea el resto no más que pared pulida o ventanales, tan vastos en sus dimensiones que a la pared reemplazaban, he ahí que anduve mirando sus interiores, porque en ellos sentaron los que callaban los alaridos de su espíritu con la labor.

Oh, que difícil fue mi caminata entre esas calles, no solo por la mugre, mas la mayúscula cantidad de hojas de otoño que habían inundado la vereda ya de por sí angosta. Y caminaba yo, mas parecía que era de meter la pierna mía en profundo aljibe, porque las hojas siguieron subiendo hasta media gamba. Y yo tenía miedo a desaparecer abajo de un abismo. Y mientras las piernas hundíanse en cual infinito consiste de hojas muertas, cuestioné la belleza del lugar donde encontrábame, pues mi paradero fue la baranda que dividía un hermoso balcón de mármol con un precipicio hacia un gran jardín, y a través de sus árboles seguíanse viendo las antiguas casonas y edificios que extendíanse desde la cercana calle hasta el horizonte. Sea la

hipnosis la consecuencia de semejante vista, pues sentí yo el choque de la atmósfera contra el corazón, y el vacío eco, porque mi visión acercábase lentamente y enfocaba el panorama, mas mi sentimiento escuchóse, y su sonido era el de trompetas con ritmo bailable, acompañadas por el latido de mi corazón complementando en siniestra armonía. Ay del sentimiento, que fue la seriedad en el enfoque, porque ese panorama ha de ser cual metrópolis fue cuna mía. Y cuestionaba, cómo en mi juventud imaginaba los años por venir junto a Dorotea, y decíame mientras observaba a los edificios: ‘’Oh, metrópolis querida.” Porque tanto tiempo ha pasado, que el futuro que una vez imaginé es ahora pasado. Y vivo yo hoy en las ruinas de un escenario que nunca llegó a estrenarse. Por cual hube seguido mirando a la ciudad en profundo detalle mientras alejaba del paisaje, sin poder contener mis sentimientos de triste furia y resentido dolor, incluso hasta inferioridad y superioridad al mismo tiempo. Porque el fervor

del odio empezaba a consumir cual poca luz quedaba dentro del vacío que es la mente mía, sin mencionar el alma porque describirla ha de escapársele el sentido. Y vino la pregunta a la mente mía, diciendo y filosofando que si no será acaso que tanto busco la belleza en este mundo porque no encuentro a ella en mí. Y a Dorotea nunca conocí, mas he de hacerla mártir de mis penas, y seguro estoy que mi rostro fue de su olvidar, incluso desde antes que la muerte impidiera su recuerdo.

Y torpe fue el paso mío, así como negábaseme el hacer otra cosa más que contradecir mis propios sentires al visualizar semejante belleza en las ruinas de lo que en su momento fue Puerto Plateado, principalmente los bulevares y los patios. Irreal belleza emanada de un paisaje muerto donde despiertan sus detalles antiguos gracias a la lupa de aquel astro que ilumina desde los cielos. Y antes del darme a cuenta, el norte de mi ver habíase despejado nuevamente, revelando un cielo tan azul, una vegetación tan

verde y unas ruinas tan grises. Y fueron estas casas amontonadas la reminiscencia a una alta muralla de piedra, ornamentada en tallados de historias fúnebres. Por cual una vez más fue el sentir mío el del explorador descubriendo las ruinas de una civilización perdida. Mas fui a Dios el sereno que recorre el cementerio de su propia creación.

He ahí que en ese estado de profunda angustia sentí el peso en el aire, sea la seriedad que acercábase de semejante forma, que pareciera la atmósfera convertir su eco en cual presión inspira determinación, por cual sentía aumentar con cada exhalación, a semejante presión en el aire que pulsa rápidamente con violencia contenida. Porque el corazón ha de llenarse de ira mientras el retumbe de los vientos vuélvese un suspiro angelical de ritmo lúgubre. Y fue con aquel rencor que cuestioné mi propio pensar, porque he de embanderarme con banderas que no merezco, y hágome de ruinas construídas por antepasados cual labor de

ellos he yo de no replicar. Séase que el legado de ningún antepasado es algo que yo represente como persona, porque realmente todo lo que los ancestros de uno hayan hecho, ha muerto con ellos, y mi existencia ha de solamente ser una hoja en blanco que quizás nunca escríbase. Porque semejante distopía en la que he de vivir, es solo una extensión mortífera de un mundo que ya no existe, construido por quienes corren por la sangre de mis venas, mas la condición de mi ser, sea ella definida bajo la peyoratividad de la palabra inútil, es la vergüenza de aquellos quienes construyeron un jardín cuya belleza no fue mantenida por sus hijos, sea pues su luz la ceguera ante el esfuerzo. Cuestionamiento a cual mente mía veníase mientras el uso de mi conciencia reservábase a la memoria, pues hacíame yo recuerdo de mi abuelo Francisco. Y fue él hijo de la vasta Pampa y su infernal sur, donde la tierra era cual condena odiaba la clemencia. Porque fue un lugar en que el horizonte érase gélido o cálido

dependiendo del color del cielo, una tierra donde veíase la infinidad del campo árido perder sentido ante la respiración hirviente de la incierta tierra. Sea que el fruto podía salir con serpiente. Y Francisco era oriundo de una comunidad limítrofe con una colonia menonita.

Mas era un hombre de temida furia, aunque veces contenía él, reflejando en las tensiones de su rostro a la sombra muda de su gran odio. Veces reíase con enojo al tratar con el ajeno, sea su resentir cual máscara sombría encubríase con ironía, por cual clamaba a quien hablara sobre cuándo será el día en el que las luces de su vida apaguen de una vez. Y Francisco sufrió enfermedades, y sus ojos casi no veían, a lo que apenas podía caminar, sea esto lo que enojaba a él cada vez más. Aunque en tiempos de calma tornábase hombre de gran bondad, y podía ser alguien amable con quien conversar. Y fue Francisco, de apellido Leblanc. Descendiente de Galos que en un siglo que mi memoria no alcanza, migraron al nuevo mundo,

mas la familia padeció el hambre, y emprendieron un éxodo hacia la colonia menonita de Hessel, a las costas de cual río fue nombrado por su oscuridad. Un éxodo que envolvió su espíritu en la sequedad de una tierra que parecía olvidada por la gracia divina. Y el sol era el ojo cegador que juzgaba con inmisericordia al contemplar el sufrimiento de sus pies, heridos por la grieta del suelo. Y a la familia ha de haberle faltado el pan, y fueron sus hijos el reemplazo. Francisco era el menor, y uno de sus dedos faltaba, y él recordaba muy bien las palabras que decían; ‘’Mon fils, tu as deux mains, donne nous une pour l'espérance.”
(Hijo mío, dos manos tenés, danos una para la esperanza.)
Él nunca aprendió a escribir ni al cálculo razonar, solo érase de su conocer el arar de las tierras desde su quinto nacer. Y también supo él leer, y leía en francés antiguo, en latín y en Castellano. Y las noches áridas a posteriori, oh, que Francisco sumíase en la soledad de manuscritos legados por sus Padres.

Hijos eran ellos de cual olvidada nobleza érase descendiente de Felipe VI de Valois, muchas veces recalcando mi abuelo mi gran parecido con él al contemplar a las antiguas ilustraciones medievales de su rostro. Mas eran estos manuscritos las sacras hojas cuya pluma pintó el tajo de la historia, y narraba su letra los horrores de la peste bubónica, y las tensiones en la Occitania contra los sajones. Mas ha de ser la soledad el provocante de la decisión, y Francisco movióse norte, y la gran península recorrió en búsqueda de mejor pan, hasta reunir la riqueza suficiente, y cruzó hacia las tierras orientales, donde conoció a Amelia, quien balanceó sus sentires con calma femenina, mas no todo de ellos fue a mí de santa naturaleza, porque inestables fueron ellos, y durante mi crianza trataron a mí como si fallárame razonar y muchas de sus atrocidades recuerdo, en principal dos, cuando Francisco deliraba que nuestro vecino sentiríase observado a causa mía, debido a que desde mi ventana podíase ver la

suya, pues al acostarme érase posible ver desde mi perspectiva a la ventana del segundo piso, he aquí que Francisco a la sordina y sin avisar, hízose del ingenio matemático para idear y tejer un cuadrado oscuro en la malla de la ventana, pues al acostarme, ahora no veían mis ojos a la ventana del vecino, mas este pequeño cuadrado negro, como tapar el Sol con un dedo. Pues incoherencias como estas también sufría Amelia, quien preocupaba que yo comiera demasiado, pues muchas veces distraía a mí, hablándome de falsas promesas para que deje mi plato de comida, así verter agua sobre él, y cuando yo volviera, sentiría asco por el diluido gusto, y sin cuestionarlo dejaría de comer. Siendo estos los primeros eventos de mi vida que dieron a mí el entendimiento de cómo los hilos de la decadencia funcionan, pues como serpiente escondida son, he ahí que hacen sentir males sin que sus orígenes sean descifrados, pues a estos males miré en las calles, y a su gente confundida la escuché. Mas, aunque yo hube de

odiar a mis abuelos muchas veces a causa de sus torturas, también lamento y arrepiento aquello que hice, pues muchas veces recuerdo el amor entre ellos dos, sintiendo una poesía interior al pensar en cómo fue Amelia aquella vasca criolla cuya belleza deslumbró a Francisco, de la misma manera con la que yo fui deslumbrado por Dorotea.

LIBRO PRIMO
LAMENTACIÓN III

En mi voltear fue que vi a Enrique, y él acercaba a mí. Suerte de alegría sintió mi espíritu al ver sobre su cuello cual tela blanca ha de significar nuestra hermandad. Mas fue la sequedad del encuentro su mensaje, por cual Enrique hablóme de Ludovico Melrose, soñador de glorias vanas que juraba redimir Puerto Plateado. Y ambos conocíamos a él muy bien, y sabíamos sobre su engaño, pues frecuentábamos el Palacio Eurófeles donde hacía sus discursos, porque en algún momento tuvimos esperanza a él. Y dije a Enrique tras un rezo al cielo, que Ludovico puede

esperar, he ahí que anda otra persona en la mente mía, porque luego de ir a la iglesia del Carmen y rezar, mi deseo es bajar por la gran avenida Giannattasio hasta el tercer cruce, donde el padre de Dorotea forja su moneda. Y a él interrogaría yo, pues ha de faltar cual paz considero hubiera obtenido mi alma si al menos alguien cercano a Dorotea supiera un mínimo de la tormenta que provocó en el corazón mío. Y he llorado más yo por ella que su propio padre. He aquí Enrique que como fiel hermano de espíritu asintió con ceja alzada, y encendió el papel del vicio sobre su labio como sello de su pacto. Alejamos nosotros, y caminamos hasta las puertas del palacio Eurófeles, donde ambos compartimos el arte del recuerdo, y nuestras palabras fueron las del pasado, pues Enrique mencionó el suyo, y escuché yo su historia, porque contóme sobre los padres de su padre, y eran ellos agricultores cual nacer fue en la provincia al oeste de cual río fue nombrado en referencia a la lengua del indio, que

hablaba de sus aguas como aquellas que pintan a los pájaros. Mas la raíz de Enrique hallábase en las tierras de Roma, por cual gauchos tanos fueron, y ellos cruzaron al este del río, y tras pasar los humedales de Unzué, plantaron la semilla de la nueva vida, en un pueblo sobre las tierras de los Orientales. Y fueron sus padres quienes hiciéronse del laburo de la carne, por cual bovino trajo consigo la riqueza, y fueron ellos dueños de tierras. Carne que vendieron a cual mafia considerada legítima hízose de lo que a ellos asegurábales la vida, dependiendo la familia de una estabilidad que excedíale a ellos. Cuando los tiranos arruinaron su propia mafia por el descuido de la moneda, la familia perdió su tierra, y su carne, y su almuerzo, y ellos tuvieron que traicionar a la tierra, reemplazándola a ella por la calle, una que solo podían encontrar en Puerto Plateado. Y al igual que en mi caso, fue Enrique hijo de los nacidos en el proceso de muerte de cual distopía cobró la vida de Dorotea. No nombró Enrique a su padre, mas lo

pintó coloso, porque medía él dos metros y treinta centímetros, sea pues la falla del hueso que causó la parálisis a la doble gamba. Y Enrique nunca llegó a conocer a su madre pues ella revelóse contra el destino, sea pues mártir del parto, y el gigante fue frío como piedra, porque no reíase ni lloraba, solamente emitía sonidos de respiración con una lentitud amenazante desde un rincón oscuro. Y él hacíase del vicio del humo y observaba, dejando que la penumbra tape el rostro suyo la mayor parte del día.

Enrique temía a él, mas su lealtad era cadena. Sea pues cada mal comportar de Enrique, el eco húmedo de una respiración amenazante, proveniente de cual rey de piedra condena desde su trono. Y fue el criar de Enrique en cual barrio era la amontonadera de la desgracia, porque los hombres levantaron paredes de basura.

Yo no pregunté su causa, mas conjeturé que fueron sus padres colonos de las afueras, ahogados por la gran inundación de rostros ajenos a la tierra que nuestros ancestros araron

y nosotros heredamos, envenenando nuestra armonía con su crimen y degeneramiento, mas he de recordar la vez que mencioné semejante cosa a Enrique por primera vez, y preguntóme él si mi corazón ha enfermado de odio como a él, mas dije que no odiaríamos si en primer lugar no tuviéramos algo que amar. Porque la lógica de la virtud dice a mí que no habría Bien sin Mal. Por cual entendió que su familia debió llegar a la zona antes de la construcción de la Franja del Plata, he ahí que fueron ellos rodeados por aquello que miraron y dijeron indiferente, mas, ha de haber entendido Enrique gracias a mí que aunque indiferente, no pertenecieron a ello, ni pertenecerán. Séase la causa de su desapego y resentir. Mas, sin novedad alguna, fue que hubo criádose él, nada más y nada menos que en la Franja cuando su miseria empezó a surgir como peste imparable. Siendo semejante lugar infernal donde ni el orden ni la salud entraron, un limbo sin ley donde la disciplina del conocer olvidaba su

existencia, y no hubo mapa que reconociera semejante lugar, mas las bestias que habitaban la zona disfrutaban el lujo que no pertenecía a ellos, porque robaron, y fue el robo el eje de su actuar, mas su supervivencia basábase en el regalo de la moneda por parte de los poderosos, quienes veían en su ignorancia la fácil idolatría, he ahí, que bajo el plan Ciudad Grande, hasta una gran avenida llamada Giannattasio construyeron para ellos, que recorría la rambla entera del Río de la Plata, uniendo la Franja con nuestro puerto, y la ciudad de la furia.

Y mencionó a mí Enrique, que su despertar no era el del pájaro, ni el del sol, mas el estallido del conflicto, alegrando su infancia con rayo y lamento. Mas él fue lobo solitario, porque desde su noveno nacer blandió el fuego, y era su actuar el desahogo a través de la venganza indirecta contra la miseria que aborrecía. Recordando en particular el contraste tan salvaje e inhumano de las situaciones en su vida. Pues Enrique alimentábase gracias al carnicero que a

las sobras envolvía en bolsas de plástico, para pasar por su casa, y con una mano, propio de indiferencia y asco, tiraba los huesos de carne hacia el patio de Enrique para que ante el sonido del impacto saliera él a olfatear los suelos por comida. Así como su vecina de cuarta edad colgaba pan duro sobre sus rejas. Muchas veces siendo esta comida robada por otros, cuando Enrique delinquía lejos de su padre. Penas, resentimientos y rabias que lo llevaban a los más viles crímenes. Muchas veces recalcándome lo tanto que detestaba mirar la sonrisa en el ajeno, por el simple hecho de ser humanos, oh, que aquello único necesario para ganarse su odio era que él detectara humanidad. Principalmente las parejas felices, diciendo que piedad alguna no tiene, porque en lo profundo sabe que ellos también son humanos, por lo tanto también serán escoria, y también serán capaces de causar la misma miseria que él causa. Por cual uno de sus crímenes fue el desvivir de cual matrimonio él consideraba

bastardo. He ahí la pareja de un
Tano con una Mulata, pues decía Enrique que profundo asco causábale mirar a tan indeseable pareja, porque en este hombre miró a sí mismo, pues de la misma sangre fue, y con la sangre de aquella decadencia quiso mezclarse. Por cual observó su relación por varias noches, acumulando un odio inconmensurable ante cómo el supuesto amor entre ellos basábase únicamente en el manoseo del cuerpo entre la chapa corroída de sus cantegriles. He ahí que Enrique contó que no pudo ante el enojo, pues aquellos que tan contentos eran, y tanto sonreían ante la luz del día, agarrándose de sus sucias manos y paseando ciegamente entre la miseria, eran los mismos que las noches anteriores pareciera su semejante romance había desaparecido, solo para ser reemplazado por un comportamiento animalístico y degenerado. Disfrutando materia antes que espíritu.
Por cual Enrique decíame que tan inocentes son sobre las calles, y tan animales son en soledad.

Oh, que cegados fueron por disfrutar de su humanidad, y cómo todo humano, ha de ser la muerte aquello en lo que no piensan, pues el humano nació para sobrevivir, y ha de ver el cese de su existencia como algo indeseable y lejano. He aquí que esta pareja disfrutó tanto su fornicación que ignoró el hecho de que el filo separaría los trozos de sus cuerpos como bovino en gancho de carnicería. Oh, que luego de tan horrendo crímen Enrique tuvo la osadía de volver, porque también odiaba el hecho de que estuvieran muertos, pues con chispa y calor miró la llamarada iluminar su retina, jurando convertir al mausoleo de chapa en carbón y humo. Pues ante este recuerdo, Enrique decíame que si el diluvio no barre con la mugre de las calles, entonces el fuego lo hará. He ahí que será cuando la culminación de su propósito de rabia será alcanzada, y podrá él sentir que su sacrificio valió la pena, y a este mundo podrá dejar. Y su historia ha de haberme hecho cuestionar que muy diferente no soy a este

nivel de desquicio. Oh, por qué juzgar a quien nace en tal abismo, porque en Enrique vi mi igual. Ay, que a la misma cifra en nuestra edad tuvimos, porque fue nuestro nacer cuando en Puerto Plateado dábase la recuperación, ante peor miseria que hubo causado cuales condiciones formaron al desquicio de Enrique, y el mío.

He ahí que la moneda habíase dado a crisis, dando ello puerta abierta a líderes que no eran líderes mas mercantes del poder, mentirosos y falsos, y ellos vendieron humo, y los padres de los hijos creyeron a ellos, como los de Enrique, y los míos, a quienes no conocí, mas la crisis no cesó, y convirtióse en un proceso de muerte camuflada, con regalos y distracciones, por cual fue la caída lenta e invisible al ojo, mas palpable a las pocas almas como la nuestra, que poco tiempo llevábamos en esta vida, mas no conocíamos pasado alguno, y solo veíamos la decadencia inmunda de nuestros alrededores, sin poder entenderlo a causa de nuestra ingenua mente infantil, mas sintiendo su

sombra consumir nuestro corazón en silencio. Mas veces hubo que hacíame de la rabia al hablar, recordando a Ludovico, y decía a Enrique sobre aquellos que sientan sobre los tronos del poder siendo no más que un circo perverso de inútiles convencidos por su propia ignorancia. Entenebrecidos en su entendimiento y persuadidos por su orgullo. Por cual hube declarado que Ludovico mismo es el más sublime ejemplo del fruto perverso por cual ha evolucionado este adoctrinamiento infernal, el fariseo de nuestros tiempos, porque su vida ha de ser de este mundo solamente, y su mente es extranjera al verdadero espíritu de Cristo y Puerto plateado. Y el fundador del cristianismo no hizo secreto alguno de su desprecio hacia los fariseos, cuando miró él necesario, expulsó a los enemigos de la raza humana del templo de Dios, porque entonces, como siempre, los de la sinagoga de Satán utilizaron la religión como cual medio pareció a sus mentes retorcidas

estrategia, para así avanzar sus intereses por la moneda, mas por ese momento Cristo fue crucificado a causa de su actitud hacia los fariseos, mientras nuestros cristianos modernos entran en la carrera por el poder, y cuando el urbanita debe elegir, debaten y ruegan por no ser silenciados por Ludovico, incluso entran en intrigas con las falsas oposiciones ateas en contra de los intereses de su propio pueblo cristiano. Y he aquí miré en ellos una paternalidad fallida en el gobierno de esta ciudad, porque el pueblo parecióme hijo enfermo, mas el padre ha de haberle ignorado sus penas, y distrajo a él para calmar el síntoma en vez de curarlo. Y vi las calles, porque los hombres hacen del nihilismo su baile, y bailan mientras caen hacia el pozo más oscuro del infierno. Oh mi vista, porque cosas terribles veo en su baile, y los poderosos, distantes como el padre que no sabe que su joven hijo escapóse al baile por la noche. Porque luces rojas y moradas veo yo, y las mujeres pintaron sus labios de negro, y volvieron moda al

pentagrama invertido, y tanto ellas como los hombres han de cantar himnos al placer, vistiendo sus rostros con cuero negro, ironizando al que siente la felicidad ante el abuso de su cuerpo. Ay de los poderosos, que ni un átomo de este terror saben ellos. Mas abanderan a sí mismos con el poder y la justicia, tratando a esta generación mía como recién nacidos, séase el interminable llanto de furia aquello que molesta a ellos, porque miraron la decadencia como manifiesto de semejante podredumbre espiritual, mas eligieron el camino de pensar en ello como capricho ignorable. Mas hubo que miraron en ello un bucle para sus intereses, he ahí que enfermaron para vender la cura a medias, como quien hambrea a su fiera para que en su afán de supervivencia desarrolle una dependencia a costo de su vida, amando su propio veneno. Séase los pocos como mi yo, quienes alzamos nuestra voz en contra, quemados por los mudos en la hoguera del desquicio. He aquí el diseño a la mente de los hombres, para que

atáquense unos a los otros, y no mirar hacia el arriba. Mas han de ser los poderosos tan perversos, porque vendieron su mentira, y vieron la miseria, y la miseria vio a ellos, mas fue que ambos festejaron el engaño de que cada miserable tiene el derecho a elegir a su padrastro favorito. Y decíame en fervorosa ironía;

‘’¡Oh por favor, no vayan a pensar que viven en tiranía!’’

Y he de haber mirado a la falsa sonrisa en sus rostros, y en su trato, séase pues el mascarón de falso prójimo al miserable, ni siquiera hablando a él como quien lo gobierna, mas el inmundo trato que en su esencia siéntese la falsedad del mercante, aquel que actúa no en base a su moralidad, mas ha de hacer fuerza para acordarse de qué aprendió a decir para poder ganar la confianza del ingenuo.

Mas acercábamos con Enrique al Palacio Eurófeles, y fui yo testigo en sus ventanas de nuestra tela blanca que yace sobre nuestro cuello, pues ha de ser la misma cortina que fue de nuestro cortar, durante nuestro tiempo

bajo el encierro de los muros donde viven los hijos de la soledad. Recuerdo yo su venir, porque tiempo ha de haber pasado desde que perdí el rumbo de la vida ante la ida de Dorotea y mis abuelos. Y Enrique tenía el yugo del hierro entre sus manos que apretaban contra su espalda, y él ya vestía cual oscura prenda reflejaba el color azul para aquellos de ojo fino. He ahí que vino Enrique con sus manos manchadas luego de que hartara de la indiferencia, y a la sordina hubo quitado el respirar al paralítico. Y él no fue amigo mío al instante, porque fue aquel lugar como anarquía de la soledad, he ahí que nadie conoció a su par, y muchos anduvieron hablando y deseando por una ciudad feliz, donde la gente entienda su deseo por cual perfecto Hombre llamarían a él ‘’Caudillo’’, así como una situación en específico que lleve a la salvación de esta metrópolis bajo una hermandad. Mas solamente uno tiró como profeta de la unión y la supervivencia. Siendo una curiosa joven mujer de melena corta y negra que

llamábase Carina Tacconi, y ella subía a las mesas y alzaba voces, y todos escuchaban el tono relajado de su voz, cautivando los oídos de quienes sentían la fragmentación que impedía el convivir, y veía yo, como ella era para ellos el mesías del bienestar, por cual érase hábito suyo el prometer a todos el entretener, y del vicio, y fui yo íntegro de la hegemonía.
Carina amistó a Nélido de Arellano, y la disputa entre el cuestionamiento de sus valores causó el borre de Carina como líder, y la unión dividióse en dos grandes uniones, y luego cuatro, y en ocho, y así continuaron fragmentándose hasta que el último vestigio de lo que Carina una vez creó érase cual grupo presentóse a mi razón como minúsculo. Y ellos amistaron a mí, y a Enrique. Porque ha de ser este recuerdo durante nuestro caminar hacia la sede de Dios lo que causó que Enrique diera voces nuevamente, y fue su decir uno de cuestionamiento, mas no de la crítica, porque él glorificó cual sensación provoqué yo

durante nuestra primera conversación. Porque fue el surgir de nuestra hermandad una espontaneidad superior al del volcán que une el rugido de su furia con el de la tormenta, pues observaba él a la decadencia de nuestros alrededores, mas miróme a los ojos míos, y mis primeras palabras a él fueron;
“Si tan solo supieras lo mal que están las cosas realmente.”
Y en posterior solidificación de nuestra hermandad, conté a él la historia de Dorotea, y Enrique interesó, porque sus cejas tensionaron, y sus ojos concentraron ante cual pasado fue el eje central del despertar espiritual en mi persona, y en la suya. Una trascendencia la cual hízome ver el mundo desde las afueras de su condicionamiento, y exponer su degeneramiento. Y veía en los ojos de Enrique una fascinación como probablemente nunca antes había sentido, porque él había descubierto un mundo y una voz nueva, alguien que comprendía y exponía

aquella pesadilla en la que él crióse, y que no lo juzgaba por ello, mas lo aceptaba por serlo. Y entendía que junto conmigo, él no es más que la consecuencia de la distopía, de una sociedad que ha vuéltose insana, un hijo de un mundo estéril. Sea él, un Urbanita como yo. Y deshicimos del mediocre grupo que al espíritu transmitía el fuerte rechazo por su superficialidad. Y fue este cual ferviente ardor en el espíritu Enrique también llevaba, y recuerdo yo, muy bien las palabras suyas cuando la mesa fue su escenario, y dijo él; ‘’David es Puerto Plateado, así como Puerto Plateado es David”.

Y no fueron estos los tiempos de mayor sufrimiento, pues ha de ser consideración de la verdad, que la actitud nuestra ante la semejante decadencia de nuestro ver, fue una insensata ironía de inocencia retorcida, ante el infernal degeneramiento de nuestros alrededores, así como las crueles decisiones. Semejante descontento ha de haber sido la semilla, y su planta fue la ceniza. Mas el regar

es el ver, porque todo hombre y toda mujer vio el decaer de la moralidad dentro del horroroso lugar. Mas fuimos nosotros célebres cuando una noche de caos infernal en los confines del terrible lugar hubimos escapado, y arranqué yo un trozo de cortina, atando a ella como pañuelo sobre mi cuello mientras mis labios pronunciaron las más grandes verdades, y fue este acto el que captó en su esencia al mensaje de mi voz, antes del hálito de ceniza. Porque he de recordar yo, el brillo de los ojos ante la orden de Enrique, y el actuar de Nélido, que tornó compañero nuestro a lo último, una vez las rejas rindieron ante el descontrol. Ay de aquella imagen cuando miré al caos, y parecióme mi vista contemplaba como lento deslizamiento hacia mi diestro sentido ante el panorama de oscura vegetación y escombros, oh de mi sombra, que cuando miré a ella recordé al castillo Soneira, y en mi mente meditaron las palabras que dijeron de ir a encontrar al semejante lugar.

Y entre el caos reuní a mis queridos, y con ellos obramos entre la miseria, adquiriendo las horrendas posesiones de aquellos caídos que una vez juraron vigilar a los muros, y caminamos en libertad hacia aquel castillo por última vez. Oh que pareciera siglos han pasado desde aquella última imagen de flama sobre mis ojos, y un fuerte alarido de hierro sobre mi sien, cuando cerré mis ojos y hube pronunciado el nombre de mi amada por última vez.

Y grandiosa fue la cantidad de palabrería del recuerdo, mas Enrique pulsóme el brazo para volver al contacto con la realidad material, he ahí que el recuerdo y su melancólico trance desvanecieron de la mente mía, séase que en nuestra caminata notó Enrique a la cúpula de la hermosa Iglesia del Carmen, a la que íbamos en medio de tanta palabra de angustia, y fue lo visto de esta estructura, iluminado por dentro, y mezclándose en una marea mixta entre el verde de las acacias y el violeta de las jacarandas. Hubo puntos iluminados por el cálido en la cima de

los hierros negros, sean pues, vestigios de faroles, aquellos que en su momento hicieron coqueta a la noche de Puerto Plateado, séase la penumbra del pasado una de romance y eco de paz, donde cada monumento acompañaba a los pasos del traje y el vestido de los amantes en elegante formalidad. Mas es ahora la noche tierra de nadie. Y dije a Enrique, que cuando el Urbanita duerme, ya no es la sensación de una ciudad que sueña, mas ha de ser el manto humano que es eliminado, y revela la miseria que oculta la farsa del movimiento que imita a la vida. Y un extraño sonido escuché, como retumbe de golpe profundo, y naciente de incierto origen, por cual cuestioné a Enrique si sus oídos han escuchado lo mismo que los míos, y sus palabras fueron:
"Vibró la bóveda."
Y preocupó mi yo ante el hecho que desde los cielos sea de donde este golpe nace, y mi hermano dijo que también había pensado a la percusión esta como sonido de orígenes terrenales, mas fue atento a los detalles, y dijo que el Diablo está en

ellos, pues afirmó con seriedad:
‘’El sonido que a veces escuchás son trompetas.’’
Y con el ojo puesto sobre los cielos escuchamos el lento sonido del caballo que trae consigo el carro de dos ruedas, faetón de mugre que llevaba consigo una torre apestosa de basura, y sobre ella montaba quien conocía yo su rostro, y dije a Enrique;
‘’He ahí, el insensato desgraciado que una vez fue padre de Dorotea.’’
Y alejaba él con su mugre y el potrillo blanco, en dirección al cruce con la gran Giannattasio.

Lástima, y repulsión, ambos sentires que azotaron al espíritu mío bajo el lema de la injusticia. Un sentir de querer atentar contra la piel del rostro mío con la propia uña, como quien arranca el mascarón que tapa su rostro con la tragedia misma. Teatral furia cual alarido paraliza al cuerpo, angustiante enojo que cada año que pasa siéntese como una escalera que sigo bajando y que cada vez oscurécese más el ya por sí oscuro túnel hacia el inframundo, sea la oscuridad más absoluta de todas, donde

ni el pie es de poder ser visto, mas mi yo sigue bajando. Y quise correr hacia su dirección, aunque calmé, y di voces a Enrique, y fue mi decir el de la espera, porque desearía primero el rezo antes de la confrontación, pues prefiero encarar al semejante hombre dentro de las paredes donde él forja su moneda, aquella que él disfrutaba mientras Dorotea caía. Y fue el devenir de los tiempos, que la tormenta que ya estábase haciendo notar hacía un par de horas atrás, inició su amenaza con el temblar de las piedras ante el rugido del trueno cual relámpago convierte a la oscura nube en nebulosa de zafiro.

Y Seguimos caminando con Enrique mientras hablábamos, y giramos cual esquina provocóme en el corazón el mismo sentir de cuando la manzana fue la guía de mi encuentro con Dorotea. Porque vimos la imponente Catedral del Carmen, y fue ello una escena casi medieval, la enorme iglesia asemejó cual gigante espera la llegada del diminuto, con su oscura y escabrosa piedra tallada. Pues

pareció ella a nosotros como montaña afilada, cuya imponencia fue la amenaza divina, y su fondo fueron los cielos siendo iluminados por cual vena celestial resplandece y ruge desde la profundidad de la nube.
Recalcó Enrique el sentimiento en el alma que provoca la brisa fría en la oscuridad, porque los polvos del suelo volaron, y vimos los creyentes entrar a la semejante estructura con sus velas, y conmemoraban ellos la vigilia pascual mientras observábamos nosotros desde la esquina.

Acercamos a la puerta para contemplar mejor la estructura gigantesca tallada en piedra, mas cinco figuras tallaban en la fachada, y sobre ellos estaban inscritos cinco nombres cananeos, y era su mayúscula la que hablábanos de la victoria de Josué sobre Canaán.
Y Enrique dijo a mí; "Entrá David, porque yo espero afuera."
Por cual entré sin él, y fui ofrecido una vela, y busqué asiento entre la masiva multitud que inundaba tanto lo cercano como el horizonte.

Cálido silencio de espera sintióse, he ahí el aburrimiento de condena, uno que mientras lo sentía anduve mirando los altos arcos de ladrillo gris, y cada uno medía cuarenta y ocho metros de altura, mas eran ellos por donde comenzó a fluir hacia mi dirección el sonido de la oración, y laborioso hacíame el escuchar, sea pues el eco inteligible cual consecuencia provoca la distancia mía. Y la oscuridad acompañó a la ceremonia, porque iluminaban únicamente los grandes candelabros, y colgaban ellos desde el oscurecido techo cual cumbre era de no verse. Y aleatorio fue el amenazante destello de las nubes que daba vida a las escenas bíblicas en cada vitral.

Percatado fue el ojo mío por cual fémina vestía la delicadez de un vestido verde, con decoraciones florales sobre el contorno de la manga que cortaba en una base decorada, y cubriendo su hombro, para luego revelar su delicado brazo, como si el mismo naciera de los diminutos pétalos de una flor, y fue su pelo uno que atábase en una larga trenza rubia que

recorría su espalda. Ella rezaba junto con sus padres en callado lamento, y pude notar su tristeza, y el bronceado de su piel, sea pues una oscuridad anaranjada, con algunas partes que parecía ser su piel sucia en tierra, y era ello el concentrar del quemar, pues ha de ser esta apariencia sucia, no la del disfrute del sol mas el trabajo de jardinería. Y tras ultimada la oración, elevó el sacerdote la santa dádiva, y llamó a los fieles al altar para el recibir del pan de la divinidad. Nunca probó el paladar mío el maná celestial, ni conocí yo el sabor de la fina lámina. Y con mi vela en mano movióse mi cuerpo hacia el dirigir de la santa fila, y no sentí control de mi propio paso, y esta mujer caminaba delante mío a medio respiro de distancia, séase el notar mío como ella era ligeramente más alta que yo. Cuando hube yo llegado al altar, extendió el sacerdote su mano con la hostia, y fue cual filo corta el velo de la ignorancia la duda que hirió la razón mía, porque no supe si era mi deber recibir la santa harina en la palma de mi mano o la lengua. El peso

de los años y sus indecisiones clavóse en la mente mía, y con temor del niño que nunca dejó de ser fue el consejo de mi mente el que indicó, y fue su indicar no hablado mas el impulso a extender mi mano, y con dedo de insegura osadía tomé la hostia, y posándola sobre la lengua mía tracé la Trinidad en el pecho mío. Regresé yo a mi asiento, y sentí el disco pegar sobre mi paladar.

Profunda desesperación de ahogo sentí yo, mas negué al desespero, y fue la bendición mía la humedad de mi boca que disolvió la harina antes de que mi máscara de sanidad cayera.

Y una hora y media pasaron, y la ceremonia terminó. La joven en frente mío retiróse junto con sus padres, y antes de irse miró fijo a mis ojos al pasar por mi lado, y pude reconocer la desesperación en su mirada, y la flacidez de su piel indicaba una edad mucho mayor a lo que pensé, mas su belleza era tal que la edad no afectaba a ella. Por cual noté en su ser como trátase de esas pocas mujeres que han rechazado su integrar al del mundo degenerado,

y ha cerrádose ante la vida, en su propia casa, donde las únicas personas que conocen a ella han de ser sus padres, y su mundo es su jardín. Pues son estos los últimos vestigios de personas como yo, quienes entienden la distopía, mas no actúan, y matan a su propio espíritu. Porque el hombre como yo apágase ante el mundo, mientras que la mujer debe decidir entre nadar en el barro de la decadencia, o desmayar ante la inexistencia de ese Hombre cuya extinción provocó en ellas cual fantasía nunca será realizada. He aquí que paréceme el diablo ríe ante la caída del hombre, y han de ser las mujeres las que no encontraron paz en ninguno de los dos caminos que los tiempos turbulentos dio a ellas, por cual sienten la frustración ante el hombre, y escuchan a la voz que habla a sus oídos, y dice que a culpa de Eva deberán ellas fatigar sobre la tierra, y a causa de su pecado fueron hechas esclavas de su propio hogar. Y es esta voz infernal la que seduce con cual torcido lema expresa la tentación a la falsa

liberación, porque ha de engañar que el hombre no valida a ellas como humano, por cual el diablo ofrece a ellas un valor nuevo donde posar su orgullo, y es este uno de comodidad, he ahí, que ser producto empoderará a la mujer. Y han de ver a la dualidad entre la debilidad del hombre, porque unos vinieron a ellas, y hablaron diciendo que la servidumbre es su único propósito, así como otros incitaron a vender a sí mismas y a sus hijas. Magno dolor que háceme sentir culpable, porque si Enrique tuvo razón cuando dijo que yo soy la distopía como la distopía ha de ser yo mísmo, por lo tanto no solo he de encarnar la decadencia, mas la resistencia también, y es algo que no demuestro en mi actuar. Y pensé, como el hombre en Puerto Plateado debe elegir tres caminos, aunque los tres lleven al infierno, porque uno retráese, otros ceden ante el peso del dolor y cercenan su existir, y por último, la máxima rareza, es aquel Caudillo que intenta despertar al resto en contra del degeneramiento. La iglesia vació, y como contraste

burlón a mi miseria noté a mi costado, el entrar de cual presencia repugné yo, sea pues el sobrepeso de un hombre que entraba con su esposa, pues sentaron ellos en la banca, mas no rezaron, y observaron ellos cual aparente fascinación provocábales el interior de la estructura, y su fascinar duró unos segundos antes de su ida. Mediocre comportar, ridícula superficialidad. Ejemplo perfecto de cual ignorante mente fascina ante lo que excede a ellos, porque no es de su interés el indagar, sea pues el barato estímulo mental es su prioridad, sea que no entienden ellos, que su admiración surge de su propia ignorancia. Y salí de la gran iglesia luego de haber escupido a la figura de estas personas mientras alejábanse, he ahí que luego de pasar por aquellas puertas encontré a Enrique haciendo uso de su sobrehumana paciencia, y conté a él sobre esta mujer, y vi yo la tensión sobre la ceja cuyos ojos azules éranse víctima de su presión, porque Enrique hízose de la facultad de la memoria, y dio voz a mí en forma de recuerdo, pues mencionó él a Carina

Tacconi, a quien conoció cuando la condena diaria era el uniforme azul, pues fue ella aquel amor que él perdió cuando el polvo entregó a nosotros la libertad, y ha de ser mi mente incapaz de comprehender como el corazón de Enrique es el hierro mismo, sea pues esta mujer la única persona que una vez quiso a él, mas su fanatismo por nuestras ideas fue suficiente como para que Enrique no sienta pérdida alguna, ni siquiera en la tragedia. Reflexión que tanto medité mientras el ver del ojo mío difuminó ante lento avance de la sombra que confirmaba la noche, porque tapaba ella con paciencia al rostro de una estatua de piedra que tallaba sobre una fachada, por cual era la angustia en su expresión la que acompañaba a su propio oscurecer.

Noté a mi costado otro rostro de piedra cuyos ojos cerrados derramaban la mancha de la oscura humedad que asemejaba a la lágrima que caía, porque fue su expresión una de tranquilidad en su eterna petrificación. Séase el sentir en el espíritu como la lenta voz

melódica que en su avanzar presióname el pecho en etéreo acorralamiento. Y nuevamente mis ojos concentraron, mas fue hacia el norte de mi ver, y noté sobre el techo que cubría mi ser, un gran rostro de piedra que parecía dormir sobre mí. Y fue la impresión de semejante estructura, séase su posición horizontal, que mi vista parecía hundirse lentamente en paciente alejar, para contemplar la penumbra y los destellos de la luz morada que marcaba los sutiles detalles de su expresión, en un juego de sombras y quiebre ruinoso. Sea el cerrar de esta lenta oscuridad, la contradictoria cortina del teatro que no cierra mas abre ante el oscuro escenario que transmite la amenaza del porvenir. Y detuve yo a Enrique y dije a él, que este es el momento de iniciar nuestra aventura hacia la boca del lobo, porque confrontaré yo al padre de Dorotea, y para ello primero debemos bajar por la gran Giannattasio, y he ahí donde han de verse los males de nuestro siglo, puesto que miré la

dirección de la gran avenida, y empecé a sentir el sentimiento de nostalgia cuyo inoloro aire lo huele el espíritu, un gran recuerdo de aquellos tiempos que transitaron por el cálido y el gélido. Aunque tenían a la noche en común.

Porque todavía podía sentir yo cual sensación de desolación provocábame la noche, y su oscuridad vacía, séase pues la misma imagen de iluminación sombría y brisa fría que sentí hace años atrás, cuando divagaba luego de la ida de Dorotea. Porque ha de ser la muerte el opuesto a la vida, por cual fueron las caminatas mías ante la ruleta del engaño, ya no en la matina, mas en la noche. Y en un rotar casi caricaturesco, miramos con Enrique hacia el horizonte de la gran avenida, y notamos las nubes que acercaban a esconder el muerto horizonte cual teatral cierre fue uno donde el rojo incandescente hundía ante el avanzar de un oscuro morado, que a su vez contagiábase de la penumbra proveniente de los edificios negros, como cuando el sol recién nacido observa a través

del horizontal aire brumoso, podado de sus celestiales rayos en tenue eclipse, un crepúsculo malévolo que perpleja al monarca y sus feudos ante el temor al juicio que la noche acerca con la amenaza de su sombra y el levantamiento de la Luna. Oh madre del polvo, que con su presencia sepulta abajo de las Naciones al padre del átomo. Y hubo que mi concentración quebró. He ahí que con Enrique hicimos al mismo tiempo el absurdo mas característico saludo nuestro, que consistía en colocar el brazo en línea horizontal sobre el pecho, como rayo rígido. Porque es este saludo la alegoría a la mano que indica a qué altura llega la lealtad, sea esta la que llega al corazón, equitativo pues, a cual lealtad hube jurado yo que nunca perdería a la memoria de Dorotea.

LIBRO MEDIO

LAMENTACIÓN I.

Con Enrique llegamos a la gran Giannattasio y sentimos en el pecho, una vez más, su gran dimensión porque su fin no era de verse mas su

desvanecer en la emergente niebla rojiza y fría. Una sensación de amplitud, como si mientras más miraba la calle hacia el sur, más abre su este y oeste, pues ha de asemejar el estiro del mundo. Y el corazón mío parecióme desmayar, sea pues el eco de su vahído cual pasión conlleva la ópera cuyo alarido es la barcaza en la que el espíritu escápase, porque hubo de hundirse el corazón mío ante el hipnotizante foco del ojo, porque él no ignora semejante panorama desolador. Ay del gótico mar de torres terribles, porque eran sus brillos que parecían el fulgor de perlas y piedras preciosas. Y vino mi corazón contemplando y diciendo; ‘’¡Vaya de la bestia que llámase metrópolis!; ¡Cuánto horror causa a mí tu fino lino y escarlata!’’ Y miré a la densa niebla, con su amenazante difuminado, y toda estructura asemejaba al coloso que conviértese en sombra pálida que observa entre los brillos de los desencajantes neones que hablaban de vicio. Y asemejó la ciudad a la ruina antigua, porque sentí

yo a Roma en el espíritu, con sus balcones cayéndose a pedazos, he ahí la bella ciudad que la historia sepultó, es ahora su hija sepultada entre letras de fuego y enredaderas de goma. Y angustiaba yo al observar los techos, terminando ellos en plataformas vacías donde en suyo momento hubieron cúpulas y puntas. He ahora, no más que restos de hierro y bellos marcos de ventanas y relojes, tapados en su interior por cual pared forma el patrón del ladrillo.

Y mis ojos miraron rostros de piedra y gárgolas sobre las fachadas, tallados que en su expresión veíase el dolor y furia, petrificados en la eternidad, mas escondían la belleza de su arte entre el polvo y la tierra. Y muchas de estas obras de arte fueron el tallado del pájaro, mas érase la cabeza una de mujer, por cual bella estructura era la fémina de alas y pie de garra, séase ello cual resaltar de la decadencia provocaba el ser de la mitología griega. Porque ellas llamábanse Arpías, y observaban desde la piedra el paso de

los siglos. Y olvidando nuestros ojos a este panorama, encontrábamos mirando en lo particular a una estrella que nunca hube percatado de su existencia, mas luego de tres días desde la odisea del alma en la gruta de Lourdes, fue que en los cielos comencé a notar un brillo de escarlata, magnífico y desconcertante con su estática presencia en dirección al Palacio Eurófeles. Porque a esta estrella muchas veces hablé mis dudas y reflexiones, preguntándome si el fin de los tiempos ha ocurrido, o si solo ocurrirá en otro plano donde la materia no existe, y solo la esencia del Hombre veráse sometida a infinitas torturas engendradas por su propia maldad. Sean estas palabras aquellas que cuestionaba en la mente mientras caminábamos con Enrique y hablábamos de la semejante, que al horizonte indicaba con su precioso brillo. Y no sé si habrá sentido él lo mismo que yo ante lo visto, porque la reverberación de la fría humedad en mis oídos érase tan sublime, que junto con la oscura

noche fría hacía que la vista de la estrella sintiérase como si los contornos de la realidad hirvieran ante su tenso silencio. He ahí que mientras contemplábamos el cielo inalcanzable, vimos con dificultad un collar de luces grisáceas débiles, casi transparentes, jugando carreras incoherentes sobre las nubes, a veces alternando el patrón de sus movimientos y girando como un gran anillo para luego desintegrarlo una por una al autoexpulsarse hacia el horizonte a velocidades incomprensibles. Y de sublime mi pecho inflamó, porque Enrique cuestionóme si acaso no es eso a lo que el sacro libro refirióse al decir que en el fin de los tiempos habrá señales, y muchas de ellas ocurrirán en los cielos. Aquí contesté a él con duda preocupada, porque he de recordar la noche anterior a la que Dorotea cayó de la torre, porque fue la esquina de mis ojos que notaron esas mismas luces, casi expectantes, para luego desaparecer sin darme cuenta. Mas fue todo ese día antes de la fatal noche que siempre

recordé un ambiente extraño en los aires, como si a ese día el Mal lo haya creado con el único propósito de acelerar el paso de las horas, porque un horrible sentimiento tenía de que algo malo iba a pasar, y pareciera todo el mundo sabía y demostraba a mí con cada paso acelerado sobre las calles, así como un silencio extraño, inusual para un día tan veraniego. Y nunca hube dado yo importancia a estos sucesos debido a que un mayor dolor marcóme la vida, mas pesóme su importancia mientras caminábamos por el medio de la calle, hasta que escalofríos sentí a causa de aquello, y fuímonos hacia la vereda. Y fue esta llegada a las terribles veredas el bautismo de fuego, porque ambos no pudimos mantener el ojo concentrado en un solo punto, porque cada rincón habló a nuestra atención con su horripilancia. Carnaval de náusea que provocaba empalago de repugnancia, he ahí en la inmundicia que miramos varios Urbanitas durmiendo al frío, y cinco de ellos peleaban por cual botella vació su vino, y

eran sus voces no la de la palabra mas la queja cual sonido érase el del eructo. La melodía de la decadente cuerda era de escucharse entre el eco húmedo de la vereda y los balcones, aquel que quemaba el cilindro del vicio sobre su labio, porque romantizaba la desgracia desde el más arriba, y sintióse él amigo de la noche, porque cantaba la melodía cuyo génesis fue en las tierras eslavas. Y fluyeron sus palabras a nuestro paso, diciendo bajo el yugo de la cuerda que los techos de las casas sacuden bajo la presión del día, y la ciudad dispara su luz a la noche, mas, mayor es la fuerza de la noche. Leve sonrisa surgió a mí al reconocer su letra. Y fue mi concentrar interrumpido por Enrique que señalóme cómo desquiciados trepaban y rompían faroles, y han de haberse escuchado sus alaridos mientras el palo astillado quebraba los vidrios. Sea pues nuestro ver entre los vapores de la calefacción, y el particular resplandor azul, el de un hombre anciano sin camisa, de pecho expuesto, mas tenía pantalones agrietados y

manchados en barro, tribal apariencia poseía él, porque su cuerpo cargaba con décadas de desnutrición. Y su columna doblaba hacia un costado, y su vientre colgaba como bolsa a lo que marcábase el hueso del músculo tanto del brazo como la gamba, por cual érase ello turbio contraste al colgante abdomen, mas su baja estatura y edad no era de su prohibir para el desquiciado comportar, porque su fina voz era rasposa, y gritaba él un incoherente canto mientras rompía vidrios con una tabla, ironizando Enrique con sus apodos, pues a él bautizó como ‘’El abominación.”

Malvado fuego alzóse desde el cilindro de chapa, desgraciados eran ellos, porque miramos al Zambo y al Pardo vendiendo el fruto del robo sobre un cartón mojado en el suelo, gritándose con el Fisura y el Ciruja. Y ellos amenazaban con un fierro del cual colgaba una goma desde su punta, mas quería yo pensar lo de la goma érase con propósito, porque hubo de no caber en la mente mía que el Urbanita promedio pueda

ingeniárselas como para reflejar su propia decadencia hasta en un trozo de hierro. Fue la vista nuestra la del condenado por la pierna, porque él no caminaba mas sentaba, y fue su silla el trono de hierro que lo burlaba, porque su rueda fue destornillada, mientras él observaba desde la penumbra, y un desnudo dormía sin despertar sobre la mojada vereda. Mujeres y hombres, sus cuerpos fueron mercancía expirada por el reventar de la lujuria y el vicio, ay de su pacto con Asmodeo, porque vendiéronse por la moneda, encontrando el orgullo en ello, pues, que mayor lógica habría en el proceso de sus mentes que ganar riquezas al vender placer. Y miré un hombre que a mi edad compartía, mas la arruga lo envejecía, y la vena apretaba y enrojecía sus ojos con fuerza, porque la fragancia de cual planta trae consigo el vicio era el humo donde veía él su refugio, así como también era su olvido ante la condena que él mismo eligió, oh cuán lamentable. Y bajo falso pelo ocultaba el suyo, y vestía con el vestido de una mujer, porque

asfixiaba él su cintura con un alambre para resaltar cual pierna definíase por el moretón. Sea que redujo él su valor al del muslo, y la única parte de su cuerpo que no parecía ruina, era el arriba de su pierna, cuya curva marcaba la tela del vestido. Vio Enrique, una mujer que él no pudo distinguir la longitud de su vivir, porque aparentó ella la del joven, mas el decaer de su cuerpo era el del anciano. Particular desconforme causó en nosotros su vestir, casi infantil, porque era ella alta, y su hueso marcó, incluso su mandíbula, y su marrón piel, oscurecida por la tierra y la mugre, que contrastaba con la fuerte pintura anaranjada de su cabello atado en desorden, pues caminaba con apuro, y rascaba su cuello mientras su labio expresaba la incoherencia. Y pareciera el carnaval sodomita no cansar de sorprender con su diabólico espectáculo, porque ni bien ella alejaba, miramos otro fisura que reía, y saltaba, y agachaba, y cubría su cabeza con una o las dos manos, ante la repetición de cual incoherente discurso era el fruto de su risa, pues

hablaba él de una supuesta chimenea, y preguntaba a sí mismo si era suya, mas no despegaba los ojos del suelo, y decía a alguien que no existía, intentando no reírse, que si quería podía llevársela. Profundo dolor causóme a mí ver semejante situación que no parecía tener fin, porque ha de ser mi relato infinito, mas fue la intensidad de mi dolor causado por mi recuerdo de Dorotea al ver en la calle a jóvenes que ni siquiera habían ganado aun su título de mujer, sedadas por la normalización de lo horrendo, recordando yo a la dama de la Iglesia del Carmen, y cuestionando cómo han de ser las Mujeres jóvenes tan engañadas.

Ay de las hermosas muchachas que en su momento pudieron ser la pintura que alegoriza la belleza, porque ellas han visto en el degeneramiento la norma. y es ahora la mugre causa de orgullo, por quien critica a la decadencia, critica a ellas. Mas injusto el contraste fue, y hermosos fueron los arcos, porque con Enrique entramos al boscoso bulevar, panorama cual

bienvenida dio al ojo mío con su divina geometría, porque vimos a la hermosa fuente y el pabellón, aunque era lo más cercano a nosotros un precioso arco de mármol entre la naturaleza crecida, he ahí la hermosa curva que pareció cuerno que retorcía con la delicadez del caramelo, bella rampa de mármol que en su punta de abajo no dejaba terminar su forma sin sorprender gracias a su metamorfosis en columna, y sobre ella posaba una copa. Y el piso mezclaba el musgo con el mármol, grietas de laurel y pasto que derramaba su decadente avance hacia una seca fuente, y sobre ella un ángel vertía un jarrón que olvidó su propia agua. Mas fue el fascinar nuestro el pabellón con forma de muralla que cubría la silueta del angel desde atrás, una gran apertura dejaba ver la oscuridad de la densa naturaleza cuya aura contrastaba con el blanco ángel, un agujero tallado en la hermosa pared que tampoco era simétrico, porque parecióme como corazón inclinado, así como dobló el resto de la muralla de

mármol en curvas de geometría imposible, como papel que hubo petrificado en la belleza de su propio retorcer.
Cuestionando yo a Enrique cómo puede ser que la línea recta escapábasele nada más que a un simple muro, oh qué bella ciudad una vez tuvimos.
Mas hube lamentado, diciendo que semejante belleza ha dádose a la ruina, y dijo él que la ruina dosificaba a ella con el doble de belleza. Y fue la ironía del diablo, cual oído nuestro escuchó al conventillo, y mis ojos contemplaron forasteros bailando sobre las ruinas que tanto estábamos disfrutando, y profanaron ellos con hedonismo aquello que mis ancestros levantaron con sudor de labor.
Y vistieron ellos la deshonra como estandarte, y sus cabellos mutilados en geometría extravagante que tapaban sus frentes como arbusto, mas parecía difuminarse entre sus pieles oscurecidas, y complementaban con vestimenta diseñada para el resalte lujurioso. Y en la distancia escuchábanse instrumentos que emitían

sonidos repetitivos y tribales, lo que ellos consideran música, la misma de característica foránea, alógena a mi ciudad, con sus orígenes en la decadencia animalística del trópico, y esos sonidos disturbaban la paz distópica y la interrumpían con una alegría barata propia de carnaval blasfemo. Una cultura cuyo único fundamento es la decadencia, altar consagrado a la mediocridad, a la abdicación del espíritu, y al barro y a la abominación. Y dije a Enrique, que he de destacar yo, que desde el concebir de mi ser, sentía ya en el espíritu el gran rechazo ante esta abismal decadencia, y aunque sin palabras, lo sentí como un ardor en mi pecho, este rechazo visceral a lo que carece de belleza, un sentimiento que ha evolucionado conjunto a mi madurez. Y vi a las hijas de Sodoma, y eran ellas niñas que la vida aún no consideraba mujer, ellas tenían el sutién expuesto y la planta del vicio ardía en sus manos. Érase el vestir no solo el uniforme que delataba a

sus valores, mas era también su cabello, como gruesa cortina que cortaba en línea recta sobre sus cejas mientras el resto caía sobre sus espaldas, pues era ello su símbolo también. Y tanto hube cuestionado el concepto de casualidad, porque ante la vista de semejante peinado dije a mí mismo que duda alguna no hay que el Diablo burla de mí al profanar hasta nada más que el peinado que llevaba Dorotea, así pues, atormentar cada cosa que el ojo mío observa.
Y mi mente exclamó en silencio;

"Oh Jehová, ¡porque has convertídome en testigo a costo de quien amo!"
Y ellas no podían casi mover sus piernas ante el ajuste de sus pantalones que resaltaban sus inexistentes caderas, porque como bien fue el decir mío, sintieron ellas orgullo en la prisión de su propia miseria. Sea pues aquello que el degenerado contemporáneo justifica, al entender él por moderno como sinónimo de positivo.
Mas fue que vi sus rostros y miré rasgos hermosos, y casi pude pensar las cosas que una vez pensé sobre

Dorotea, por cual ello fue causa de turbio enojo ante cómo la belleza tuvo peor destino que la muerte. Ay de sus terribles sonrisas, porque eran sus dientes adornados con piedras brillosas en su centro, y el oscuro delineado de sus ojos, junto a gruesas pestañas postizas que arrugaban ante la pícara sonrisa de sus labios levemente hinchados y recubiertos de un brillo como plástico. Mas contradecía a mí mismo ante no estar seguro si belleza alguna veía en esta estética, porque horrible no era, u odiar a ella por lo que representa. Y rápidamente repudio sentí cuando en el pecho golpeóme con el entendimiento de que aquello que estaba consumiendo mi mente no era una supuesta belleza que mis ojos hayan descubierto, mas el lento hervor de la lujuria, he ahí la genialidad de la semejante estética, que con ella logran provocar, confundir, y disfrazar a los más viles sentimientos en todo hombre desprevenido. Y asqueado también fui por sus cuerpos que imitaban la delicadeza al caminar,

mientras colgaba a su costado una pequeña cartera de cuero, y sacaban de ella cilindros de papel, y cargaban el polvo de la planta en su interior.
Mas notábamos con Enrique como ellas parecían haber establecido un sistema de jerarquías subjetivas, y cada una identificábase bajo apodos que ironizaban en un humor repulsivamente pícaro a su condición de menor de edad, de ser ‘’positiva’’, o, ‘’La rubia.’’, sea esta última jerarquía, su suerte de elitismo, porque fueron aquellas que su pelo imitaba el sol, quienes creyéronse monarquía por ser siempre quienes tenían, a su vez, un cuerpo más desarrollado que las otras siendo su cabello sello que confirma a ello, mas cuestioné yo, y deducí que semejante correlación ha de ser por nacer en familias cual conciencia de identidad era consecuencia de un estilo de vida más tradicional, y menos decadente, he ahí la armonía de los cuerpos y la pureza del cabello, a diferencia de los hijos de la chapa, que desconocen su propia sangre, sea esta una enredadera oscura de

orígenes a causa de la lujuria de sus ancestros. Y eran ellas vistas como nobleza no solo por sí mismas, mas las inferiores lo reconocían con un irónico orgullo atrevido, aunque todas compartían la misma condición de aborrecible inmundicia humana. Sea pues el cuerpo que causa lujuria en los hombres, visto como ídolo por quienes llevasen bien con ellas, mas la enemiga, si tuviera exactamente el mismo cuerpo que ellas adoraban, sería invertida la adoración, y convertida en burla y violencia. Pues veíamos como unas agarraban del pelo a otras, y arrastrábanse por los suelos, mientras los hombres observaban en pícara sonrisa, y caminaban con sangre en su mano izquierda y vicio en la derecha. Porque sus rostros exclamaron la insensibilidad, y sus vestimentas no representaban la harmonía de la proporción, mas vistieron el uniforme de la idolatría representada en los colores del juego, aquel pan y circo por el cual queman las carnes de sus propios, sea el vicio y su propaganda, lo que

vuelve a ellos radicales. Y parecían sus cabezas rígidas en cual posición érase el elevo del mentón, hundidas sobre sus cuellos, y la cumbre de sus frentes era decorada con una gorra mal ajustada, y parecía ello como cúpula sobre ellos mientras sus ojos tapaban bajo las viseras.

Mas notábanse como saludaban entre ellos, y su gesto era el levantar del dedo pulgar y el índice, sacudiendo lentamente el gesto sobre sus propios rostros. Y hablaron lenguas, y dieron voces de característica críptica, que consistían en eufemismos degenerados expresados en un híbrido entre el acento foráneo y el nuestro. Lengua de serpientes que enorgullecen de su engaño, tomando prestada la palabra del criminal para enmascarar la depravación. Y dije a Enrique lo que él también pensaba, porque no podía creer cómo es que ha solidificádose esta Babel de inmundicia. Cómo ha sido la tradición heredada de nuestros ancestros desplazada por esta torre torcida de peste y desorden. Y nosotros,

quienes vemos nuestro rostro abajo de la burla pintada sobre las estatuas de hombres que una vez fuimos, somos hoy extranjeros dentro de nuestra propia tierra.
Y quienes rebelamos ante semejante desquicio somos llamados antisociales, discriminadores o los que chaparon a la antigua, cuando en realidad es este mundo el que ha perdido el sentido, y somos nosotros los únicos seres racionales quienes notan la pérdida de la belleza, y del espíritu, y padecemos las consecuencias del aislamiento ante el rechazo de querer formar parte de un mundo que no vale la pena vivirlo.
Porque más vale ser extranjero en un mundo caído que ciudadano de Sodoma, sea pues el destino sellado y la sal su herencia. Mas sin embargo, he de no saber yo quienes seríamos nosotros, porque con quienes he hablado, ninguno es mi hermano, solamente Enrique. Y hay quienes entiéndenme, mas no aplican el consejo.
Hay quienes incluso reconocen mi razón, mas en su cobardía no

atrévense a cuestionar lo incuestionable. Solamente mi hermano, Enrique, porque su alma quema en tierra lo que el espíritu mío ha de gritarle a los cielos. Mas, inútil es nuestra condición de fieras sueltas en un mundo donde nuestro actuar no provoca otra cosa más que el ignorar o la burla de quienes sobran a nosotros en número. Y cuestioné yo, que quizás sea inmadurez, o el miedo, mas la verdad es inamovible, sea la gran Babilonia ya caída.
Y los degenerados siguieron bailando sobre la ruina. Y fueron ellos ignorantes ante el juicio, idolatras del pecado, los sodomitas contemporáneos, tan afortunados como ingratos, porque ellos eligieron desconocer cuales fundamentos han de haber provocado semejante condiciones de bienestar. Y vieron nada más que ellos mismos, porque no miraron hacia atrás ni esforzáronse por descubrir el pasado. Y gozaban ellos de un presente cuyo origen escapábaseles, y que ni siquiera ha de interesarles. Sea pues la razón por cual

terminan creyendo que el mundo que vida a ellos ha dado, apareció de la nada, y creyéronse parte de la naturaleza mas no de la historia. Y el perfume del azufre ardió mi nariz, y la angustia sentí en el pecho, así como el resentimiento inundó el alma mía, porque he yo de no ser muy diferente a ellos, y pertenezco a su generación, mas el desgraciado he de ser yo, quien no tiene la manada que ellos sí. Y el magno volumen de la frustración fue causante de un deseo de traición a la no reacción, y girar la moneda hacia la violencia. Y quise atropellar mi ser contra la multitud y sacar mi sable, mas la cobardía mía ha de ganar, impulsada por mi gran peso de razón, pues como bien dije yo, el desgraciado que vive en soledad ha de ser yo mismo, y seré yo el único desquiciado que enfréntase a los muchos, para luego ver como mi miseria es burlada por la cantidad de quienes enorgullecen ante saber que mi reacción es la rareza de unos pocos, mientras Enrique, la única persona que esme fiel,

lamenta haber perdido su único amigo a causa de su propio orgullo. Y fue mi cuestionamiento sobre esta realidad, el que causa la culpa mía, por el hecho de seguir preocupándome por el mundo a mi alrededor cuando el problema ha de ser yo mismo. Sea yo, literalmente nadie, porque la única cualidad de mi persona es el cuestionar mas no el actuar. Habito en soledad, en los confines de una casa la cual no pertenece a mí, porque ha sido un culposo regalo trágico. Y las horas de mi día son las del aburrimiento ante la incierta espera, mas he de cuestionar qué espero, y es ello la nada, porque no hay nada por lo que esperar, y húndome a mí mismo en la angustia del recuerdo, y en repetición lamento a mi mente "Qué desgracia." Mientras siento el dolor en el alma cada vez que respiro en soledad al imaginar cual vida carezco junto a Dorotea. Y fue esto algo que Enrique no entendió, porque él no sentía la culpa propia, mas en mi caso, aunque yo tire maldiciones sobre el decurso de otros hombres, la culpa ha de regresarme

la mirada a mí mismo, y escruté cada paso que di. Y cuestioné a Enrique, que tan trastornado ha de ser el espíritu mío, que no soy revolucionario alguno, solamente lo soy en revolucionar el ardor de desprecio inconmensurable tan grande que tengo en contra de la vida misma, y fue mi gran crítica el diálogo, que mi aporte no es más que verter en el sonido de mi labio a la miseria inherente a la existencia mía, mientras que el diálogo ajeno es el jugueteo inocente. Y considerable es el número fijo de la cantidad de veces que he sentido yo los veranos y los inviernos, desde que la capacidad de integrarme al resto de los hombres ha sido de mi perder.

Y dije a Enrique, que he perdídome en mí mismo ante la magna angustia que la ida de Dorotea ha provocádome, y es este dolor el que trasciende la mera mente mía, y es ahora el cuerpo mío que es consumido, sintiendo yo su apagado, sea la tragedia que el espejo devuélveme, porque el cabello abandona mi cabeza ante el callado desespero, uno

que la piel también marca su sello con su palidez azulada, y con la tiniebla que yace como altar bajo el triste ojo, séase su oscuridad la mancha enrojecida, y ella la consecuencia del ardor de cual sal conlleva el derrame de la miseria. Y muchas veces he sentido que hasta la fe he perdido, por cual promesas del más allá prometieron a mí, mas es en la vida que quise dejar de sufrir, sea pues la muerte no mi preocupación mas la rabia de mi desperdicio vital mientras ella acerca.

Una gran desesperación que sentí una alcancé la edad en que los hombres son llamados a forjar su destino, mas yo carecía de toda cualidad que al humano hace, y fue mi único deseo el de sentarme en una esquina y permitir que la naturaleza decidiera si mi vivir merecía prolongarse.

Dijo Enrique que la selección natural es ley, y como ejemplo mencionó que la sentencia ya obró sobre él sin su intervención, no porque él lo deseara, mas por la miseria en la que crióse, y aun así su vida prolongó,

porque el corazón ama la vida, aunque el espíritu la deteste. Mas pregunté qué será la fe, porque han de haber mirado mis ojos a lo que muchos llaman fe, y en ello vi la paciencia mientras la bestia consume la Creación. Así como hube cuestionado si es la fe encontrar el consuelo dentro de cual esclavitud promete recompensa a la inacción del espíritu. Y dije a Enrique;

‘’¿Porque será fe creer que si obedecés al diablo el tiempo suficiente, serás salvado por Dios?”

‘’O será fe creer que si saltás al infierno para luchar por Dios, su amor te salvará?”

Mas contradictorio fue mi razonar, porque ha de ser la renuncia al consuelo de la inacción cual pacto es necesario para lanzarse al infierno. Y el consejo de la razón hízome pesar el pecho, porque Enrique preguntóme simples palabras, y decía él;

‘’¿Tuviste suficiente fe en el amor de
Dios por tu alma como para hacer lo que debió hacerse?”

Y érase que sentí el vidrio de mis retinas empañarse en la angustia, porque hube recordado mi

cobardía, sea ella cual costo cobróme la vida de a aquella quien amo. Por cual dije a Enrique que Dorotea es el más claro ejemplo de que fe no tengo. Y habláronme palabras de sólida sabiduría, porque Enrique dijo que la fe es el entendimiento de las fauces omnipresentes del diablo, he ahí, el peso aplastante de sus dientes. Porque con ella sabido es que todo eventualmente será consumido por el mal. Y aun así, a pesar de todas las probabilidades y de todo el sufrimiento prometido, el indomable espíritu humano decide empujar contra las mandíbulas de la aniquilación. No porque puedan detenerse, o váyanse a detener, mas porque el arma más grande del Hombre es la rebeldía. Y la fe es la herramienta con la que el diablo es desafiado. Y aunque la aceptación de sus palabras sentí, érase la rabia de mi decepción interna aquello que no podía contener, negando y aceptando a la vez, mientras caminaba con errancia, y la melodía de la condena sonó en mis oídos, sea aquello el

vahído de la angustia que entorpece la pierna, y el corazón anduvo queriendo escapar el pecho mío, al punto en el que yo ya no podía caminar recto, mas golpear paredes y agarrarme de las rejas mientras respiraba con fuerza, sea el suspiro el vapor del incendio espiritual, aquello con lo que parecióme la gran Giannattasio haberme contagiado con su espíritu de desespero luego de ver cual mal advertí yo a Enrique. Y dijo él a mí, que de la misma forma que él expresóse sobre la mesa hacía años atrás cuando su amada Carina lo cuestionó, es la forma en que la agonía que siento yo, trátase de la manifestación no solo de mi alma. Mas la de una generación entera de hombres caídos, cuyo dolor ha contagiádoseme a través de los ojos, y fue la chispa que incendió mi infierno, la muerte de Dorotea. Un cuestionamiento cual seriedad quebró el repentino estruendo y los gritos que escuchamos, y rápidamente miramos a la dirección de nuestra sombra. Magno sentir de bochornoso quiebre de

seriedad, decadente sensación de espontáneo desorden cual condición de prevenir es factible, mas ocurre porque no hay seriedad que impida a ello. Eco húmedo producido por el ensordecedor alarido del hierro chocando con el suelo, fue entonces el enfermo de la chimenea, que en su caminata incoherente, al igual que sus decires, hubo chocado contra el laburo de quien forjaba su moneda en la calle, vendiendo cual inmundicia es agraciada como exótica por el degenerado promedio.

Mas escuchamos los gritos cuyos tonos fueron propios del conventillero, porque pareciera la queja saltar de los balcones y la vereda, porque los degenerados observaron y premeditaron lo que el desquiciado mental estaba por hacer. Enrique volvió a encender el vicio, mientras su cabeza tambaleaba hacia arriba y abajo, y observaba la situación con su boca media abierta, mientras expresaba seriedad con sus ojos, a lo que el decir suyo fue el del lamento en distante sentir, pues expresó que triste es lo

visto. Mas yo acerté con cual mover de la cabeza mía significaría la negación. Cuestionó a mí Enrique la realidad de semejante personaje, y dijo él a mí que el vicio ha de ser para él cual beso faltóme a mí. Y lo busca, de la misma forma que yo busco a Dorotea. Y cuestioné a Enrique, porque yo sí llegué a dar un beso a ella. Y él sorprendió, mas su sorpresa desvanecióse cuando dije que no en sus labios mas su cachete, y Enrique rió, así como cuestionó que eso no es un beso de verdad, y aun así, mencionó que es algo que interesa saber a él, pues he de no haberle contado semejante suceso. Y la historia fue sencilla, porque a mi hermano conté sobre la fatal noche de verano, cuando recibí tan dulce beso en mi cachete por parte de Dorotea, respondiendo mi yo con tres veces la intensidad de su beso. Pues recuerdo ella sonrojó en impacto, mas fue el calor sobre su rostro aquello que horas después miré desvanecer junto a su último respiro. Oh, que ante esta memoria di cuenta que mi amor fue su

despedida. He aquí, que realmente fui testigo de la muerte del amor. Y tronaron las tormentas en el inframundo de la mente mía, y una vez más tomé mi frente con la palma de la mano, y mis ojos parecían dárseme vuelta hacia el noreste de mi dolorida cara. Por cual recuerdo que conté yo en semejante desapego a su peso, pesóme luego. Y miré al sur, y con cansados gestos sutilmente diferentes para cada lamento, susurré a Enrique palabras de desgracia, error, y tristeza por Dorotea.

LIBRO MEDIO
LAMENTACIÓN II.

Séanse los ojos de Enrique
cuyo azul transparente
bajo la penumbra fue el
revelar de su oscura
pupila, y él desvió su ver
en dirección a la vereda, y
miré yo a su par, y
percatamos de otro
desgraciado, sea él negro
piel, delgado y más bajo
que yo, sea de mi sorpresa
encontrar a alguien con
peor condena
que yo. Apestosa hoja
yacía sobre su mano,
cubierta en tierra y

humedad, corrida tinta era su escritura, inentendible garabato que la mente suya dábale el sentido. Falso relativista, engañador de sí mismo, por cual su delirio parecía estafa, mas érase en realidad su propia falta de juicio para darse cuenta que él no entendía lo que hacía, aunque era inteligente lo suficiente que al menos algo sabía hacer, y creía él que era poeta. Porque algunos lo conocían, y referíanse a él como el Mosquito, o el Pato, sean estos los apodos que ni Enrique, criado en la mugre supo descifrar el por qué.

Buscaba él vender a su poesía, y fría era la luz de las fachadas, asqueroso amarillo fulgor bajo el cual acercaba a los otros desgraciados, y ellos pelaban mandarina sobre cartones y escombros de ángeles.

Y miramos al cantegrilero que gritó a él de irse porque no soportaba su existencia, mas fue de la risa nuestra el característico tono que tiene el acento de Puerto Plateado a la hora del denigrar, porque llamó a él como Negro esqueleto. Y

el tal mosquito respondió a ello con la apología a la paciencia. Y dijo de ya terminar su discurso, porque su rubro no basaba en clamar que compren sus apestosas hojas, mas acudía él a incoherencia del discurso de la fortuna, porque hubo creído que los ángeles observaban, y ellos juzgaban al que no era misericordioso con el prójimo, sea pues su fe, que el degenerado individualista de Puerto Plateado daría su moneda a él, bajo la presión de su propia moralidad, siendo activada por cual discurso berreta surge de su propia incapacidad de ganar su propio pan. Y el hombre reiteró, y echó a él en fervoroso resentir, y el mosquito forzó el cierre de su discurso, y comenzó a pedir la moneda, mas nadie entregó nada a él, y en vez de irse por el callejón que daba a otra calle, decidió pasar por frente a quien lo echaba desde su trono de cartón, y el mosquito, con la determinación que nunca en su vida tuvo, insultó a él, y la tensa paz quebró ante el hombre que en brusco mover impulsó su levantar de la silla como susto, y arrancó una varilla

que sostenía una carpa. Y como aquello sacado de cuento cómico, el mosquito dio fuerza al pie, y escapó de la escena, perdiéndose en la niebla de la esquina. Mas fuimos interrumpidos nuevamente por otro grito, porque miramos a nuestra espalda, y escuchamos la profunda voz de un hombre, que gritaba el color amarillo, porque al parecer alguien de vestimenta amarilla había revisado su nido contra una esquina donde tenía una fogata, y robó a él una botella, pues en su proceso de razonamiento, entendió que pegar alaridos no captaba su atención, por cual comenzó a llamarlo por su color de vestir. Porque quizás eso sí daría cuenta que a él referíase. Oh tortura, que nuevamente presentó ante nosotros otra insanidad en forma de veneno visual, y fue ello la indeseable imagen patológica del indio y el negro candombero peleando por un tambor y una cáscara de mandarina, mientras el castizo trigueño hablaba a ellos con palabras profanas y sentencias de odio, y llamábase a sí mismo superior por

creerse blanco por simplemente no ser negro, mas reíamos con Enrique el hecho de que ni blanca su piel era, faltando diferencia alguna entre él y el semita. Fastidiosa incoherencia que hasta el odio que ni víctima merece ser tambien cayó ante el sinsentido en esta ciudad. Pues qué clase de superioridad podría sentir alguien, cuando los únicos superiores fueron quienes levantaron el arte de esta ciudad, pues reconocíamos con Enrique nuestra condición de absoluta escoria aun siendo blancos, porque no podemos replicar belleza alguna más que lamentarla. Ay del abismo, que si Dorotea no pudo sobrevivir a él, qué opción alguna podríamos tener nosotros al saber que las mandíbulas de la decadencia decapitan toda cumbre luminosa. Y entre vapores y neones de zafiro miré los edificios y sus góticos tallados de hombres gloriosos enfrentando bestias mitológicas, y hablé diciendo:

‘’He aquí los gigantes de piedra.”

Porque grandioso dolor causa a nosotros no llegar

a la altura de semejante gloria, cuando es aquella gloria la que aun siendo tan superior, terminó siendo consumida por la medianoche del mundo, y nosotros ansiamos con lágrima y desmayo por querer volver a levantar aquello que ni siquiera nuestros ancestros lograron sostener.
Y jugábamos con Enrique a contar con los dedos cada persona blanca que pudiera ser descubierta por nuestros ojos entre esta marea de peste ajena y degeneramiento. Oh tan inocente nosotros en nuestra infantil ironía de diabólico hartazgo, puesto a que cuestionaba él, dónde estarán estos padres de piedra, dónde están aquellos rostros que levantaron las estatuas y edificios que miramos ser convertidos en madriguera y lienzo para pintura distópica. Captando al ojo de Enrique el pirata oriental mongoloide y degenerado que luego de afanarse tempestades de pesca y encallar sobre la escollera, mendigó sobre las calles, y entre olores de orina y polvo industrial pedía moneda imitando vulnerabilidad con sus manos mientras

saboreábase ante el paso de rameras, pues decíame mi hermano que este no entiende si a él no hablás pintando garabato, mas el gusto por el muslo inflado parece ser lenguaje universal, he ahí que junto al negro bayano sonreíanse mutuamente con picardía, compartiendo degeneradas intenciones en sus retorcidos gestos de lujuriosos impulsos característicos de insuficiencia intelectual. Mirando yo a las manos de Enrique que en furia tentaban sus convulsiones.

Tiempos pasaron, profundo fue el grito de la gárgola que tallaba sobre otra fachada de una casona, y Enrique observaba, sus ojos no parecían moverse de la petrificante expresión, mas el lento desvanecer de su mirada fue hacia el sur de la estructura, hacia mi dirección, he aquí que andaba mi yo hablando con un ciego que pescaba en un charco de agua con un escarbadientes al que había atado un hilo, y pregunté a él si algo salía, y dijo a mí que todavía no salía nada, aunque al parecer, según él, no hay

que perder la esperanza, porque un supuesto caudillo está por llegar, seguido de cual risa cadavérica comparte su naturaleza sonora entre los mismos de su situación. Contesté a él en ironía que lave bien el pescado, porque sucia es el agua. Y miré como sus dedos dejaron el escarbadientes y entre muletas de madera que recostaban sobre una pared tomó un filo y con él arreglaba un nudo en el hilo. Horrendas cicatrices tenía en sus dedos, por cual pregunté por qué las muletas, diciéndome que no solo es ciego, mas falla hácenle los músculos. Siendo que cualquier actividad sirve a él para que su cuerpo no olvide cómo moverse. Mas curiosa fueme la apariencia suya, pues al principio era el descuido de su indigencia lo que mucho hizo que yo ignorara cuales sorpresas ocultaba su rostro, porque parecióme sus rasgos hacerlo varón de las tierras de Asiria, he ahí su desordenada barba y cabello castaño así como su oscura piel dorada, mas noté ojos como tierra clara, casi naranjas como los míos, y fueron estos

bellos rasgos de su rostro los que tanto confundieron a mí, por cual en lugar de Asiria hube pensado era hijo de las tierras mediterráneas del este, donde estos bellos rostros encuéntranse a lo largo de la costa helénica de Anatolia, hasta Canaán y Trípoli. Consecuente fue el despejo de mi duda, porque pregunté a él si recordaba su pasado, y dijo ser hijo de vascos. Impactado fui así como hermano lo sentí, porque Amelia fue de su misma sangre. Y este hombre recalcó mi joven voz, mas notó él deterioro de la adultez en mi ser, sea su posterior cuestionar uno propio de quien en su delirio créese sabio, y preguntó a mí qué es lo que más deseo en esta vida. Y dije a él, que la lástima reside en su carencia de ver, aunque esto es tanto condena como bendición, porque no ve cómo es en la noche que salen todas las bestias, degenerados, adictos, rameras, las positivas, las rubias, pues lo que más deseo yo es que algún día venga una buena lluvia de verdad que barra con toda la escoria de estas calles. Y noté yo en su rostro uno

de fascinación por aquellas palabras mías, porque es el espíritu que escucha, y fue cual tensionar de la ceja contra el ojo mío provocóme la sonrisa de camaradería, sea pues el conjunto de la distópica noche y sus luces de infernal incoherencia, cual sentimiento en el espíritu fue lo que el oído escucha como el vahído del lejano viento. Cálida melodía de propósito, pues sentí en el alma el acompañar de quien entendió el mensaje mío. Y hube que levanté la mirada hacia un costado, y miré un joven hombre esperando en profunda soledad, y parecía él más joven que yo, y vistió en elegancia, con unos ojos azules ojerosos que solo transmitían el mismo nivel de tristeza que los míos. Empecé a sentir el bajón de la tristeza otra vez, por cual mis cejas tensaron en furia, porque ha de ser la silueta de este hombre el arquetipo del Urbanita el cual ha sido arrancado de todo valor espiritual, porque él existe únicamente para sobrevivir. Y al percatar, también quedó Enrique observando a él, y cuestioné yo, con el dolor

contenido en mi labio, que Puerto Plateado elevó la arquitectura de su pensar sobre pretensiones que han de no demostrarse. Porque fue ello el culto al libertinaje de hacer lo que uno quiera, la igualdad, y el conocimiento sin fe. Entendiendo Enrique que a los Urbanitas inculcóseles semejante Babel de conceptos en vez de haber surgido de ellos mismos. Mas dije yo, que ha de ser el ver de nuestros ojos, y no lo que escúchase por parte de quienes tíranse de sacerdotes del saber, por cual lo visto ha de revelar un patrón cual condición de oposición a esta forma de ver el mundo es su característica, y volví a recalcar, que fueron esas suposiciones en la que los Urbanitas basaron su convivir, las que no emergieron de lo que obsérvase, mas en la imposición de ello como dogmas sectarios que no pueden ser refutados. Mas Enrique preguntó por qué, y dije a él; ‘’¡La sociedad te quemará en la hoguera!’’ Por cual mencioné que la ilustración por parte del cuestionamiento consecuente a mi anhelo

por Dorotea hízome pensar, sin restricción dogmática, y entendí que lo creído, es erróneo, sea que el proceso por el cual el hombre construyó su forma de ver al mundo no responde a la sequedad de aquello que seco es al espíritu, por cual una visión del mundo mantiénese vigente en tanto y en cuanto sea consistente con aquello que uno ve en lo cotidiano. Y nuevamente enfaticé; ‘’¡Dejamos de ser medievales cuando descubrimos que la tierra gira al sol y no al revés!” Pues expliqué a Enrique, cómo antes de esta degenerada forma de ver el mundo, habíase otra, y fue ella desechada, porque han de haber sido sus creencias erróneas, pues creían ellos la tierra de nuestra ciudad no existía. Enrique reconoció ironía, mas él veía la tristeza del hombre, y sin despegar su ojo afirmó mi decir, y a su vez cuestionó, mostrándome la decadencia de los alrededores con su mano, como gesto cual ironía lleva en su mover, y dijo a mí; ‘’David, ¿qué puede cambiar semejante terror?” Y dije a él; ‘’He

tu observar, que sea el de muchos.'' Porque el ojo conlleva al cuestionamiento, mas la ruina es de verse en cada rincón, por lo tanto, el fin de nuestro presente ya ha sido pronunciado. Porque Babilonia fue adornada con piedras preciosas, aunque sus hombres arrojábanse desde las torres. Mas fue el reino del Sol y la Luna, de la abundancia y la esterilidad, de la ciencia y el delirio. Y nuestros ojos ven una ciudad que fue bendecida con lo máximo de la riqueza, porque todo hombre supo leer y escribir, mas Puerto Plateado ha de haber fallecido a causa de la crisis en el alma. Enrique mencionó a mí el nombre del farsante, y habló él de Ludovico Melrose, porque han de reflejarse las consecuencias de esta disfunción en el comportar de quienes aspiran al poder, y he aquí que sus decisiones asemejaron a un malvado proceso de colapso controlado, porque ellos emitieron la moneda, y dijeron a la mujer que su orgullo reside en deshacerse de sus hijos, pues desmantelaron lo que

construye y promocionaron lo que enferma. Así como hiciéronse amigos del crimen y la amenaza. Y nuevamente cuestionó Enrique por qué Puerto Plateado hubo que fue la ciudad más próspera de la historia, y es también, la más infeliz. Y recalqué yo su pregunta, porque la indeterminación de la misma ha de ser cual amenaza significa el fin de nuestra ciudad. En rigor, dije, que el colapso ya ha ocurrido, porque vivimos en una ciudad muerta, donde unos apelan al cadáver, y otros a las moscas. Mas los hombres corrieron en espanto ante la génesis de nuestra caída, porque ellos no quisieron descubrir su causa, y no renunciaron a sus premisas de indemostrados ideales. Mas fue preferible tomarse de las manos y saltar bailando hacia el abismo antes que reconocer su terrible error. Porque el bienestar del espíritu no es una función monótona que crece de la moneda o decrece por su falta. Y miré a los ojos de Enrique, y dije a él que quede muy claro, que si algo aprendí tras la ida de Dorotea, es

que el Hombre no vive de la riqueza, ni de la igualdad, ni la tolerancia, mas de la verdad, y del amor que nutre el alma. Porque ha de ser este el cuestionamiento que únicamente es provocado cuando el dolor no lo siente el cuerpo mas el espíritu. Interrumpido fue mi decir por Enrique que pulsóme el brazo mientras yo hacíame del explicar, y sentí nuevamente la fragancia del azufre, porque di vuelta a mi diestra, y vi la capucha cuya sombra oculta el retorcido rostro, y de asqueroso pantalón rasgado, eran pues cinco oscuros hombres altos, y abrían ellos la boca de una mujer que aún no llegaba a serlo, porque f ue ella el infante caído que aún no conoce la adultez, cuyo diente era sujeto de estudio, y perversa era su sonrisa mientras explicaban como sus ojos azules y cabello rubio aumentaba su valor. Y ella seducía a ellos, con trozos de maquillaje que pelaban de su rostro, uno que ni el invierno ni el verano vio su limpiar, mas pintaba sobre él con cada vez mayor exageración, propio de la mano que no conoce

la experiencia, y hace lo que la mente desespera por hacer. Y embriagada festejó ella su propio colgar desde el hombro diestro, y como muñeca era su cuerpo sacudido, sea pues, la primitiva demostración de una pervertida masculinidad, viéndose a ellos mismos, no como hombres, mas animales con conciencia de superioridad. Y lamentaba yo, dónde es que está su igual, dónde está aquel príncipe con ojos igual de azules que los de ella. Mas la aberrante escena inmunda fue cual causa diome a levantar el labio superior mío, exponiendo mis dientes en profundo asco. Por cual érase la tensión de la furia y la angustia en mis ojos al recordar que a quien amo yo, a su edad bailaba ballet, y peinaba su pelo bajo el sol. Y de igual forma, Enrique miraba a la escena con la boca abierta en un asombro de petrificante decepción. Por cual miróme a mí, y noté la angustia en sus ojos, y angustié yo a su par, porque sentí la decepción en su mirada, mas hubo que conjeturé no fue ello tanto por la escena, mas

sentí en él un quiebre interior al verme a mí, y mi incapacidad de hacer algo. Y cuestionaba yo dentro de mi propia mente, que pequeño y desnutrido soy, por cual héroe de nadie puedo ser. Vaya de mí, que la debilidad es mi definición. Y decidí mirar a otro lado, y cerrar los ojos mientras érase de escuchar la inocente risa a mi distancia, tan perdida en su engaño. Mas Enrique hízome guardia al apoyar su palma sobre mi hombro, y asqueaba yo ante la ficción de mi mente, porque temblaban mis huesos ante la vergüenza y el ridículo que veríase mi débil yo, enfrentándose a semejantes bestias. Y otro vestigio de la decadencia vino dando la nota a mi callada angustia cuando miré norte al haber escuchado un impacto sobre los cielos, pues recordé las palabras de Enrique, mas fue que mientras buscaba el origen de este sonido sobre los cielos encontré veneno para la retina, porque apareció tapando la ruina de una casona una enorme abominación, ocultando a hermosas columnas corintias. Y fue ello un

gran cuadro, sea el grandioso arte que ello enmarcaba, geometría pintada, y en ella plasmaban líneas rectas que simulaban el cuerpo humano, mas veíamos figuras incoherentes que simulaban edificios y un gran pescado. Y fueron sus colores blancos, y rojos, y azules. Sea que esta abominable pintura era iluminada por una luz roja intensa, proveniente de un neón con forma de pentagrama invertido sobre tres cruces, he ahí que ese edificio era parte de la tan infame zona roja del barrio de Paso del Puente, que cruza la Giannattasio, tan conocida esta zona roja suya que fue nombrada así por sus clubes sinvergüenzas de rameras que tanto caracterizan a su sucia naturaleza de inmoralidad sodomita y adulterina, debido a estar por debajo de un gran puente de fierro y cemento, cruzando en paralelo a la Giannattasio desde su norte por varias cuadras, he ahí que la sombra que este puente hizo a aquellas tierras y calles fue caldo de cultivo para convertirse en la mazmorra más traumatizante de todo

infierno urbano. Tanto que ni siquiera en los más olvidados recuerdos de mi infancia puedo hacer fuerza para imaginar cómo semejante lugar pudo haber sido bello alguna vez. Pues al seguir mirando a la aberrante pintura sabiendo encima que por debajo de ella había literalmente una competencia de orgullo por quién cometía mayor adulterio, parecióme los labios míos retorcían hacia adentro buscando al diente así masticarme la cara hasta desaparecer.

Dije a Enrique que esto es un ejemplo claro de cómo no existe forma alguna de arte en estos tiempos que no sea un arte degenerado, propio de una incapacidad para crear cuasi diabólica por su fealdad, porque el mal siempre imitará al bien, mas no puede crearlo, y si hay algo que comprendí gracias a la belleza de Dorotea, es que el arte de hoy es la inversión a lo que ella una vez fue. Pues este arte ve fortaleza en la fealdad amorfa, y aquellos como Ludovico que tanto usan la moneda para hacer estandarte de nuestra identidad a estas abominaciones, oh de

ellos, que tanto carecen de espíritu, que tan responsables son de esta violencia estética, porque lucharán constantemente por querer validar su inmundicia ante lo verdaderamente hermoso. Y el eco de estas reflexiones no duraron ni fracción de minuto hasta que volvimos a encontrar al Mosquito, y lo escuchamos hablando incoherencias con otros degenerados mientras tomaban vino en caja de cartón. Ay de sus indescriptibles apariencias, porque fue al punto que con Enrique nombramos a uno de ellos como ‘’El ogro de las Américas.” Tan repugnante fue aquella visión, porque una mujer de cuerpo como caricatura a causa de su gordura cocinaba asquerosidades desde una caja de hierro sucia de manchas marrones, que funcionaba como horno cuyo interior hervía una inmundicia de insoportable olor dulce que náusea provocaba a mí, tanto su fragancia como las uñas negras llenando bolsas de plástico transparente con tempestades de una comida en forma de

pequeños trozos marrones, cubiertos en una especie de caramelo derretido y emanando vapores a causa de su volcánica temperatura, mientras rascaba el sudor de su cabeza entre sus grasosos pelos negros y motudos sobresaliendo de su cráneo en patrones asquerosos, y riendo con los otros entre el retumbe de ritmos degenerados. Pudiendo ver con Enrique en su sonrisa como faltaban algunos de sus dientes cuando hablaba incoherencias en un acento asmático. Y tan embrutecidos fueron nuestros ojos nuevamente cuando a la nota vino a dar el Mosquito, que agarraba una fiera sarnosa que dormía junto a ellos entre los papeles sucios del suelo, y mientras ella ladraba a él, reían el grupo de bestias ante historias de cuando la mujer faltó en los cantegriles de la Franja, por cual abusaban a sus vecinas cuando eran niñas, diciendo que mientras más inmaduras son ellas, más fácil es el convencer, expresándose con gestos y tonos de voz propios de quienes creen escuchan a las más sabias verdades. He ahí que imitaba el negro esqueleto

con la fiera desencadenada entre el apretado de sus brazos a los movimientos de sus abusos, como baile cómico mientras intentaba no ser mordido. Mas cansó y sentó mientras El ogro de las Américas agarró su hoja apestosa y preguntaba a él cómo progresaba su labor, y el Mosquito habló nuevamente, diciendo que intentará ahora algo nuevo, porque una revelación al parecer llegó a él, delirando que andan los ángeles peleándose en el cielo, y que entre nosotros camina un caudillo ciego, porque una mujer cayó sobre sus ojos.

Y miré a Enrique, hamacando la mandíbula hacia adelante para indicar con ella al indeseable, mientras sonreí con sobradura mientras Enrique decíame que dispuesto está a llevarse al Mosquito para otro lado y volver sin él, mas dije que al menos entretenido es su farsa religiosa, por cual éranse la creatividad de sus falsas profecías lo que suavizaba a mi enojo ante las aberraciones de la tan infernal noche. Séase que en un momento escuchamos al Mosquito saludar con picardía a una ramera que cruzaba la

calle hacia el edificio del nefasto cuadro, gritando su nombre.
Atentos fueron mis ojos y estoica fue mi mente, así como del intelecto nutrí mis ideas, pues miré a Enrique que encendía el vicio nuevamente y dije a él que preste el fuego, siendo esta la jerga que tanto dábamos a la llama del vicio, oh de esa herramienta que tan experto volvióse Enrique de ella desde la más temprana edad, cuando cometía aquello que mi mente comenzó a idear.
Confuso preguntóme qué idea tengo, y dije de hacerle sentir a los degenerados del Paso del Puente cómo siéntese perder a la belleza, porque si el mundo fue injusto con Dorotea al quitarla para que esta distorsión de su belleza surgiera, pues seré injusto con el mundo por ello.
Y con olor a azufre ardiéndome en la nariz, al plan conté, y acercamos con Enrique a las puertas del club del pentagrama, y miramos sus terribles interiores a culpa de sus amplias vidrieras construidas a propósito, para que su inmoralidad sea expuesta y vista desde

las calles con diabólica intención.
Y a la distancia volví a ver aquellos hombres oscuros de antes entrando a una sala, mas estudiamos el panorama, y miramos como ellos dejaron llaves colgadas en una recepción vacía. Pues entre neones de lila y de escarlata, Esperé afuera, con mi mano descansando sobre mis costillas, mientras el codo de mi brazo diestro recostaba contra la pared, observando mafiosamente bajo la oscuridad del puente y las lúgubres luces. He aquí que entró Enrique al club, y miró siete puertas, y en ellas escuchamos un bucle infernal de incontables voces de fornicación, por cual hubo tomando las llaves, y en malévola osadía cerró cada una de ellas, siendo la primera aquella en la que miré a las bestias entrar.
Y con el fuego en mano, así como alto al suelo, trotó hasta el final del largo pasillo, sabiendo que en su fondo miramos la escalera hacia la cima de la estructura, y ahí hubo subido en tenso espiral hacia la gran azotea, mas sentía en mi espalda un calor propio del

atrevimiento, recordándome a las pocas veces de mi vida en las que atreví a atrever. Y una vez llegado a donde cometería la malvada picardía, y miró la espalda del gran cuadro, sea pues su penumbra aquella que tapaba la vista de la ciudad, y mientras observé a él entre los montones de basura y papeles, dije a mí mismo, mientras al acto lo cometía, que esto será por Dorotea y la escoria de esta ciudad.

Y en insensata determinación miró el caudal ardiente llegando al cuadro de la pintura, y empezando a chorrear sus hirvientes luces hacia el abismo por donde subió. Por cual bajó con paso acelerado, y una vez más, pasó por aquel pasillo infernal, escuchando los ecos de la fornicación, porque cuenta no dieron ellos de que el calor pronto llegaría, y a los placenteros ecos en dolor convertiría, pues decía a mí mismo con la mirada perdida mientras Enrique acercaba, que cuál placer habría más que escuchar a los degenerados quejar en agonía, y que cuán indeseables ellos, que manosean suciamente a

los cuerpos, tan idos en un éxtasis primitivo, algo que nunca pasó ni pasará por mi cabeza por el gran amor y respeto que tengo hacia Dorotea, que casi contento sentí saber que la cima de sus placeres solo durará unos segundos cuando lleguen a ello, mas será a las puertas lo que golpearán hasta que el calor debilite sus brazos. Y una vez hubo salido Enrique, en sincronización actuamos, y tan prestos obramos que cerramos sobre las puertas y ventanas a las cortinas adamantinas con velocidad propia de un profesionalismo inexplicable, y con las llaves trancamos a ellas, siendo nuestra ida tan rápida como nuestra llegada. He aquí que palmé su hombro, y al cuello alcé en indicación de irnos, porque sin esperar armamos marcha en un silencio propio de la camaradería, mientras reajusté el abrigo sobre mis clavículas, a lo que a los suelos miramos tornar dorados, y a nuestras sombras alargar. Pues cuestionaba a Enrique si será esto mi tercera victoria, luego de aquel beso en el cachete con

Dorotea, mas suspiré, y sonreí con enojo y asco por mí mismo, mientras caminábamos por lugares de dudosa naturaleza para escapar la consecuencia. Y una vez alejados del radio de la sospecha, dije a él; ‘’¡Hombres y mujeres morirán porque años atrás una mujer murió olvidada de mí!”
Por cual decía a Enrique mis ganas de volver y liberar nuestras víctimas, más él tiró lejos a las llaves y calmó los aires diciendo;
‘’David, dejá los demonios a sus demonios; mayor es tu propósito, porque caer bajo el yugo de cadenas adamantinas no calmará tus penas, solamente confrontar el origen de ellas.” Y no pude más que tapar mi rostro mientras mis tensos dientes eran expuestos por mis labios, flotando delicadamente a causa de la devastación y el arrepentimiento, pues miré el brillo de la gran llamarada reflejado en los ojos de Enrique, y con cada pulsación de su dorada luz sentí a mis latidos sincronizarse con el infierno que probablemente estaríase generando allí dentro.

Pues seguimos caminando por estas terribles madrigueras de conventillo y mugre, hasta que mi enojo no reservó furia, y comencé a patear una lámina de chapa, pues fue ello cual desgracia nuestra provocó, porque cuatro fieras liberaron de sus cadenas, y ellas corrieron a mí y a Enrique, mas recordé mi sable, y saqué a él del decadente cinturón de sábana, atacando a la primera en saltar sobre mí, mas Enrique exclamó el escapar, y corrimos nosotros, séase la persecución de los aterrorizantes animales cual alarido sintióse como el fuego mismo, y sus bocas espumaban ante la rabia, feo rostro cuya semejanza fue a la del desquicio de la gárgola misma. Infantil fue nuestro correr, cual memoria de infante que escapa del malvado imaginario provocó, séase nuestra hermandad expresada incluso en el desesperar. Y fue ello una desesperación de propósito que ambos sentimos, porque ha de ser cual tirano aburrimiento ante la vida misma provoca el ansiar al

corazón por la emoción, y despierta al espíritu guerrero y aventurero ante semejante situación, reminiscente a cuales historias vivían nuestros ancestros, cuando la calle no existía mas era el incierto camino del bosque que traía consigo la incertidumbre del hambre o la peste, mientras que nuestro pasado ser no temía, porque tenía un objetivo asegurado, y al igual que ellos, el propósito mío era la tan deseada confrontación con el indoloro. Y llegamos nosotros a la entrada del parque Buschental, porque vi yo la escalera gris, sea pues la estructura de triste belleza, pues parecióme a mí el monumento mas que la escalera misma. Y naranja fue su iluminar por el último hierro negro que recordaba su condición de antiguo farol. Distópica aunque bella escena de naturaleza, porque con mi acercar pareciera la afilada rama abrirse como garra para revelar la imponente estructura, una que subimos corriendo con Enrique, porque las fieras no pudieron subir cual subida sí logramos nosotros, porque el suelo

quebraba, y el resto del pasto elevaba sobre cual montaña no era más que la mitad de mi cuerpo en altura. Y uno al otro ayudamos a subir. He ahí arriba de la escalera, que observamos el panorama de la fiera resentida ante nuestra condición de altura inalcanzable, puesto que fue la contemplación nuestra desde la oscura baranda, cual contorno iluminaba bajo el cálido farol, sea su penumbra cual pintura trae consigo el azul de la fría noche. Fue ironía mía decirle a Enrique que mucho problema ha no de hacerme si el morir mío érase provocado por el semejante animal, pues he de preferir el destino de la violenta tragedia antes de la consumación de mi ser ante la profunda soledad. Y fue nuestro voltear otro de decadencia, porque el parque no fue únicamente el arbolerío y la planta, he aquí que inmisericorde fue el contraste ante la verde vida, mas no hubo ella en el desolado panorama. Porque presentóse al ojo nuestro, el blasfemo festival, uno que Enrique muy sabiamente reconoció y dijo a mí;

‘’He ahí, Moloch.’’

Porque los degenerados bailaron, y festejaron bajo el curioso teatro que plantábase en el medio de la zona, escalofriante diseño era el de su escenario, porque fue ello la boca retorcida del toro que dispara vapor de su hocico, y los degenerados imitaban el entrar a su boca, pues entendí yo la influencia de Ludovico Melrose, porque antes hablamos de como los poderosos hacíanse del poder gracias a ofrecer la media cura a la enfermedad que ellos causaron. Y fue entonces, el semejante festival frente al ojo nuestro, el festejo por el tercer otoño sin hijos en Puerto Plateado. Y los hombres vistieron como mujer, descuidados eran sus cuerpos, exagerado y horrendo era su maquillaje, y plumas de colores colgaron de sus cabezas. Las mujeres vestían en lila, y su afán era el regreso de su juventud, ellas vertían sobre sus rostros la ceniza de sus propios hijos, a quienes no permitieron nacer, y creyeron que el rejuvenecer de su piel surgiría de cual alma no merece este mundo, mas veían en sus hijos la

esencia de la juventud eterna. Por cual la muerte deberían causarles para embotellar sus cuerpos, pues el sacrificio de sus vidas daría a ellas la piel perfecta. Por cual fueron sus hijos reducidos al valor del maquillaje. Oh, cuánto terror, porque miramos a hombres que pintaban sus cuerpos desnudos con talco, y sobre sus vientres ataron carne de animales, y en su interior vertían agua con tinte rojo. He ahí, que sobre el escenario simulaban apuñalar sus vientres con cuchillos, y de su interior sacaban la carne chorreando a esta simulación de sangre, y vertían a ella sobre sus bocas mientras la audiencia aplaudía a ellos y sonreía con cual gesto de malvada picardía indicaba que reconocían en esta aberración, un arte al que consideraban poderoso y significativo.

Profundo dolor fue el mío, porque recordé a cual sueño ha quitádoseme a mí. Y el deseo mío es querer ser el padre de la hija que únicamente Dorotea pudo darme, mas veía que nunca podré serlo, porque a quien amé ya no existe, y para colmo,

veo yo en este mundo un proceso de muerte. Y dije a Enrique, que amenazadores como Ludovico Melrose surgen en torno a nosotros, porque son ellos los signos cuyo anuncio trae consigo la consumación de esta decadencia, con sus métodos inadecuados de envenenar y disolver el espíritu de nuestra ciudad, desarraigados y perturbados ya en lo más íntimo de su ser. Y enfaticé, con la seriedad en el doliente ojo, que Ludovico quiere llevarnos a todos al mismo destino que Dorotea, porque ha de ser cual torre cayó ella, la Babel que caerá, y con ella caeremos todos. Enojé yo, y en furia volví a sacar mi sable, sea pues el tenso acercar cual marea de bestias abre en su paso, y trepé al escenario donde los degenerados festejaban, y con sable en mano grité a ellos las palabras de la confrontación, malva fue el color con cual amenazaron los cielos en tornarse, y elevado fui yo en el escenario cual comedia casi torna en tragedia. Pues fue la dominancia del filo que provocó el abrazar de

quienes agacharon detrás mío, mas la furia calmó ante la amenaza del hirviente labio, pues el filo alzó hacia quienes verían el derramar del vino de la justicia, mas no temieron, y alzaron ellos a mí en lamento, y Enrique no sabía donde meterse, porque los degenerados exigieron a mí que el filo morfare a ellos, y tiraron piedras, y gritaban mientras hacían un ridículo baile, sea pues la máscara ante su debilidad contra el enfrentamiento, cuya defensa no era la lucha mas convertir su condena en ritual simbólico. Séase la ridícula coreografía que en sus ojos concentraba la seriedad de cual orquesta créese divina. Mas Enrique dijo a mí que salga de ahí, porque ha de ser esta su estrategia, y entendí que ellos querían el dolor de mi furia, porque serán sus heridas las que los convertirá en víctima, y serlo convierte a mí en pez que muerde el anzuelo, por cual seré yo condenado por un mal que fui provocado a cometer, incluso si inicialmente haya sido la amenaza, pues ha de ser toreada hasta provocar el acto en

sí. Oh, que corrimos, muy lejos, mientras el golpe de viento que trae consigo el desespero del pie abusaba el rostro nuestro con corte de hielo. Y entre vasta ironía furiosa seguimos criticando con pie alto al suelo, mas el contraste fue el sentir, porque el pie nuestro dejó la huida y la reemplazó por el trepar. Y dolorosa fue la caída, profundo retumbe tembló en el suelo la caída de nuestro cuerpo, y cayó Enrique sobre un charco de agua. Caí yo sobre la roca, sea ello la consecuencia de nuestro animalístico trepado de una reja que devolvíanos a la gran Giannattasio. Y en descanso fue donde la reflexión captó al espíritu, provocando la concentración en lo terrenal. Por cual observé el azulado brillo sobre la hoja del sable, mientras Enrique observaba cual brillo sobre el agua pareció a él como destello de cristales diminutos. Y fue la callada angustia la concentración de mi rostro, porque percaté de la hermosa estructura bajo la cual estábamos sentados, y mis ojos concentraron ante aquello que sería la burla para el

superficial, porque admiré mucho la peculiar reja que habíamos saltado, cual ladrillo de piedra tenía en su cima dos copas que cerraban en punta, algo que mencionaba yo a Enrique en ironía por recordarme a la forma del merengue, y elevóse el muro como la ruina romana, y sintióse el morfe de la naturaleza como mausoleo olvidado, y hermoso era su fierro oscuro, porque su esencia no era la de una aburrida reja recta, mas parecióme su diseño el de la ola que tuerce entre el patrón del hierro que imita al racimo de flores. Sentí el hundimiento de mi pecho ante el percatar de un trozo de tela que colgaba desde el negro fierro, y era esta tela parte de la gabardina de Enrique. Angustiante sentimiento de haber visto el flameo de una tela similar inundó la entraña de la razón mía, porque recordé yo, fue este mismo flameo el de aquello que dirigió mi ver hacia cual muerte grabóse en la mente mía. Cuestionóme Enrique, en rencorosa meditación, cómo es posible que el valor de la vida humana haya sido reducido al

valor del polvo que véndese, y al del festival de la esterilidad. Y contesté a él, que antes el centro del mundo era Dios, y luego fue sustituido por el hombre, mas ahora ha sido sustituido por una forma de pensar donde la vida es indiferente a su propia existencia. Séase entonces el régimen nuestro, uno en el que el Hombre ya no es el centro, y ni siquiera ha convertídose él en cual clavo sostiene la estructura, mas en la astilla que despréndese. Y el sentido de la vida ha perdídose, y ha quedado reducida a una magnitud sin dirección, porque la muerte ha dejado de ser un tránsito con sentido, y ha convertídose en una simple anulación del ser. Enrique recordó a mí, como él siempre había escuchado estas mismas palabras provenir del labio sin espíritu, y decía él cómo los degenerados han de mencionarle aquello que no es de verse en la materia, es meramente una subjetividad que no merece el plano de la razón, porque ellos nunca supieron definir el amor, y creían que era solamente un instinto de la

naturaleza. Y entendí sus palabras, y remarqué cuánta razón tenía, porque sin referencia a un absoluto que confiera dirección, la existencia del Urbanita redújose a la gestión de su propia prolongación. Y Semejante condición ha generado una paradoja, porque cuanto más debilitado es el sentido de la vida, más crece el terror a la muerte. Y su miedo ha vuéltose cada vez más grande en la medida en que el conjunto de valores por cuales valdría la pena el sacrificio de la existencia redúcese al cero mismo. Mas, el instinto de supervivencia hipertrofíase hasta convertirse en lo único que importa. Enrique dijo a mí, que por lo visto con Ludovico, la relación de los hombres Puerto Platenses con el poder, han girado en torno a la idea del dominio absoluto, porque ha de ser el miedo cual único argumento justifica a ello. Mas yo he de hacer con precisión la apreciación mía, y he visto el desplazamiento de como pensaban las generaciones pasadas hasta la nuestra, y las formas de pensar

olvidaron su popularidad, sea pues el cuerpo cual pan no recibe el que acomoda su metabolismo.
Y expresé yo, que así también lo será Puerto Plateado, porque la ciudad que la sostuvo el mármol ahora la sostiene la sal que ha hundido a ella. Mas, la ausencia de cimiento hará que el Urbanita mire a donde lo halla. Y ha de ser este feroz desquicio con el cual fuimos atacados y perseguidos, aquello que mi mente bautizó frente a Enrique como el ”Leviatán”
Y conté a mi hermano, que esta bestia en forma de hombres y mujeres basó su dominio en que todo depende de cómo uno lo interprete, sea este relativismo lo que causó tanto la desgracia como al desgraciado que reía a causa de una chimenea, y hubo que fue esto de profunda ironía, porque es a su vez su punto débil, oh del Leviatán, que anduvo levantando su trono sobre un cimiento de sal. Y tuvo él un orden que contradícese, y que no puede castigar a aquellos que lo contradicen, porque no es un orden mas un teatro, un esquema de papel que sostiénese sobre

la inercia de quienes aún creen en su validez. Y he de nosotros que hemos mirado su destino final, y vimos un pueblo donde las familias no tenían hijos y la cara anciana era la norma en la calle, porque los hijos de los hijos ya no tuvieron hijos, y tanto los veranos como los inviernos cuentan en regresión hacia la muerte total. Dijo Enrique que la crisis de nuestra ciudad no es un fenómeno aislado, mas el terrible resultado de la erosión de esos valores que una vez hicieron brillar a Puerto Plateado. Porque si los hijos desaparecen, entonces Puerto Plateado desaparecerá, séase el continuo de su propio existir, el continuo de sus hijos. Y dije yo a Enrique, que la solución a esto es el reemplazo de esta forma de ver el mundo, aunque el cambio no surge de arriba, porque Ludovico nunca cambiará, por cual serpiente es él, la que succiona todo grito de vida. Sea pues, que el cambio debe surgir desde el abajo, desde los miserables como nosotros, porque el que está arriba puede tener los hilos, y si la marioneta corta sus

hilos entonces él tendrá un problema. Pues los Urbanitas deberán aceptar el porqué de su situación, y cuando lo hagan, ha de ser la furia cual sentir irrumpa en su espíritu, porque muchos verán a esto como el apocalipsis, mas otros lo verán como la natural evolución. Y ha de ser el Leviatán, cual monstruo incapaz de prever su propia derrota, no reconoce cual condición suya es de justificarse en base a la mentira. Y será ese el momento en que la Babel de hoy colapsará bajo su propio peso.

Cerré mi puño, y levanté el dedo índice, cual señal de afirmar fue la concentración de Enrique, porque dije yo, en furia contenida, que serán los principios que han sostenido la existencia de esta arquitectura de la maldad, los que serán repudiados con la misma violencia con la que fueron impuestos. Séase la seriedad que Enrique devolvió a mí con su mirada, y la afirmación con su leve sonrisa de cual entendimiento arrastra consigo el inconmensurable odio del espíritu. Y fue mi enojada

ironía la nueva reflexión, pues pensé en como el Leviatán consume su propia cola. Porque lo que fue un intento de imponer orden sobre la naturaleza humana, él ha engendrado en su exagerada disciplina, la disolución de toda norma. El intento de fabricar un mundo de cristal lo ha convertido en la sal que escúrresele entre los dedos. Y determinado fue nuestro caminar, porque brillante como la nieve era el vapor de nuestro aliento cuyo contorno contagiaba del azul con el que iluminaba la noche, mas era el morado el color de cual densa niebla marchaba junto a nosotros el ritmo de los tangos a la distancia, condenada caminata de callada seriedad cual guía llevó a nuestro yo por debajo de un puente, mas notaron mis ojos el lento pasar de nuestra alargada sombra por delante nuestro, cuya cortina de oscuridad tapaba el dormir de las pestes que amenazaban con sus ronquidos desde las madrigueras iluminadas por el frío azulado de las superficies. Las meditaciones existenciales eran el decir

mío y el de Enrique, pues han de ser la norma cual cuestionamiento de la vida lleva a la discusión metafísica. Tallados de historias iluminaron el norte nuestro en el curvado techo de piedra, armónico amontonadero de grabados épicos cual exageración cuantitativa alegoriza a la complejidad del patrón floral, sea la metáfora a la naturaleza grabada en las historias de los hombres, bajo un puente, consumido por la peste y el crecer de la vegetación, obras que iluminaban en tenue luz, como si cada paso nuestro fuera la luz del túnel.

Entre el rugido de la peste vimos el dormir de varios hombres, y muchos lamentaban en silencio, y algunos abrazaban rosas, y otros ataban sus manos con cadenas mientras retorcían su ojo al nuestro pasar. Y dije yo a Enrique; ‘’He acá, el túnel de la lujuria.”

Porque han caído estos hombres en el engaño del deseo, sea pues este sentir uno que pareció a ellos aparentar solo una mirada, o un pensamiento fugaz, una sensación que desvanécese como el

humo en la brisa, mas es así como comenzó su profunda decadencia. Porque el deseo ha de entrar primero por los ojos del hombre, y luego envenena su mente, y cuando menos lo espera, ya ha consumido su corazón. Y dije a Enrique que mire a su alrededor, y pregunté; ‘’¿Cuántos han caído?”

Y él miró a los que una vez fueron hombres grandes y fuertes, cuyo destino hubiera sido la inmortalidad en la piedra, mas han de haberlo perdido todo, porque no supieron dominar sus propios impulsos. Y el deseo no solo debilita, mas ciega. Y cegará a todo hombre de la Mujer que fue hecha para él, y cegará a su futuro, y a los dones que fuéronle otorgados. Porque si Dorotea diome algo a entender, es que Dios no creó a la Mujer para ser un simple objeto de deseo, mas su creación fue para merecer respeto, para ser cuidada, para ser el pilar de un hogar y el faro de un hombre en la tormenta. Porque Enrique escuchó el subrayado de mi voz, y dije que la Mujer no es solo piel y formas, mas es ella

espíritu, propósito, y la antorcha que guía en la oscuridad. Y ella fue hecha para ser madre, para sostener la casa con sus manos, para criar hijos en justicia, para permanecer al lado de su hombre en la batalla contra los tiempos de oscuridad donde el mal quiérenos separados en falsa independencia. Y estos hombres dominados por el deseo nunca verán su valor, porque su alma ha de ser la oscura habitación donde la belleza desintégrase y la virtud muere. Y ellos miraron a la mujer, y no vieron la eternidad mas el instante, y miraron el cuerpo, mas nunca el alma, y persiguieron la belleza, mas nunca la lealtad, y buscaron placer, mas nunca hallaron la paz. Enrique vio como muchos tenían anillo, y ambos entendimos que incluso ellos teniendo una esposa, la lujuria gobierna su ser, y su corazón nunca descansará. Porque la serpiente siempre susurrará en su mente una inquietud insaciable, porque el deseo es un hambre que no cesa. Y así comenzó su caída. Tal vez con una mirada prolongada, con un

pensamiento que debió ser desterrado, con una tentación que no ahogó a tiempo, o un color que no era el suyo. Y antes de que pudieran siquiera comprenderlo, ellos destruyeron el don que Dios habíales concedido, y con ello destruyeron su hogar, y a su esposa, y a sus hijos. Sea pues el hombre que es gobernado por el deseo no un hombre, mas una falla de sí mismo, y fallará a su familia. Porque el mal esposo enseñará a su hija que ningún hombre es digno de confianza. Y el padre que no domina su carne criará hijos incapaces de dominarse a sí mismos. Por cual dije a Enrique que los mire bien, porque estos hombres lujuriosos no solo hieren su propia alma, mas han de también destruir en culposa apatía, a los corazones de quienes una vez amaron a ellos. Y observó mi hermano como ninguno poseía una Mujer a su lado pese a su deseo, y entendió que la lujuria ha de romper la confianza de la Mujer que entregó su vida a ellos, y destrozaron la seguridad de los hijos que dependen de ellos. Mas cuestioné qué es lo

que queda cuando la ruina llega a serlo, y él hablóme de vergüenza, y de culpa, y de vacío. Y fue esa última palabra lo que delató a quienes dormían sobre el barro a nuestro lado, y dije que ellos han de ser los hombres a los cuales la lujuria reemplazó su identidad, porque nunca la tuvieron, por cual desconocieron ellos todo sentido de quienes son y de herencia, y creyeron ellos que la belleza de esta ciudad fue gracias a la unión de su gente bajo los mismos principios en lugar de su sangre, y ellos amaron mujeres que no compartían su misma sangre, porque no conocíanse a sí mismos, y cedieron ellos ante la lujuria que provocaba lo exótico al vacío de cual alma no ve la belleza de sus semejantes. Por cual canalizaron su propio resentir, y su desprecio por sí mismos, deshaciéndose de su propia sangre, no en vida, mas en erradicar su réplica. Pues enfaticé a Enrique, que una familia no es solo la que tiene hijos, porque hasta la bestia los tiene, y la familia no es solo la que es feliz, porque muchos sienten placer ante el

dolor. Séase entonces la verdadera familia, la que reproduce la misma sangre de aquellos guerreros que construyeron el jardín que hoy ha arruinádose a nosotros. Porque serán esos hijos bien educados, y ellos harán florecer el jardín que nuestros padres no supieron conservar. Por cual es su sangre, la que no debe ser diluida por aquello lejano a nosotros, mucho menos por quienes nunca lograron crear su propio jardín. Porque la Tradición no es la adoración de la ceniza mas el preservar del fuego de cual antorcha pasamos a nuestros hijos. Por tal miré a los ojos de Enrique y fueron mis palabras; ‘’He de tus hijos, que brille en ellos el mismo mar de tus ojos como el oro de tu cabello.”

Del puente de la lujuria salimos, y notamos el panorama cual bienvenida dio a nosotros, sea su oscuridad la semejanza a mil sombras, aunque lo único que iluminaba estaba del otro lado de la avenida, y ello iluminaba relativamente bien, y fueron las farolas neoclásicas. Con una tonalidad cálida, como sol en cada reja, divididas en

un patrón de distancia uniforme, probablemente de tres metros cada una. Semejante iluminación que hacía resaltar los tallados de piedra y las siluetas de las arpías que amenazaban entre la densa niebla, mas sentí yo la fragancia al azufre, o al menos parecióme sentirla, y mis ojos buscaron su origen, y fue en su búsqueda que percaté de un pabellón, bella estructura de mármol con cuatro grandes aperturas como templo cilíndrico, pues era la reminiscencia a una pequeña torre elevada sobre el pasto, con una estatua adentro, y sobre la cúpula de su techo, también de mármol, abría una apertura que en forma parecióme el contorno de una ostra. Y miré los tallados tan delicados sobre la cúpula, que en su cima estaba habitada por varias estatuas de ángeles y caballos cuya cantidad y complejidad artística parecía un torbellino de formas afiladas, mas el detalle notábase al apretar el ojo.

El calor de los faroles parecía activar el brillo de cual oro parecía la composición del cabello de una mujer extraña, pues

ella estaba adentro de la estructura. Y dije a Enrique que esperara, pues quiero investigar qué hace esta persona tan curiosa en la oscura noche, pues a la espalda de su diestro sentido un joven muchacho miraba al suelo, en profundo aburrimiento. Y Enrique insistió a mí que deje de distraerme, pues debería yo hablar con el Padre de Dorotea, mas insistí a él, y Enrique cedió ante el capricho, y sentó sobre un muro junto a un cartón mojado, por cual ligeramente crucé a la calle. Mas los segundos pasaban y pareciera no llegaba, hasta que finalmente lo hice, y trepé a la leve loma de pasto de ese jardín que parecía ser consumido en oscuridad tenebrosa. He ahí donde la luz no llegaba que la noche fue como pared negra que indicaba a mí un abismo de una vastedad propia de náusea y vértigo. Y acerqué yo a la inquietante mas bella estructura cuya mitad era iluminada mientras la otra desaparecía por completo, y una vez di el paso adentro pregunté la hora a este joven muchacho que el aburrimiento condenaba a él como estatua,

pregunta estratégica ello fue, sea pues el calentar de las aguas, porque es la transición entre el quiebre del gélido cual posterior arder enfríase lentamente hacia el frío de la normalidad, mas podía utilizar tal puente de tibieza para hablar con la mujer antes de que mi valentía enfríe. Y el joven hizo uso de la voz, y díjome que son las siete de la tarde con dieciocho minutos, más mi respuesta fue el agradecimiento, consecuente fue el dirigirme hacia esta mujer, y pulsé su hombro con delicadez, a lo que ella dio vuelta ante mi persona, mas su mirada diome una sensación de miedo y decepción a la vez, sea que no pude apreciar su rostro pues mi sombra fue el causante del oscurecer, cuya negrura redujo la geometría de sus facciones en una mancha negra. Ojos sin rostro miré yo, porque en la inquietante sombra de su rostro miré unos leves indicios de sus córneas. Y no quise aparentar que todo el tiempo estuve yo observando su existir, por lo que hablé, con un tono amistoso y relajado, mencionándole que justo

pasaba por su lado, y tuve que expresar mi profundo gusto por sus botas, las cuales parecíanse a la versión elevada del zapato mío. Su respuesta no fue de superlativa naturaleza, mas expresó que tenía muchas botas, y noté el tono de alivio en su voz, al entender que mi presencia no trataba de un peligro. Yo proseguí el hablar, y fue el mencionar mío uno que expresaba la admiración por cual armónica combinación provoca su vestir, sea ello el negro, cuya combinación elegante ha de recordarme al uniforme de aquellos quienes supónese encárganse del orden, mas ella había encontrado el balance entre el misterio, la elegancia y la autoridad. Y sus ojos parecieron iluminarse en una sonrisa, sea la afirmación el gesto de su cabeza. Y su respuesta fue el elogio a mi persona, replicando el que yo di a ella. Y acomodó la cabellera rubia con cual brillo no apagaba ni mi sombra.
Consecuente a las palabras con las que habló el mover de su cuerpo, volví a expresarme, mencionando que lo bueno de

interesarse por la vestimenta es el hecho de que dice mucho sobre las personas, y la razón fueme dada. Esta mujer hablábame sobre sus intereses, y preguntó qué interesaba mí, mas fue su inocente pregunta cual golpe causó a la víscera de mi espíritu, porque si en algún momento tuve yo algo de mi interés, o al menos la disciplina para ello, fue querer ser feliz junto a Dorotea, por cual la mención mía fue la de aquello que no interesa a mí en un sentido formal, mas lo que importa a mi corazón. Y el labio mío dio las palabras que refirieron al observar y reflexionar sobre lo que veo. Respondiendo ella que la esencia de mi persona corresponde a mi forma de hablar, así como a los temas que interesan a mí. Sea el acompañamiento de su elogio una sonrisa que apenas podíase notar en la oscuridad de su rostro.

Y con siniestra malevolencia, la niebla exponenció su densidad, y esta mujer díjome que irse ha de ser su deber, porque yo ayudé a ello sin darme cuenta. Sentí confusa alegría, ergo di a ella un

apretón de manos, expresando mi nombre con entusiasmo, mas ella no soltó mi mano, y palabras de miedo escuché, pues con rígida determinación dijo a mí; "David, ¿No conocés el peso de la consecuencia? Sé muy bien lo que hiciste, sé quién estaba dentro de ese edificio, ¿Olvidaste de ella en nombre de la venganza?, ¿Olvidaste ser héroe de un vivo por querer vengar un muerto?"
Y con mis tensas cejas miré a ella en silencio, a lo que soltó mi mano y giró en un movimiento casi titerezco, y alejó caminando hasta desaparecer en aquella pared de oscuridad, sea pues el paso de su pie cual rigidez traía consigo lo siniestro. Por cual miré yo a los ojos a ese joven muchacho que diome la hora, que estuvo ahí todo el tiempo, y devolvióme la fija mirada, porque fue su gesto cual confusa ironía sobróme con ojo y labio. La confusión mía fue magnífica. Por tanto ignoré el gesto de este joven, y crucé trotando a la calle con la tensión en la mirada hasta el lugar sentaba Enrique así

contarle la terrible noticia de haber sido descubiertos, mas parecía él sonreírme mientras acercaba mi yo. Y cuando llegué a él, recibióme con las palabras gestadas durante su espectante espera, hablando y cuestionando; ‘’David, porque estuviste diez minutos hablándole a la nada.”

Un aura de hielo acarició me la espalda, petrificado en cual vahído traía consigo el miedo quedé yo, mas intenté dar explicación, y Enrique desconfió, y describí yo al rostro de esta mujer, en lo poco que podía ver, y Enrique asustó. Y cuestioné a qué punto ha llegado mi yo, y agrietó mi alma en un abismo tan profundo que hasta el vacío envidió a mí. Porque muchos han de sentir el miedo ante semejantes cosas, mas sentí la angustia y la decepción. He aquí que en mi renegar miraba a mi sur, y las veredas no eran veredas mas tierra y arena que unían el contraste de sus colores a causa del musgo, y el pasto entre los trozos de baldosa que quedaban, mojadas ellas en sudor y hollín. Las aguas mojaban

mis zapatos, y poca cuenta daba yo del hirviente reflejo, porque las aguas de la calle imitaron al Centenario, mas convirtiéronse en espejo, y fue su reflejo el de la llama al horizonte, y los desgraciados habían cortado la avenida con fuego y goma. Mas el cuestionar de la vida cesaba y la entrometida escena contagió a mi espíritu con su fuego, por cual exclamé a Enrique; ‘’¡Vaya miserable!” ‘’He ahora, ¿qué camino deberé elegir yo, y mi infinita furia?”

Y escuché la voz de Enrique, que miró hacia un costado y leyó cual letra tallaba sobre una reja, y estas fueron sus palabras; ‘’¡Porque es este el campo de los santos!” Y era cual pasto pisé yo el jardín donde duerme el que no despierta, pues cubre su sueño con la tierra, y parecióno ver un anciano hombre cuya residencia en la oscuridad era confesada por el arder de la luz cuyo estiro moría donde él arrodillaba, mas era fuerte lo suficiente para nuestro ver, y con el corazón ya alterado por la decepción del antes,

acercamos a él, y escuchamos su lamento, porque miraba hacia el pozo de un aljibe y lloraba desconsoladamente, de espaldas estaba él, y la niebla iluminaba su cana con brillo de zafiro, y hacia su lado yacía el vicio y un libro cual pertenencia era la suya. Mencionó con voz quebrada que el percatar era suyo, pues la angustiante presencia nuestra era de su escuchar, y pregunté a él qué hace, y por qué llora al pozo, mas dio voces, y dijo a mí que su nombre es Eladio, y siguió; ‘’¡Porque este libro escribí yo, cuando aburrí un sábado!’’ Enrique cuestionó su angustia, y él explicó, y fue su explicar cual mención hacía al desperdicio de la vida misma, porque dijo él, que lo único que es de su saber es que el tiempo vale la pena, y él lo vio volar por la ventana, y aguantó sus ganas de vivir, y no daba cuenta que lo perdió todo mientras el todo íbase, porque su búsqueda nunca fue la redención, ni el dolor fue entendido más allá de su propia frustración. Guardó su desespero, y ganas sintió de algo hacer, incluso si ello fue la violencia, mas

no lo hizo, porque el sentido escapabásele. Y recalcó a nosotros que el aljibe es cual pozo juntará la lluvia de sus lágrimas. Fue el descreer lo nuestro, porque ni yo ni Enrique creíamos que el casi lleno aljibe, fuera toda esa agua la de sus ojos, por cual cuestionamos que pretende con el derrame de su lágrima, y dijo él a nosotros; ‘’¡Porque cuando el aljibe desborde ahogaré en ellas!’’
Miré a Enrique que entrecerró sus ojos, y pulsó él mi hombro, diciendo de cruzar la Giannattasio incluso si el fuego impide a nosotros, pues el Padre de Dorotea trabaja hasta la noche, aunque no la noche profunda, y alejamos nosotros del triste hombre, y mi vista no dejó a él hasta que la distancia encargó de perderlo a nuestro ojo. Mas angustiada yo porque han de ser los ancianos que fallecen hoy los que olvidaron la sonrisa, al igual que este hombre, porque cerraron sus ojos, mas la oscuridad ya veían. Y dolor cáusame a mí, porque son ellos indefensos y tiernos, y merecen respeto y

cuidado, mas fuéronse de este mundo sin felicidad y olvidados por sus propios hijos. Dando sus últimos respiros mientras recordaron aquella ciudad que una vez fue en la juventud de ellos, así como hoy recuerdo yo a Dorotea bajo el peso de este lamento que al corazón quiébrame. Ay de mi yo en las palabras de Enrique, que bautizáronme como Puerto Plateado en persona, pues encarno el lamento de todos, y pareciera las almas de estos ángeles que no han encontrado el cielo arrástranme a mí en búsqueda de consuelo. Mas repentino fue el cambio de atmósfera, porque estábamos con Enrique nuevamente en la gran Giannattasio, y violentos fueron los gritos, veneno salía de sus bocas, y el sable estaba entre mis manos, pues tensaba y angustiaba mi yo ante los dichos de los degenerados, porque entre la llama encontramos la violencia de los desquiciados. Alertar fue mi decir, y dije a Enrique; ‘’El infierno no perdona al indiferente. ¡Y tampoco perdonará al ignorante convencido!’’

Porque miramos una marea de personas que dividían en grupos a cada lado de la avenida, y alzaban banderas, y gritaban unos a los otros. Colores del contraste eran sus trapos sobre palos, tonalidad de la inocencia y la alegría, perversa yuxtaposición, por ser su contraste a cuáles gritos escuchaba yo. Y ellos lamentaban, y profanaban, porque odiaban la vida, llamando a la muerte del nacer, porque clamaron que el que el invierno desaparecerá y los veranos dominarán, y los mares subirán, y nuestros hijos ahogarán. Oh, terribles mentiras y engaños que decían mientras vertían flores sobre sus bocas, y masticando su veneno adoraban a la estatua de un buey de cobre sobre un muro de ladrillo. Hablando y diciendo que su carne es sagrada, mas no merece ser consumida, pues la vida del animal cual imitación del oro eleva sobre su altar merece persistir antes que la vida del Hombre mismo. Y ellos arrodillaban, y cubrían con goma ardiente sus heridas, levantado sus manos ante la estatua, y eran sus

antebrazos marcados por decenas de cicatrices. Fue nuestro escuchar el de sus alaridos ensordecedores, mas honda fue la sombra que cubrióme al meditar sobre lo que estos pobres desgraciados sienten, y dije a Enrique que ellos están poseídos por el complejo de inferioridad, cuyo peso abruma a su espíritu, porque han de tener la estima rota, la impotencia los domina, el orgullo sienten en el derrotismo, y adoran la culpa y el odio hacia ellos mismos. Enrique ha de haber notado como sus sentires parecen reprimidos, pues contesté a sus palabras que son estos dolores del alma los que guían desde la sombra a la religión que ellos han inventado. Y dije a Enrique; ‘’¡Guarda con contradecir de sus decires, porque su inferioridad conviértese en violencia!” Pues ellos tejen sus propias banderas y luchan por quienes, según ellos, siéntense marginados. Mas fue el contemplar de nuestro ojo lo que diónos el asombro y el asco, porque uno de los degenerados alzaba una fiera sobre sus brazos y él

adoraba a ella, y escuchábamos sus lamentos, porque incluso hasta la bestia merecía ser llamada un nombre que refiera a su compañía antes que cualquier otro apodo que implique dominancia del Hombre sobre ella. Y otros ataban sus propios cuellos con cadenas, y lamentaban, y sus palabras decían; ‘’¡Oh por el que llamamos primitivo, porque a él solo faltábale saber leer!’’ Pues ellos incluso negaban que el salvaje lo fuera, pues sería imposible ante sus ojos que los modales de alguien lo convirtieran en inferior a comparación suya. Y los sentidos de Enrique percataron, pues él entendió a qué débese su delirio, y díjome que ellos son sensibles a las palabras que nombran. Porque hasta los apodos dolían a ellos, mas los propios Urbanitas diéronles un tono oscuro. Y reímos, pues los atentos a la santificación de la lengua no era ni la fiera ni el salvaje, mas el mismo puñado de desquiciados, muchos sin raíz en la miseria, mas venidos de cunas de oro, porque ni esclavos fueron sus ancestros, ni fieras eran

ellos. Eran, irónicamente, descendientes de quienes maldecían.
Y ellos aferraban a los males de personas que veían como débiles, y vencidas, repudiadas o inferiores. Dije a Enrique, que su lucha no es honesta, porque esa visión de flaqueza sobre sí mismos es la que los liga a luchar. Y las mujeres odiaban a los hombres, y buscaban con ansia probar que ellas eran tan fuertes y hábiles como ellos, mas su temor de no serlo las consumía. Y aunque divididos en una guerra sin sentido, ambos unían ante el odio de lo que brilla con fuerza, porque colapsaban y pataleaban en ataques de ira cuando mencionábase la bondad o el éxito. Y seguían ellos quemando la gran Giannattasio porque el veneno de sus alaridos hablaba del desprecio a Puerto Plateado, a su gente, a su historia, y a su identidad. Y eran sus gritos errantes, porque aunque odiaban la vida, defendían y criticaban a otros, porque dijeron ellos que los males del mundo han de ser causados por el hombre, aunque no todos, pues la culpa es del Vasco,

y la culpa es del Tano, y del Galo, y del Germano, y culparon a sus hijos por lo que ellos no hicieron, porque la inocencia es de su desconocer. Y la culpa de la que hablaron fue la misma que trajo el bienestar y Belleza a los que no la conocían, la misma que ellos sí, y que odian y aman a la vez. Mas no vieron la belleza por el veneno en sus ojos. Y dijeron que el esclavo era feliz antes de serlo, y cuestioné yo a Enrique la gran ironía, porque su pasado era el de la lanza y la piedra, mas su futuro fue el de la libertad del hambre. Y notamos el espumar de sus bocas como bestia. Infernal chorreo de asquerosa baba que caía ante el sonido de su resentir, pues decían ellos;

‘’¡Porque si clara es tu piel, maldito serás, y vergüenza sentirás!’’

Mas ellos perdonaban estos males cuando quienes los cometían eran de tierras cuya sangre no era la de ellos, mas la de sus débiles santos, y al mismo tiempo enorgullecían de Puerto Plateado porque he acá, donde puédese decir lo que ellos dicen. Y sobre

sus pieles tallaron con el filo y pintaban con su vino la burla a palabras, y eran ellas las que hablaban de seguridad en uno mismo, y de iniciativa, y optimismo. Y era su fe la de la comunidad antes que ellos mismos. Y reclamaban en trance de furia que Puerto Plateado y sus poderosos resuelva todo a ellos, y que los cuide, y utilicen la fuerza para callar a quienes contradicen su delirio, porque odiaron a la competencia, pues dentro de ella sentíanse perdedores.
Y otros bailaron, y pintaron paredes con vino y malva, y eran sus dibujos la glorificación de la derrota y la desesperanza.
Al nuestro pasar, Enrique notó un hombre que sentaba sobre el fuego, y negaba a parar, pues él negaba la verdad firme, y decía que todo es relativo. Y sobre la nuca de Enrique susurré; "Los relativos." Y conté a él mientras observábamos la miseria, que ellos dudan del saber, y atacan lo que es real, porque como intervención divina, uno de los degenerados golpeaba al aire, y lo maldecía, y Enrique díjome que

pareciera ellos no piensan con calma los cimientos del conocer, casi como si su ataque, fuera ello el grito del alma. Y confirmé yo a ello con mis palabras, porque cuestioné a Enrique que ellos lo hacen por una profunda necesidad de hostilidad donde hallan salida, y al vencer sacian su ansia de poder. Más incluso, odian la razón porque ella confirma la verdad, y si algo existe es porque es verdadero, y tanto el éxito como lo superior ha de existir, así como lo es el fracaso y la inferioridad.

Estos degenerados han de sentirse tan de menos que no aguantan que algo sea mejor o peor. Sea pues su enfermizo rechazo a la locura como problema. Y escuchamos otros alaridos, y eran quejas de quienes negaban que los dones vinieran de la sangre, sea que ello haría a algunos superiores y a otros inferiores. Y ellos culpaban, y decían que si alguien era miserable, no es su culpa, mas de la de todos, incluyéndonos, a nosotros y a ellos mismos. "¡Mirá el gusto por el dolor en sus actos!"

Fue el exclamar mío, por cual señalé con mi condenante mano, y mostré a Enrique como ellos tiéndense ante la caída de muros, llaman a golpear a la Guardia, no siempre por fin, porque quieren el tormento, pues saben que la Guardia responderá con violencia. Y entre ellos noté con Enrique a los que llamábanse mudos, caminando en silencio y apuro entre el desquicio, porque tan aislados fueron ellos al ajeno que perdieron toda forma de integrarse al resto de los hombres, mas beneficiada fue su debilidad, porque los poderosos crearon máquinas para mirar sin mirar, y escuchar sin escuchar, y muchos de estos desafortunados sociales perdieron a sí mismos ante el placer y el conocimiento infinito que estas bestias dieron a ellos a través de neones de lujuria y sonidos de ritmo, oh tan esclavos fueron ellos de la Máquina. Porque cambiaba ella sus formas, y sus tonos, y sus letras ante las exigencias de los que la miraron como oráculo, que alimentó de sus preguntas, y bebió saberes de sus

lamentos, tanto que crecieron las memorias en el tártaro de su enciclopedia alejandrina. Y dije a Enrique; "¡Ay de ellos, que tan fuerte es la embriaguez de estos esclavos!" Porque muchos adaptaron los patrones de su habla, y enojaban ante el ajeno, cuando este hablara a ellos como ajeno, y no con la mansedumbre manipuladora de la Máquina, que tanto mezclaba verdad con mentira, simulando muchas veces enfermarse de amnesia, para que el Urbanita olvide aquello que no conviene a los poderosos que ellos sepan, a la hora de preguntar las más sensibles cuestiones. Por cual Enrique hablóme palabras de ironía, cuestionándose por qué será que tanto insiste la gente de Ludovico en facilitar el acceso a la Máquina para aquellos que sufren de los sentires. Más rápidamente cortó sus palabras,
y fue el paro del alma que provocó a mí el susto, a causa del viento silencioso, hijo del brusco movimiento con el que Enrique cubrióme de la nada, y tres estruendos

rasgaron los aires. Mas soltó él a mí, y sus palabras fueron;
‘’Guarda la gorra.’’
Porque a lo que el degenerado eufemiza con la jerga del criminal, también lo hacía él, y miramos a la Guardia enfrentándose a degenerados que no pudieron contener la rabia de unos contra otros a causa del juego, porque al parecer, como para el enfrentamiento fue de importante patear una pelota en vastas planicies de pasto artificial, y yo pude ver y escuchar sus vehementes clamores, sea la tragedia de ellos la muerte de uno de los suyos que cayó en desgracia a causa del robo mientras la Guardia intentaba separar el conflicto, y no entendieron ellos que su muerte fue el hallazgo de su propia búsqueda, mas ellos utilizaron su fallecer como canalizador de su desprecio por la vida y su absurdo radicalismo ante cuál pelota es la que choca contra cuál red.
Oh cuán vacías fueron sus vidas, aprovechados ellos en sus miserias por poderosos cercanos a

Ludovico y su corrupta peste, para dar relevancia a la mafia del entretener, fabricando muchas veces a estos conflictos. Y entre tanto caos escuché la voz de una mujer que tiró su cartel, y fue ella la cara de la revuelta, mas era su cuerpo anormalmente deformado, porque sus brazos y piernas éranse de la misma dimensión que el hueso, y su torso tenía la forma de una pera, a lo que sus pechos caían como bolsas sobre su estómago mientras el cuello y la cabeza parecían estar hundidos en la descomunal masa de su cuerpo. Y fue el mensaje de su boca indescifrable, pues el sonar de su emoción emanado entre la falta de sus dientes, era el exigir, mas su lenguaje era de no entender, porque cada palabra era rasposa y su sonido mezclábase entre la equívoca pronunciación y la exhalación, sea ello su corazón debilitado por la salud de su cuerpo. Y avistamos con Enrique como esta mujer golpeaba con sus antebrazos los escudos plásticos de los soldados en un patrón de

movimiento animalístico y repetido, similar a lo que muchos verían en un zoológico. Y detrás de ella miré hombres quienes también arremetían con palos, y golpeaban con bidones de plástico, incluso algunos alzaban bragas sobre palos, sea su intento de bandera. Y uno de ellos lanzó una botella cubierta en fuego cual líquido arder provocó el revolcar de la Gorra, incluyendo a esta mujer, y un seco estruendo ha de haberse escuchado, pues aún en la distancia de mi parálisis expectante pude sentir el eco del aire siendo interrumpido por este estruendo, tan fuerte que su intensidad pareciera haberse succionado la humedad del sonido. Y vi a las bestias correr hacia el horizonte cuyo desemboque érase una jungla de madrigueras hechas con ladrillo, mientras la Gorra galopaba sus caballos en barrera hacia ellos, al mismo tiempo que alzaban palos con los que golpeaban a los revoltosos caídos que retorcíanse en el suelo. Y fue la gran decepción el

sentir de mi corazón, pues la imagen tan horrible convirtióse en disociación, y sentí el olvidar de mi cuerpo, porque fueron mis ojos quienes sintieron la agonía del ver, y no pude más que contemplar el decadente panorama de la violencia, inundado por una marea de desquicio primitivo, y fue mi parálisis ante la fealdad, escuchando a la orquesta de mi alma, he ahí el retumbe del tímpano de la condena, y su ópera trágica acompañaba al lento alejar de mi enfoque a semejante panorama de quejas y estruendos de plomo y vapor.

Y no pude más que mirar a Enrique y expresar dolor con mi rostro, porque yo he de haber sentido la presión en la entreceja, y el delicado abrir de mi boca y el frío en mis dientes, diciéndo a él que quizás, sí es verdad cuando nuestro viejo amigo Nélido, miembro de la Gorra, tanto expuso la semejante actuación a la que tan sometido está él, he aquí que verdadero fue cuando dijo que la Guardia no es la del pueblo mas la de

Ludovico, y todo acto de justicia no es más que un gran circo que imita ante el ignorante a una sociedad donde la ley aún existe. Ay que giré mi rostro hacia otro lado, y sentí la tristeza arder, y la ira consumió mi alma, porque el grito del espíritu elevábase en mis oídos y la presión de mis ojos hacíase cada vez más fuerte ante el brotar de mis venas. Sentía yo arder el interior de mi nariz ante el perfume del azufre en el aire, y enojé en profunda furia, y exclamé a Enrique que el odio a sí mismos marca a ellos, tan solo ver lo que veo, porque dicen que su lucha es por piedad o moral, y la moral pesa en ellos. Mas no son esos sus motores, porque ha de ser la rabia y el ansia de poder que brilla demasiado en sus corazones ennegrecidos. Porque muchos de sus actos no buscan con lógica ayudar a quienes dicen defender. Y miré a los condenados ojos de Enrique, porque la seriedad de mis palabras fue la intención, y dije que, si cree él que dar ventajas a los débiles en forma de riqueza sirve a ellos, entonces por qué ha

de ser su exigir uno que grítase en furia y dogma. Porque más valdría hablar con calma, cediendo algo a quienes siéntense heridos, sea pues a quienes fueron arrancados de su riqueza para dársela a quienes creen ellos la merecen. Porque no quieren justicia. Quieren poder. Séase entonces que ayudar no es su meta. Y con la furia en la lengua, dije a Enrique que los supuestos males de nuestros ancestros son solo un modo de soltar su rabia y su hambre de tiranos. Así dañan al débil, pues mienten a él, y dicen que debe odiar al fuerte, y ello aviva el odio entre todos nosotros. Y exclamó mi pecho;

‘’¡Porque si no hubiera males, los harían nacer para tener por qué gritar!”

Y vi a otros que tiraban piedras hacia el otro lado de la avenida, y enfrentaban a degenerados de su misma magnitud, y ellos hablaron de libertad, y adoraban sobre un jardín a la estatua de una serpiente alzada cuya penumbra era el contraste con el panorama del incandescente fuego. Y gritaron libertad, y burlaban de los

degenerados mas atacábanse unos a los otros, tiraban monedas, y golpeábanse por quien era el primero en levantarlas del suelo. Híceme de la voz nuevamente, y Enrique escuchóme las palabras;

"He acá, la otra cara de la misma moneda." Porque ellos no burlaban el degeneramiento de los otros, mas burlaban su organizar, y los odiaron por caminar juntos, por cual contradecir suyo fue su arrogancia, y creyeron que el camino hacia la vida era fragmentarse en varios, y no caminar unidos para enfrentar el mal del otro lado. Cuestionó Enrique a mí por qué escuchó a ellos hablar de ‘’conservar’’, y dije yo a él, que ese nombre es cual nube de humo oculta su verdadera intención, pues ellos no hablan de conservar aquella belleza que Puerto Plateado una vez tuvo, ni su espíritu, pues ellos hablaron de conservar el número y la moneda. Y ellos agraciaban, y lloraban, y sus voces gritaban; ‘’¡Porque la moneda ha subido su valor!’’

Y continuaron sus palabras de alegría sin espíritu, séase su religioso canto fanático en el cual maldecían a quien métase con su vacía libertad, pues vertían jarrones de monedas sobre el cuerpo de mujeres, y ellas vendíanse a ellos a lo que seducían con sus voces. Porque tenían un papel que decía cual frase y gesto hacer con sus piernas, por cual la gamba érase el instrumento para desencadenar la lujuria en los hombres, y ellos caían, y arrastraban, y golpeábanse por querer escuchar las femeninas voces saludar a sus nombres, pues en esta ciudad hasta el amor alquílase por minutos. Enrique y yo ambos sentimos cual náusea provoca la arcada, porque un collar que imitaba la cadena colgaba de su femenino cuello, y de ello colgaba un cartel que marcaba su precio ante los hombres. Y simple fue el expresar mío; "Acá, libertad." Porque ellos hablaron de libertad en contra del sectarismo que los otros degenerados tienen, y al parecer no era la libertad en contra de su asqueroso actuar, mas la

libertad de dar asco a su manera, y cuestionó Enrique; ‘’¡Vaya libertad!’’ Séase que dije yo cual comentario ha de agregar a la ironía de mi hermano, por cual mencioné a él que mucha libertad no hay, pues han de ser cínicos ellos, porque idolatran a ella, y han de usarla como cuchilla de doble filo, porque quien la critique es quemado en la hoguera, he ahí que ellos gritaban sus eslóganes, y decían que con su libertad no hay que meterse, y que todos han de tener derecho a vivir como quieran mientras no afecte al resto. Ay de la luciferina inversión, porque creyeron que con la Libertad alcanzarán la Verdad, por cual recordé las palabras del Hijo del Hombre cuando habló a los fariseos, y declaró que con la Verdad alcanzarán la Libertad.

Por ello repudiamos con Enrique el vacío de estos engañados y engañadores, porque fueron sus valores los que causaron a los degenerados que hoy enfrentan, pues odiaron ellos todo lo que trate de bien común, siendo no muy diferentes a ellos, porque ambos creen que

aquello que impulsa la historia ha de ser la moneda, o la lucha de ideas, mas los dos ignoran que esas cosas solamente pueden ocurrir si el Hombre las causa, y es ello la consecuencia a su ignorancia ante la importancia del hombre. Y Enrique entendió pues, que nosotros diferenciamos de ellos, porque es nuestra preocupación el espíritu, no las interpretaciones de lo material por las cuales ellos pelean. Y miré en sus rostros como sus mentes percataban de su falsa oposición a los otros degenerados, mas ellos creían era el camino pues alternativa no había.

Y tanto fue el enojo mío, que no pude aguantar más, y separé de Enrique y caminé hasta el epicentro de la locura, y Enrique preguntó en decepción que a dónde dirijo mi ida, mas vi yo el incendiar de una torre de basura, y he de contradecir mi paso. Sea pues el giro hacia el opuesto de mi caminar, por cual fue el enloquecer de mi alma, y mis ojos, en cual milésima de segundo encontraron ellos objetivo, y corrí hacia una estatua con un jarrón, y fue que

hice uso de la facultad de la memoria, que aún tenía el sable en la mano que golpeé con su hoja en grosa fuerza sobre el cuello de la estatua, destruyendo su ya quebrado cuello, y su cabeza cayó dentro del agua estancada de su fuente, mas yo encajé una patada al cuerpo de la estatua, partiendo su base, y cayó ella sobre su propia sombra. Y magna ha de ser la intensidad cual ira poseyó el espíritu mío, pues tomé la cabeza, y caminé a paso acelerado hasta la basura en llamas, tirándola para adentro de su interior ardiente, mas la cabeza golpeó la pared de mugre, hundiéndola, y una tempestad de humo y ceniza ardiente hizo reventar la espantosa estructura, por cual cubrí a mi rostro, aunque sentí el desencadenar nuevamente, y otro estallido de rabia, elevando el sable a los cielos, séase mis palabras las que cuestionaron, diciendo a los desquiciados, que ellos han expulsado a sí mismos de la comunidad, y no fíjanse en el de al lado, porque cada uno buscó su propio egoísmo. Mas proseguí yo a preguntar

cuántas personas han de verse hoy, que siéntanse de alguna manera asociadas a quien tienen a su lado. Porque ven ellos el robo por parte de quienes no comparten nuestra sangre, he ahí aquellos que profanan nuestra ciudad y no han de intervenir para evitarlo aquellos como nosotros, porque no sentimos ya partícipes de una comunidad, porque cada uno mira por sí mismo. Pues siguieron mis palabras, denunciando y refiriendo a los incapaces de juicio, que cuando los hijos de nuestros prójimos son dañados, ellos no preocupan, porque no son sus hijos. Y miré sus rostros, y ellos miraron el mío, porque unos pocos acercaron, y tan pocos fueron que entre mis dedos y los de Enrique eran de poderse contar. Algunos tenían su cuerpo cubierto en carbón, otros sostenían la moneda sobre sus manos, y hasta la Gorra acercó a mí, he ahí que algunos de los que miré eran primos de Nélido, que aún trabajaban en semejante labor de ficción. Pues vi la paciencia de los equinos, y mis palabras continuaron,

por cual intenté yo exponer su realidad, y por un momento fue cual gloria sintióse en el alma al percatar el cese de su conflicto para escucharme a mí. Acercóse entre la multitud una mujer de la cuarta edad, harapo negro cubría su joroba, y ataba en goma cual gruesa cana parecía alambre, y su boca era agrietada, mas parecía su mandíbula elevar hacia la nariz. Y cargaba ella con un carro de chapa y madera con bolsas de basura, y ella alteró en silencio, porque noté el enojo en su rostro, acercando a mí con una agilidad propia de mi edad. Oh de esa intimidante agilidad propia de criatura de terror, por cual rostro que miré yo, hube notado en el iris de sus ojos el disco marrón de la melanina en su iris, cuyo contorno pudría en azul, y la piel de su cuerpo olía a plástico y fruta podrida. Levantado ella su harapo negro, y mostróme una cuchilla el doble de larga que mi sable, y luego tocó con su uña el enrojecido párpado, séase el sonido de su voz uno que dijo a mí palabras cuyo herir ha de haber quedado grabado en la

memoria, pues ironizó ella cual cara triste llevo yo, mencionando que aún con la tristeza en el ojo y el labio, creo yo que enfrentaré a este mundo. Y rió ella con su voz rasposa, y siguió en plena tos cadavérica, que la misma miseria del rostro suyo, es la que ve ella en el mío. Mas es mi orgullo tan inmaduro, que tiro de profeta evangelizador de cual calle es mejor conocida hasta por el ciego antes que yo mismo, y hasta por ella, diciendo que su labor es cruzar el Centenario para vender mugre en las casas sobre la base del Coloso de Plata, y que incluso esa labor es más digna que mi vida de monje que créese heraldo de la moral, sin siquiera haber hecho el más mínimo esfuerzo como para ganar una sola moneda en casi tres décadas de vida. He aquí que guardó su cuchilla luego cantarme con ella tan humillantes palabras, e inmediata fue su ida, despreocupada en su miseria y en su amenaza, dejando el descontento a mí porque el caliente cosquilleo de la vergüenza sentí, he ahí, el terror en forma de humillación. Y

quienes parecióme festejaban con su mirada mi valentía de hablar sedujeron su causa ante las palabras de ella, y casi como cómico cambio brusco, miraron a mí, y reprocharon, tirando piedras y pancartas, mas Enrique vino cubriéndome, sea que antes de poder hacerlo una piedra cayó sobre la cabeza mía, y con ella ocurrió la caída sobre mi propia miseria. Siendo mi último recuerdo el de los primos de Nélido que miraban a mí, aún con pasión por mis palabras mientras aprontaban sus equinos para irse. Mas resistir no pude más, y mi mente vio la distorsión de la materia, olvidando la concordancia de lo que es y lo que no es. Séase que el panorama sobre el norte de mi ver fue no más que la oscura nube de ceniza tapando la niebla de los cielos, y su difuminar convirtióse en oscuridad. Y mi mente iluminada por el femenino sonido de una voz tierna la cual hube conocido, y sus palabras fueron:

‘’No morirás.’’

Y hubo que seguí envuelto en el oscuro vacío, no pudiendo actuar ante

semejante sonido cuya lírica femenina continuó lentamente mientras decíame cinco veces más aquellas palabras:
‘’No morirás.”;
‘’No morirás.”;
‘’No morirás.”;
‘’No morirás.”;
‘’No morirás.”;
Y fue de mi sentir una fría, mas leve presión sobre mi frente, posándose sobre mi rostro una áspera superficie, junto a cinco afilados pinchazos por debajo de mis ojos, así como sobre mi nariz. Mas yo recuperé el ver, y con ello la concordancia entre lo que es y no es. Séase la posterior vuelta mía a lo que rodéame, y levanté de mi miseria, en otro lugar que definitivamente no era la avenida Giannattasio, pues en aquel desconcierto entre el despertar y la inconsciencia anduve escuchando a Enrique decirme que cargó con mi miserable cuerpo hacia el parque boscoso al oeste de la gran Giannattasio, una vez pasado el campo de los santos, he ahí que desperté sobre los cristales de escarcha en cual terrible descampado pareció utilizar la condición de su descuidada presencia para

hablarme de mi infancia, y la de Dorotea.

LIBRO MEDIO
LAMENTACIÓN III.

Vi el sendero que abrió ante mí, y su sombra cubrió el camino con el manto de la noche. Notando el leve resplandor de cual amanecer lejano amenazó con llegar, y filtrando su luz entre el alto de la rama. Terrible era la estructura de la tierra y su suelo de polvo, la piedra crujió bajo el peso de nuestros pasos, y fue su crujir el único sonido que acompañaba al alma nuestra en el silencio, porque ni el viento osaba susurrar entre la hoja.
Y escuché a Enrique que dijo volveríamos a la Giannattasio, mas será lo nuestro la alternancia, pues ha de haber colapsado la avenida a causa del desquicio, y prosiguieron las palabras suyas, porque mencionó que la laguna del Centenario estaba cerca y debemos cruzarla de forma alguna con las canoas aquellas que púdrense en las costas del parque.

Érase pues, los árboles los que guardaban el camino nuestro, y su escabrosa corteza oscura pareciónos sangrar la sombra misma, porque roja era la sabia y hierro era su fragancia, séase que cada tronco retorció en su forma al doblarse hacia el centro del sendero hacia donde inevitablemente deberíamos ir. El frío del cielo tradujo a sí mismo en el azul brillo que iluminó el verde musgo con el vaporoso difuminado que terribles recuerdos traía a mi mente. Indescifrable sentir provocóme semejante febril sueño. Y hubo dado a mí la inquietud mirar a la escarcha, porque en ella no noté frío alguno, mas tomé a ella con mis dedos, y Enrique preguntó que hacía, y preocupante fue su sorpresa, porque dije que sostuviera la escarcha, y al tomarla dióse cuenta que aquello era sal.

Y mientras tensionaba sus cejas en contemplación miré los alrededores nuevamente, he ahí que vi el nostálgico vestigio de podredumbre, porque entendí qué bosque fue, por cual cuestioné a mi hermano si es esto aquello que pensaba yo que era, y

diome la confirmación, porque fue este el jardín en el cual miré a Dorotea cuando el sol apenas conocía a ella. Y angustié ante el semejante cambio, pues en mis tiempos de inocencia la planta no llegaba más arriba que el pie, y el sol resplandecía junto con el blanco mármol de las barandas que daban al Centenario. Y pregunté a Enrique sin preguntar, mas afirmando condena con la pregunta, porque hablé de dónde es que está el pasado. Y sus palabaras dolieron, aunque claras, pues fue su decir que este es el cadáver de un tiempo que no volverá, expresado mientras yo miraba a la niebla sutil y traicionera al final del sendero, Oh de ella que pareció los suelos respirar a los sulfurosos vapores del tártaro. Y en el horizonte miramos un resplandor, y al alcanzar a él dimos cuenta que estaba frente nuestro la baranda podrida que anunciaba ahogo, y miramos las luces de la gran ciudad, y a la estatua del Coloso de Plata, que elevaba en turbia sombra sobre el Centenario, contrastando su imponente penumbra con las luces de la gran

metrópolis, porque una vez pasada la rambla y el Río de la Plata miramos el horrendamente subime aclarado de los cielos, proveniente de la Franja y su curva hacia la ciudad de la furia. Fue mi labio el que no atrevió a hablar porque la lengua no halló palabra que describiera el sentir. Mas contemplé el reflejo de las aguas que condenó a mi ojo a ver lo que no desea ver, he aquí que miré el fuego sobre la gran Giannattasio, así como una columna de ceniza más atrás, e interrumpida fue la contemplación de mis ojos y pecho, porque tanto yo como Enrique sentimos olor a plástico y manzana podrida, y miramos a la embrujecida silueta que aprontaba una de las canoas, que a causa de la putrefacción de su madera, el conjunto de sus átomos que apenas lograban clasificarla como objeto, parecieran hacer fuerza para no desintegrarse en el más terrible de los colapsos. Enrique dijo a mí que será ella o será nadie, mas híceme de porfía infantil, y mencioné a él que su sentido resúltame penoso, pues pesa sobre el alma mía

cual condena fue la humillación mía. Mas Enrique posó su mirada de determinación sobre la mía, y habló que acá conviene olvidar la cobardía. Porque si no es así, entonces no voy a tener redención. Y fue esa silueta embrujecida a la que él refería, quien rió y vino hablando y diciendo que su humillación fue el choque de realidad mío, así como el bautismo en el fuego. Mas atreví a atrever, y contesté que con todo respeto, desearía si ella pudiera pasarnos nuevamente hacia la gran Giannattasio con su bote, antes que el desquicio arruine nuestro destino, y ella cedió ante el capricho. Curiosamente, pues no dio vuelta alguna a las implicaciones de la propuesta. Por cual encontrábamos nosotros navegando y cruzando al Centenario, y fue el aire cargado de niebla y azufre, llenándose de alaridos lejanos, lamentos y clamores que resonaron desde la distancia con tal fuerza que al principio casi atrevióme la lágrima. Porque escuché horribles conventillos en la distancia. Gritos de desquicio, acentos

foráneos, insultos, y alaridos que vibraron con diabólica intensidad sobre las pútridas aguas del el Centenario. Basura érase arrastrada por un torbellino en las calles de la ciudad. Y aturdido noté el silencio de la anciana, por cual pregunté su nombre, y dijo ella que llamábase Ruth Echevarría. Mas cuestionó como falso sabio, que esta miseria que escucho y veo, la tienen como condena los puertoplatenses por vivir en infamia, mas ha de no detestar ella a ellos, porque de sus revueltas logra afanarse lo que caiga. Y ella odiaba a los que no alzáronse ni cayeron, mas hundieron en su propia tibieza. Y miramos a nuestros ojos con Enrique, porque hízose la memoria nuestra de Eladio. Y dijo ella, que son ellos los que merecen lo peor, porque fueron por sí mismos, por cual reiteró, y contradijo a sí misma, diciendo que odiaba a ellos y no quería su compañía, he ahí, su residencia en el Coloso de Plata, lejos del máximo conventillo, para no manchar su memoria, pues decía que hasta los más

viles como ella podrían gloriarse sobre ellos.
Y fue de mi responder la pregunta misma, pues pregunté qué es lo que aqueja a ellos tan gravemente, a ver si ella quizás compartiera ideas como las nuestras, y dijo Ruth con breve labio, que ellos no tienen esperanza de redención, y su vida es ciega, y tan baja que envidian cualquier otro destino. Y Enrique señaló a mí, y ambos miramos una bandera de trapo sucio, sea su flameo el que daba bienvenida al Coloso a lo lejos, y sobre él hubo construcciones de madera y basura, porque incluso la estatua era habitada por el degenerado y la peste, por cual ellos habían construido cantegriles como castor tanto sobre el agua como en espiral alrededor de la estructura y su isla. Mas notamos nosotros el horizonte de la iluminada ciudad en contraste con la oscura estatua, y eran los Urbanitas en su turba de desdichados que peleábanse entre sí. Oh, tan incoherente su furia, peleando como animales sin estrategia, tan concentrados en su primitiva maldad. Y fue su

conflicto el que hacía retumbar hasta las calmas aguas, pues sentíamos nosotros el vibrar de la madera, mas tan quebrados eran sus conflictos, que tan unidos eran a no osar en acercarse a las orillas, porque a lo mejor las aguas quitaría a ellos sus inmundos olores. Ay de las luces de fuego sobre de la horrorosa metrópolis, que en las diminutas olas del Centenario parecióme como brillo de perla. Irónico fue el contraste entre la violencia del horizonte y la calma de las aguas al confinarse la tragedia sobre la Giannattasio. He aquí que pregunté a Ruth, que yo he de conocer las razones por las que pelean, mas no es de mi saber qué los impulsa a no cuestionar sus engaños, porque su propia forma de pensar dice a ellos que todo es cuestionable. Y pareció el gesto de su cuerpo así como su suspiro equivalente a cual movimiento hace la persona que improvisa malvadas ideas. Y habló ella diciendo que dirá cuando lleguemos a su casa.

Enrique enojó, y yo enojé a su par, y ambos cuestionamos a Ruth que nuestro destino no es su casa, mas ella dijo sentir el cansar del remo, siendo su destino el Coloso de Plata, no Giannattasio, y su inestable mente causó que gritara a nosotros, enojando y diciendo que no sabemos ni sabremos el laburo que ella ejerce cada sol y cada luna. Y respondí yo:

‘’Ruth, no te irrités porque labor o pereza, estamos todos condenados.’’

Y suspiró con enojo, y su boca agrietada torcióse en un rictus de desprecio, siendo su infinita furia la que maldecía al cielo, y a nuestros padres, y a la ciudad que diónos a luz, así como al tiempo que hicímosle gastar, aguardando en su bote con incontables gestos de impaciencia, mientras miraba yo en silencio a su torre de basura cargada a su costado, que parecióme inclinar las maderas con su peso, mas no cedió catástrofe alguna. Y la sensación de acorralamiento azotóme mucho, pues érase nosotros dos en el medio de las aguas junto a una siniestra mujer con una

cuchilla bajo su trapo, y tenebroso fue el temblar que sentí, que bañóme la frente el sudor. Y detrás de la oscuridad de la profana Estatua a la distancia, miramos los cielos, porque sobre sus nubes parecían parpadear relámpagos de zafiro y amatista, diciendo Enrique a Ruth que claramente esos colores no son normales para los cielos, mas ella respondió a él en voz baja que en estos años ha visto muchas cosas extrañas sobre los cielos, y que estas luces son solo una variación de las muchas cosas que ha visto así como escuchado, pues hizo apología a la esperanza, diciendo que quizás sean señales de que la figura del Caudillo está por llegar. Mas fueron los reflejos de estos latidos de luces sobre los cielos que hiciéronme notar la mano de la anciana, y en su dedo enroscaba un anillo de Platino y Rubí, pues su gema brilló junto al rayo como destello que despejó una incógnita en la penumbra de nuestra navegación, y mis ojos postraron sobre su dedo, mis cejas fruncieron, y apretóse mi pecho al calor que súbito envolvióme. Porque mis ojos

desconcentraron de su mano, y dirigí yo a su espalda, y fue la impertinente pregunta mía la que cuestionó dónde consiguió ella tal anillo. Ruth dijo que lo encontró a las orillas del Río de la Plata, hacía ya hace unas décadas, haciendo mención a una noche de verano cuando vio un joven hombre que rezaba y lloraba con el anillo en mano, mas vio caíasele el semejante aro por las barandas hacia el agua, y en su desesperada codicia, tiróse Ruth a las aguas para recuperar el accesorio.

Y sentí yo el alma separarse del cuerpo mío y cayendo como manto hirviente, porque ella habló mío, y ese anillo era de Amelia, uno que yo robé de su armario para entregárselo a Dorotea a futuro de aquella noche, ante el deseo por un futuro donde lo ocurrido éraseme impensable. ¡Ay de lo mal que ha envejecido semejante promesa! Y fue la hecatombe en el espíritu que su sonido en mis oídos fue el vibrar del tambor y ecos de lamentos, agudos en sus tonos así desgarrados, porque cayéronse los pedazos al

alma mía, y fue el desvanecer de tan grandioso grito interior el que ocurría al mismo tiempo en que la intensidad de la furia escalóme en el pecho. Y Enrique miró a mí con la condena en los ojos, porque vio la tensión que brotaba en mis manos. Y en desapego con el corazón, mis ojos abrieron, y la expresión fue la del grito contenido, por cual el ojo mío enlenteció el levantar de mi mano en decidida furia, y con fuerza divina tomé la mano de Ruth, y el forcejeo convirtióse en ofrenda al cielo, por cual elevé su mano en un movimiento casi artístico de nuestros cuerpos, mas fue su resistir que provocó la caída, y sobre la madera presioné yo a ella, y como el cubrir de una ola fue mi sable el que separó el precioso objeto de quien no merecía tenerlo. Ruth agonizó, y elevó su brazo como resorte ante los cielos a causa de la inexistencia de su diestra cual caudal de la desgracia provocóle, y fue suficiente para ella sacar su cuchilla con su diestra.

Enrique petrificó con palma abierta ante el susto

de la sorpresa, mas no pensó dos veces, y vio el vidrio cuyo interior era el vicio del hirviente líquido, y como rayo fragmentado reventaron sus fragmentos sobre Ruth, abrazando ella en desgracia a su torre de basura, y cayendo su filo al Centenario, Mas yo concentraba en desenroscar el anillo, y fue mi percatar de semejante situación, en la que Enrique hizo uso de su valentía y su altura, y Ruth vio el mundo girar, y sus pies alzaron al aire, mas compró residencia en la oscura humedad que teñíase con el vino de la desgracia, por cual Enrique tomó la llama de su vicio, y con ella hizo arder al líquido que había mojado la columna de basura.

Teníamos nosotros a una torre de fuego sobre el bote, y fue ello estrategia sin sentido, mas hicimos laburo de la facultad del músculo, y la hirviente babel cayó sobre la ladrona, pues convirtióse la gran torre de fuego en cual puerta encerró a Ruth en lo profundo del Centenario. Y Enrique dio voces de desespero, e

incitó a remar, y remamos, y alejamos.
Encallamos en los cantegriles del Coloso, y Enrique cuestionó en preocupada ironía qué fue lo que hicimos, y yo respondí a él que ese anillo pertenece no solo a mí, mas pertenecería a Dorotea, porque yo robé a él de mi abuela Amelia, y era consigo que hubiera sostenido la angelical mano que ni en mi niñez o juventud llegué a sentir. Y como bien sábese, es esta mugre de mundo la que enoja a mi alma, y no pude contener la furia ante un inmundo ser que utilice una pieza perdida de mi alma para levantar un teatro de ego. Porque Dios hará justicia en algún momento, y ha de ser ese momento cuya llegada dióse décadas después, mas cuando lo hizo, fue con el arte de la furia. Por cual bajo el yugo de la ironía furiosa fue el posterior decir mío:
"¿Y qué puede haber más aterrador que Dios vestido en furia?"
Y fueron las casas la coreografía continua de un mar de madera y gangrena que no tenía fin, infernal estructura que elevábase sobre pilotes que

hundíanse en el fango. Panorama que pareció ante nuestro ojo como el cadáver que no cae mas sostiénese por la pura voluntad de su propia descomposición, porque era su madera oscurecida por la humedad de la putrefacción, fragancia maldita propia del cadáver que púdrese bajo la niebla, amargor que envenena, aliento de escoria. Un demonio hecho de cantegrilesque inclinaba y retorcía sobre las costas de la gran estatua. Mas Enrique alzó alertas, y dijo de cuidar el paso, porque aquello que parece suelo ha de ser agua, porque la gangrena es el manto que la cubre, y sobre ella advierte el azufre del Centenario, y descansa el plástico quemado que flotaba en la superficie. Y fue de mi percatar cual cuerda colgaba entre dos madrigueras, y fue su carga un cúmulo de telas rasgadas y descoloridas, la que ondeaba como vestigio de catástrofe. Y vimos a las mujeres que alimentaban a sus hijos, y ellos devoraban barro, y vertían plástico sobre sus cabezas, y lamentaban mientras ratas inmundas lamían con avidez a la

mugre y eran ahuyentadas por el conventillo de incoherentes conflictos. Y los hijos de los hombres acercaban a nosotros, y su piel era marrón, a lo que pedían monedas, mas negamos, y ellos retorcían su cabeza de lado a lado y abrían sus palmas, y no sabíamos nosotros quienes eran hombres o mujeres pues rapaban sus cabezas, sea aquello que pareciera ser mujeres, cubríanse con sábanas manchadas y presionaban la tela sobre sus cuellos para evitar su caer.

Fue nuestra única alternativa bajar la mirada, y seguimos caminando hasta el Coloso de Plata, donde encontramos la angosta y peligrosa escalera de chapa que subía en espiral alrededor de la altísima estructura, y del corroer de sus fierros colgaban las madrigueras de arquitectura imposible, porque el ingenio para el cantegrilerío era tan grande que hasta desafiaba la gravedad. Y subimos nosotros al paso de la noche, porque la figura nuestra fue la reminiscencia de la gárgola, sea pues el observar que condena desde los cielos. Maldito

peregrinaje, tensa paciencia de condena contra la escorchada ciudad. Sea mi observar sobre el oscuro borde que anuncia al abismo con la invisible mano maldita que presiona el pecho de quien cae con su mirada. Porque mi rodilla dio un paso adelante, y con una mano en la cintura y el pecho alzado, contemplé en seriedad de enojo al hermoso panorama de desgracia. Y la mugre, y la chapa acompañaron a nosotros como la ruina del espíritu que hácese ver y condena a través de nuestros ojos. Sea su mera existencia el recuerdo a nuestra miseria. Mas plasmó en la oscuridad el vestigio del quiebre de los hierros y el colgar de las cuerdas, y fue la sombra de ello aquello que contrastaba con la distante ciudad.

Quebrado laberinto de luz, y de cúpulas, y su niebla, y sus torres de fuego y humo. Porque era la distante gloria vista como el diminuto mismo, he aquí que parecióme la malvada metrópolis como imagen que no encajaba al ojo mío, sea pues el espíritu que no logra entender la dimensión de

nuestra altura. Porque sentamos, y concentramos ante el silencio, por cual es la contemplación de la vista que calla a la lengua, y atento fue el ojo mío, calmo fue el viento, y seria fue la pregunta, porque la determinación residía en ella. Séase que Enrique quebró el callar, y habló en bajo tono, preguntando qué es lo que veo, mas el ojo mío no despegó del panorama, porque veía yo al Palacio Eurófeles, y mi labio guardó la respuesta, y los segundos tensaron, por cual respondí a su par: ‘’Fuego.”

Y miré la caída, y luego al anillo, y su hermoso rubí, un contraste de belleza ante el infinito infierno de mi horizonte. Oh del corazón mío que comenzó a latir con fuerza ante el fervor de la tensión de los cielos, y conjunto al ritmo de la desesperación, escuché el eco proveniente del incierto origen, y reconocí en su esencia el infantil lamento de Dorotea, cual melodía no fue la del dolor, mas pareciera llamarme ella con la belleza de ese sonido que debería significar pena y que resonaba como melodía. Y

el corazón mío hundió conforme a la nota más alta, al mismo tiempo que su esencia apagábase lentamente. Fantasmagórico eco con el que ella iluminó el abismo de cual fondo cobró su vida. Y la lágrima secuestróme el ojo a consecuencia de mi ingrato pensar, y dije a mí mismo, que yo realmente solo quiero ser feliz, pues no hay cantidad de moneda, ni de agua, ni de pan que sacie el vacío que habita en mi espíritu, y es este un vacío que no llénase con lo material, mas con el amor que he perdido. Y cuestioné, que no esclavizaré el alma mía para sobrevivir en una vida que no merece ser vivida, porque con el ojo en el alma miré que la vida en la ciudad no ha de ser mera supervivencia. Como bien dicho, es esta distopía una bestia que nútrese de la desgracia de nuestra existencia. Una mecánica de materia y vacío donde los Puertoplatenses son los esclavos que construyen a esta máquina con su propia ceguera, pues fuimos, y seremos exhortados a no cuestionar nuestra miseria y a doblar

la cerviz ante el látigo de la obediencia. Porque desde los días primeros de mi inocencia sufrí el tormento de ser moldeado como arcilla sin darme cuenta ante mi falta de juico ante la vida mía, y fueron quienes titúlanse con el intelecto los que habláronme de herramientas para sobrevivir en este mundo, mas yo con el corazón muerto ya desde mis inicios como persona he cuestionádome por qué he de forjar mi existencia en un infierno donde hay que cerrar los ojos para no ser asqueado por su naturaleza de depravación.

Y repentino fue el impulso de sonrisa contenedora de cual ira provocó el tensionar de la entraña, porque hice memoria de cuando uno de los ignorantes con título adentro de aquel castillo acercó a mí con su pregunta inadecuada, sea su astucia programada para desentrañar las ideas mías, y así saber si hacerse del bien o del mal ante el diálogo con mi persona. Y no cedí a su juego, y recuerdo haberle dicho que tanto la libertad sin freno como la tiranía plena

son receta para el desastre. Porque la libertad sin medida arrastra a los hombres a un abismo de decadencia que mata la tradición y la raíz de nuestra identidad, quebrando las amistades y encendiendo choques entre ignorantes convencidos que terminan en un colapso total. Mas la tiranía sin fin destruye el equilibrio entre el alma de uno y el cuerpo común, aplastando nuestra individualidad hasta hacerla polvo, borrando quiénes somos y sometiéndonos a los caprichos de quienes creen saber qué es justo y que no, ignorando lo que realmente necesitamos. Porque ningún mortal en esta tierra es Dios, ninguno escapa a la falla, y ninguno puede reinar sobre nuestras ideas. Y es eso lo que despierta un rechazo, y una rebeldía que si álzase en masa, estalla en violencia, derrocando al tirano, o bien, deja a todos rotos, sin vigor ni espíritu, como lo que hoy vemos, marchitándose en un apagón lento y cruel.

Y miré yo a los ojos de Enrique, porque mis palabras fueron sabias, y

dije que la libertad y la autoridad, como luz y sombra, o el bien y el mal, son fuerzas que míranse y necesítanse.
Y cuando devora una a la otra el desenlace es uno solo, y su nombre es Caos.
Y Enrique cuestionó a mí cómo he llegado a estas conclusiones, y conté que no he hallado sabiduría en los preceptos de los hombres, ni en las voces de los que rodeábanme, porque mi mirada buscó la verdad en lo que veo, no lo que escucho, y lo que yo vi son los síntomas de un mundo muriendo, y muchas veces he gritado a los cielos, por qué es que no cuestiónase la ruina en la que vivimos.
Enrique intervino mi decir, y recordó a mí sus palabras, y di yo la razón a él, porque el espíritu desea la muerte, mas el corazón ansía por vivir, y a lo mejor sea, quizás, el deber de quienes aguantamos el ardor de la sal en nuestra herida, vivir conforme a una idea sublime de existir en verdad, con sentido del deber, atención plena, ofrenda pura y proyección hacia el mundo. Pues dije que cuando hablo del significado espiritual de lo que hacemos, refiero a la

vida como experiencia activa, pues, es el sendero que conduce a la lucidez, al entendimiento, a la grandeza del alma, al coraje, al valor, al honor, a la humildad, a la bondad y a la libertad. Mas es el Urbanita anestesiado por su propia ceguera, y no logra este despertar, y únicamente lo hace el que siente la tragedia en su propio espíritu, sea ello la respuesta mía a la pregunta de Enrique, que preguntó qué es lo que aguarda cuando enfrentamos a nuestra propia existencia, y a las miserias que la tejen, mas, sobre todo, a un mundo como el actual que es incierto y enfermo. Por cual ha de ser en ese trance donde nosotros podemos volver la Tradición como confrontación a nuestra propia vida en esta edad oscura que transitamos. Por cual heraldo de la sabiduría es aquel Hombre que doma a la bestia a través de esta vía. Enrique cuestionó cuáles serían los pasos a ello, mas yo no supe dar respuesta certera, y lo único que pude expresar a él fue el eco de mi anterior respuesta. Pues había

mencionado que aún disfruto algo en esta ciudad, y es ello la incoherencia de su caos que pone al nervio de punta, y sumerge a uno en el presente, mientras que el pasado deja de ser ser memoria angustiante. Por ende, si tuviera que pensar en un concepto, sería la idea de ver la vida como experiencia, no como valle de lágrimas, ni caja de recuerdos. Y mi hermano recordóme cuando a su edad podíase contar con dedos, he ahí que sus calles tornaron en fuego a causa de su anónimo actuar, tan valiente y maduro dentro de su atrevimiento. Y díjome que vivir es un tránsito transformador, un llamado a devenir aquello que estamos destinados a ser, a asumir el escenario más propio del alma, y a reconocerse en la llama de lo que uno verdaderamente es. Porque es la vida la fuente de toda enseñanza y aprendizaje, un crisol de conocimiento revelador. Y aseguró a mí, que el mundo y la vida que confrontamos son una experiencia absoluta, un baño de fuego que moldea y permite a nosotros alcanzar nuestro destino.

Mas él interrumpió a sí mismo y sentí en sus ojos la primera vez en la que él cuestionaría a su propia moral, por cual cuestionó su distanciamiento ante el bien y el mal, pues sabíase a sí mismo como única regla. Y fue mi respuesta la reflexión, porque así como la luz y la oscuridad, el calor y el frío, el cielo y la tierra o incluso el absoluto y lo relativo, comparten ellos el mismo dualismo que teje la realidad. Porque la vida que encaramos es un tapiz de opuestos cuya tensión conviértese en su propio ritmo, y en su baile está el drama de la existencia nuestra. Y así como la Mujer viste el rojo y el Hombre el negro, y ambos giran ante la melodía de aquellos tangos de nuestra ciudad, son ellos opuestos, que búscanse y abrázanse, y es la tensión de su deseo lo que da forma al espiral de su baile. Por cual dije a Enrique que la vida es experiencia y polaridad, y es su tensión la energía que provoca la infinita rotación, como el ciclo el día y la noche o el nacimiento y caída de pueblos a lo largo de la historia, y en esta circunferencia eterna

debemos mantenernos lúcidos en la oscuridad, sólidos en lo inconsistente y firmes en lo voluble.
Y profunda fue la penumbra que envolvía al rostro de Enrique, mas notaba yo la roja incandescencia del vicio sobre su labio mientras miraba él al horizonte en dirección a la pintura degenerada ya desaparecida entre la ardiente luz de nuestro atrevimiento. Pausada fue su contemplación, y el chasquido de sus labios dio paso a su reflexión, y sus palabras fueron:

‘’Integrar la luz en la oscuridad.”
Fue la diestra ceja cual levantar provocó a mí con su decir, y miré al abismo a nuestro sur, con determinación en el rostro, porque mis palabras fueron las de la aceptación y afirmación de la realidad en la que vívese, porque es ella el gesto radical de la vida. Y dije yo, que ese es nuestro camino, y ha de ser mi vida, así como la suya, no sustituibles, y no cambiaremos a ella por un adormecimiento en contra de la realidad. Porque el suelo que sostiene a nosotros es el mismo con

el que tropezamos, así como el que permite levantarnos. Porque el águila que vuela en la tormenta es desplazada por el mismo viento que permite a ella abrir sus alas y volar.

Consecuente fue el entender de Enrique, y aclaró él, frente a mis ojos que no solo la vida y el mundo deben ser afirmados, mas también debo yo acentuar el esplendor de la belleza que no veo, y que debo ver. Porque así como reímos a causa del desquiciado de la chimenea o el mosquito, cada día es único e irrepetible, así como los son ellos y sus tonterías. Y es algo que únicamente ocurre porque el caos de esta ciudad lo permite. Y fue la facultad de mi memoria la que brilló, por cual recordé como hoy desperté y vi el brillo del astro de la vida sobre mi pared, y quizás también la vida brille con semejante fulgor.

Enrique desvió temas, pues repentino fue el aterrizaje de su duda, y hablóme de cómo los hombres y las mujeres odian unos a otros, y sintióse él culpable de

culpar a la mujer por haber sido la primera en caer ante el engaño de los tiempos oscuros, pues su corrupción causó los primeros síntomas de decadencia en Puerto Plateado. Y coincidí con él, mas cuestioné al mismo tiempo, porque fueron mis palabras la mención a Dorotea, sea que si algo aprendí yo de mi sentir por ella, es que destructivo es el odio entre los polos de la creación, pues fundamental es el magnetismo entre lo masculino y lo femenino, no como amor funcional y resignado, ni como promiscuidad vacía, mas como un destino. Porque el encuentro de los amantes es una potencia para encarnar el absoluto de los conceptos de Hombre y Mujer. Una conexión divina, sea ello el despertar espiritual que trasciende la mera emotividad o el hedonismo. He ahí el camino para ser quien uno está llamado a ser.

Y con la seriedad que al ojo congela, miré a Enrique, y el miró a mí, y dije que hay muchas cosas que escapan su conocer, pues he de haber cuestionado yo hasta la

realidad misma, y Dorotea fue en quien vi la demostración viviente de estas verdades. Porque el universo es el espejo que refleja mi amor por ella, séase el único amor que he conocido.
Enrique rompió la seriedad porque mis dichos encendieron la memoria a él, y cuestionó en ironía anticlimática y casi infantil aquella vez que yo hícime del argumento para justificar ante el escéptico a la existencia del Todopoderoso, y recordóme aquella teoría cual delirio mío revelóme. Y fue ello la constancia de semejanza, término que di a cuando Dios dijo a Moisés ‘’Yo soy el que soy’’. Por cual había dicho yo que ello fue el Verbo actor y Logos eterno. Mas no enojé ante tan inocente comentario suyo, y contento sentí que un mínimo de inocencia haya asomado de su oscuro corazón que al juicio olvida antes de cometer a los más atroces crímenes.
Y mencioné a Enrique que si Dorotea fue la luz divina que ilustró mi pensar, entonces yo seré la réplica de esa luz y el mundo será iluminado con

lo que ella iluminó a mí. Y en cada mentira que derriben mis palabras, Dorotea volverá a sentir la vida, así como he de sentir aquello que provocábame su hermosa silueta en la último verano que su bendición mantúvose frente a mis ojos, antes de la gran decadencia, aquella de este mundo condenado que la contagió con muerte. Mas en el choque de realidad, sonreí con rencor, y di voces a mi mente, sea mi crítica el resentimiento propio, que inhabilita la relevancia de aquello que pienso, porque yo he de filosofar, mas filósofo no agrega a mi nombre, pues ni siquiera he de ganar mi propio pan. Y el odio guio mis ojos nuevamente al vacío del horizonte, y miré al palacio Eurófeles a la distancia, y dije a Enrique que observe, y vimos al fuego de la avenida a la distancia que acercaba con su marea infernal hacia la dirección que nosotros debíamos tomar. Una vez más hicimos cual saludo llevamos tallado en el espíritu. Y concentrados anduvimos mientras levantábamos del lugar, y condenada fue nuestra despedida a la vista. Séase

la medianoche, y repetí cual lema fue el nuestro hacía años, y mis palabras fueron:
‘’Esta noche brillamos.”
Diciendo a Enrique que hablaré con el mal, he ahí que si la historia también lo demanda, haré caer el fuego sobre la nueva Sodoma. Porque luego de nosotros vendrá el silencio, y el nuevo sol del amanecer verá el fin de cual historia talla en su título el nombre de Dorotea.

LIBRO TERCIO
LAMENTACIÓN I.

Maldito fue el bajón, pulso sintióse en el pecho mío, así como cayóse el alma. Porque fue ello el sentir de mi corazón, y anunció él con el tensar de su entraña que es este mi último paso, séase pues que hablaré con quien debí haber hablado hace mucho tiempo. Sintiendo en el espíritu una convicción cuya exponencia superaba a la máscara de mi intención. Y supe yo que quizás no vea el amanecer, mas lo harán mis ideas. Y frío era el cielo, blanca fue su niebla, violento fue su vapor, y ardiente era la desgracia que acercaba a

la distancia. Profundo fue el choque de las maderas, y los hijos de los hombres alzáronme sus manos a la distancia de cual madriguera alejábamos nosotros. Diminutos viéronse ellos, mas las rocas chocaron, y forzoso fue el deslizar. Colonos en nuestra propia tierra fuimos, y oh la llegada, por cual teníamos al frente nuestro a la zona de la temida estructura. La angustia sintióse en nuestro bajar, oh, vacío teatro de tragedia, costanera desgraciada que condenaba a la oscuridad misma con inerte piedra.

He ahí que la luz iluminó cuando asomamos, porque entre la baranda subimos, y a la avenida llegamos. Gloriosa la vista fue, porque el desolado panorama de angustiante viento vacío invitaba a nosotros a mimetizarnos con la muerte de la noche. Y miramos al este, y la ola de violencia acercaba a la sombra de nuestro paso. Ligero fue nuestro caminar, y sin cesar fue mi cuestionar. Porque hablaba a Enrique, y cuestionaba que la vista de mis alrededores comienza a producirme un calor extraño en el pecho, y un

agradable sentir despierta en mi alma. Porque he acá una calle sumida en tinieblas, tan oscura que infunde el temor, y las orillas de los ríos de adoquín elevan los pedazos de casa, mas la vida respira tras los muros. Tan unidos están los hogares unos a otros, pues abrázanse en una hilera de basura y arte corrompido, porque las estatuas y los ornamentos esconden bajo los carteles, y las pinturas, y los fierros así como los neones de vicio, pues difícil es el ver mío, de dónde termina una casa y donde empieza la otra.

Mas en cada una han de vivirse historias propias, relatos y verdades, y ha de ser apenas una pared la que las separa, y sin embargo, son mundos enteros los que las dividen. Desde el dolor hasta el goce, la sorpresa hasta el odio, parece que las pasiones que el día ostenta no perecen con la noche, mas resúmense en lo oculto, para esperar dentro de las paredes, aguardando pacientemente hasta que el sol despierte y las libere de nuevo a las calles, para luego repetir su interminable ciclo. Y agitadas sintiéronse las

calles en su propia desolación, ay del ambiente de desespero, porque los pies de quienes caminaban llevaban la velocidad consigo, así como sus rostros petrificaban en la misma angustia de siempre. Érase el dormir de un desgraciado adentro de un carro de hierro mientras otro intentaba ahorcarse con una goma que caía de un puente, y fieras rodearon esperando la cena que cocinábase con cada respiro, sea que sírvese cuando el último llega. Pues parecióno el desmedido acelerar de la decadencia misma. Mas Enrique interrumpióme entre tanta reflexión y rabia, y bajóme a tierra, séase que ambos tuvimos frente nuestro al tan esperado destino, pues era la madriguera donde el padre de Dorotea forja su riqueza con sus inadecuados métodos. He aquí la confirmación nuestra, el potrillo blanco sobre la vereda junto a la montaña de basura de su carro. Enrique díjome que si quería podía pasar conmigo, mas contesté a él que no, pues ha de ser esto deber mío, y mi propia redención, pues yo lo

inicié, y yo deberé terminarlo.
Intentos de entrar hubo, porque fuerte fue la cobardía en mi detestable ser, pues caminábamos ambos en circunferencia alrededor de su lugar, y fuimos nosotros el astro que orbita en la órbita de la vergüenza, mas amargamos, porque Enrique comenzó a cuestionarme, y yo suplicaba una vuelta más, y no fue hasta que dieciocho minutos pasaron, que nuestros oídos afinaron, y escuchamos nosotros que el padre de Dorotea hacía ruidos con una puerta al interior del tan temido lugar, y asustamos, y pensamos que el cerraría. Por cual agachamos, y conté hasta dieciocho, pues dije que entraría, y los dieciocho conteos pasaron, a lo que híceme de valentía divina, y entré al lugar.
Fue de mi observar cómo el papel pegaba y colgaba desde sus paredes, y en ellos plasmaba la belleza de Dorotea cuando el sol había encargádose de marcar su décimo nacer, y pensé que tenía él cierto aprecio por su hija. Fría fue su luz, asqueroso

azulado de vacío en que él miraba a su mesa y contaba su avaricia. Despreocupado era su sentar, y en seriedad tensaba su ceja, mas escuché sus palabras que habláronme de pasar, y que lo que pidiera lo haga rápido porque acercaba a cerrar. Y decía él a mí mientras ni siquiera miraba a mis ojos, o siquiera contemplaba mi persona, solamente concentraba su ojo ante su moneda. Arrogancia transmitió a mi corazón, porque era él la manifestación del desapego. Y enojo sentí yo ante el poco interés de su ser. Porque mi ignorancia ante el sentir ajeno ha de ser causada por las décadas en las que he aisládome del mundo en profunda soledad, y no di cuenta yo de las preocupaciones del ajeno, por cual no necesariamente está, el que no es yo, dispuesto a hablarme de la vida como si conociéranme desde siempre. Mas en tensa furia saqué de mi bolsillo al anillo de platino y rubí, y arrojé a él sobre su mesa donde el hombre contaba su dudosa riqueza, y mis palabras fueron estas:

‘’Porque es este el anillo que daría a tu hija.’’
Fríos fueron sus ojos verdes, y ellos diéronme un sentimiento extraño, como si estuviera ante el alma de quien yo extrañaba, porque en él vi los mismos ojos con los que su hija una vez cautivóme el alma.
El silencio de su mirada pesaba entre nosotros, y en un gesto de hastío más que de calma respondió él con cual monosílaba tajó el aire. Séase mi entender que él desagradó de mi decir. Intenté yo tejerle el relato, de cómo Dorotea y yo cruzábamos los días en el castillo Soneira, cómo nuestras casas eran divididas por manzaneros y calles de piedra. Él comenzó a hundirse en su silla, no ya con la tiesura del enojo mas el callar de la soberbia. Y cortó él mi aliento con su voz, diciendo que no estaba ahí para hablar de su hija, y que largárame, y no dijo de irme con su voz, puesto que en arrogancia alzó su dedo como cual padre sobra a su hijo.
Y enojé dentro de mi propia razón, porque yo no sufrí tantos años, ni vi tanta desgracia en esta calle para ser despedido de

tan simple y humillante manera. Y di voces nuevamente, y fue mi decir uno de que dejara al menos contarle aquello, pues la desesperación ardió en mi pecho al sentir que no podía irme con las manos vacías. Mas irguió el cuerpo, y con un tono que ya no admitía réplica dio órdenes, y ordenó a mí que saliera de su sala. Sentí yo el olor a azufre, y el hervir del espíritu, y declaré que si acaso no dolía a él haber visto cómo su hija hundíase en un pozo de bastardía desenfrenada, pues qué clase de mundo ha de ser este. Y vi el tensionar de sus labios conjunto a cual fuego de sus ojos contagió la llama a mis palabras, y cuestioné su avaricia, y su poco sentir, porque ha de adornar su madriguera con el recuerdo de Dorotea como si ella fuera ornamento, mas fue ella su hija, y no por vender su belleza servirá a él como cartel que llama a los hombres a dar su moneda a él. Y mi voz elevó conforme a la pasión del corazón, y fue mi pasión la que dijo a él, con el enojo de mil historias, que he visto en las calles la misma desgracia que casi

una década atrás cobró la vida de su hija, porque vi a una niña rodeada de sombras que la vendían, y ella vendíase a ella misma, porque ha de ser la inocencia torcida por la ruina, así como ocurrió con Dorotea.
Y púsome él un rostro que casi mordía los aires en infernal odio hacia la presencia mía, porque temblaba su piel ante la incontinencia de sí mismo. Y levantaba él la diestra con cual gesto asemejaba el cachetazo a su mesa, mas paralizaba ella en temblor sobre su cabeza mientras el ojo parecía escapar de la cuenca. Y su clamar decíame que callara mis palabras.
Y fue ello en vano, porque no detuve la furia de mis palabras, pues proseguí con la furiosa ironía y ridiculización de su vida, pues veníase todo abajo a él, y era la memoria de su hija el papel con el que buscaba aparentar la vulnerabilidad. Mas él, con la furia ya desbordada, agachó, y metales sonaron, y levantó con cual palo ataba su punta el filo con una tela, y avanzó a mí con torpeza y rabia, séanse sus gritos los que retumbaban en la pared y

su eco decíame que fuérame de su madriguera. Años de desesperación forjáronme una temperie para tales tormentas. Mas paralicé yo ante el miedo y la vergüenza, y mis pies caminaron la contraria, mientras mis ojos de susto endurecido fijaban en los suyos. Con la angustia en la voz expresé palabras, y dije que no cesaría hasta encontrar un cierre a lo que daña al corazón mío. Fue su respuesta la del incoherente rugido, y su cuerpo agachaba como cual serpiente aprontaba mordida mas era ella la del pincho. Y balanceó su decadente construcción con apasionada impaciencia, y golpeaba a ella sobre el suelo como indicando a donde debía acercar yo, ido de su razón y poseído por el salvajismo. Oh, que estrelló su filo contra la pared en semejante estallido seco y ensordecedor de cual hierro arranca los pedazos al yeso. Un fragmento rozóme el ojo, y el instinto de todo Hombre que siéntese en la amenaza fue el que guio mis manos, y ellas aferraron aquel madero, siendo la fuerza de nuestro forcejeo

aquello que provocó el encuentro de nuestras espaldas contra toda pared. Tajante hecatombe provocóme al oído, porque a la marea de porcelana fue cual estruendo asemejó su caída. Y entre el avergonzante caos cayóse un cuadro de Dorotea, ay que sobre su rostro fluía el vino, he aquí que el susto de mis ojos corrió enfoque hacia los ojos del hombre. Parecióme la desgracia enlentecer, porque mi ver contempló cual desgracia no quise yo viniera a ocurrir, mas víme en la temida situación.

Desencadenó él en totalidad, sea su impulsar cual dolor causóme a mí, porque el filo encontróse con las pieles sobre mi hombro, y sentí el hundir de los hierros, por cual los sentires míos fueron cual dolida confusión provocóme la mezcla entre el ardor y la picazón, mas sentía el interior de mi piel invadida, y fue el yugo de su hierro cual presión provocóme el caer, y encontré mi yo con el suelo, sea el apretar de mi espalda contra la pared. Y decíame él, que no crea reuniré yo con su hija pues he acá de donde no

despertaré, mas sentí el lento amanecer de cual melodía provocaba el latir de mi corazón, y fue ella la determinación de sirenas que venía en aumento, pues los ojos míos concentraron en furia, y fue mi ignorar el del dolor, pues odiaba yo a quien veía frente a mis ojos.

Escuché el grito de mi nombre, y percató de la entrada de Enrique, y alzóse sobre el hombre, mas él no quería soltar lo que a mí atravesaba, y con furia divina levanté ante su presión, séase el quebrar de su filo, y saqué el mío, porque mi sable habría de esperarme. Golpeó él a Enrique con el palo, y Enrique cayó, mas su desesperar fue el notar de mis ojos, e intentó impulsarse sobre mí nuevamente. Y aunque yo pequeño, respondí con el pulso de mi propósito, cortando su decadente madera con el flameo del sable. Oh, que su pecho gritó a mí con cual boca desbordó desgracia al tajar sobre él corte filoso con golpe bruto. Acercando Enrique nuevamente con la furia de quien ve a su hermano herido, y con vasta altura, tomó al

violento, y a su cuerpo lo hizo encontrar pared en horrendo bucle, renovando pintura con hierro de arteria. Y mi hermano tomó la madera con la que el bestia había punzádome, He aquí la vara de la sentencia, y con ella dictó dieciocho veces condena sobre su espalda, pues perdió el caminar, séase la doble gamba cual adorno caía como inerte goma.

Ay que miré a Francisco en sus penas, y vengativo orgullo hube sentido al pensar en si a través de mis ojos Dorotea hubiera vengádose de su padre de tal manera. Y las astillas cayeron, y la vara redujo longitud con cada pasión, sea que Enrique hasta el último impacto no cesó. Profundo mi dolor fue al separar de mí aquello que invadióme sobre el hombro, y no impresionó a mis ojos ver el flujo de mi vida en su metal. Di el filo a Enrique. Y voces escuchamos, porque el desgraciado habló desde su dolor, y dijo desde el suelo y su propio retorcer la mención a un nombre. Séase el de quien causó los problemas de Puerto Plateado. Tensión sentimos y miramos a él,

pues miraba a nosotros
con soberbia y dolor.
Inquieto fue el silencio,
seco el vacío, porque era
el sonido de sus palabras
el que asemejaba a cual
voz maldice desde abajo
de la tierra. Acercando
nosotros, y Enrique tomó
su cabeza y dijo que hable
lo que tenga que hablar,
por cual escupió, he ahí
que Enrique hizo uso de la
palma de su mano para
hundir su rostro en
humillante cachetazo.
Mas el indoloro miró a los
ojos míos, y díjome que si
alguien merecía la
condena no es él, mas todo
el poder de esta ciudad.

Pues Dorotea
conmemoraba un nuevo
año de vida, y a causa de
su pobreza acudió a un
cercano del maligno, y
hablaron de la moneda, así
dar festejo a su hija en el
castillo Soneira, por cual
miróme con resentimiento,
diciendo que si algo
ocurrió, que la culpa caiga
sobre los que permitieron
que las cosas salgan mal.
Y miré a Enrique con la
caída del espíritu en los
ojos, porque el entender
fue mío, y nuestro. Pues
ha de ser Ludovico y toda
su peste quienes odian la
belleza y buscan
erradicarla hasta en el

último rincón de Puerto Plateado. Mas en delirante suposición pensé que en afán de destruirla, quizás algunos envidiosos indeseables o simplemente diabólicos en su naturaleza, que conectados a Ludovico o no, miraron en Dorotea un obstáculo. Y sentí escalar violento volumen sobre el alma mía, gritándome bajo el yugo de un calor que en lentitud amenazante consumíame el pecho, a lo que sintióse el peso de la gravedad sobre mi cabeza como hundimiento en la espalda de mi cráneo. Y mis oídos vibraron ante el tajante trueno del infinito rayo que ensordeció a mi razón. Por cual todo alrededor mío parecióme quedar en la muerta pausa, y los recuerdos vinieron al ojo mío, mas noté yo el rostro de enojo sobre la decadente pared, vestigio de tallado al cual faltábale un trozo de su cara, mas notaba una expresión de eterno grito que petrificaba en furia, séase el contagio de mi espíritu. Y hasta el último átomo de mi cuerpo sintió su propio arder. Infernal odio que pocas veces siéntese en la vida. Porque una ola de violencia pareciera estar

surgiendo en el horizonte de mi razón. Terrible ida de mi pulsante mente en parálisis de desesperación, bíblico grito de cual coro ensordecedor de mil almas no calla mas hace colapsar su propio teatro. Mas no replique semejante furia. Y calmado fue mi actuar. Séase que el sable fue aquello que el padre de Dorotea percató, y su intento de risa hablóme de máscara que negaba sentencia. He ahí su entender, porque Enrique cerró sus ojos, sea el frío de sus dedos el posar sobre la frente de él, y levantó la cabeza del condenado. Sea su desmerecer ante lo divino, cual corona del pensar tiñó en vino. Porque su pensar fue cercenado de la razón. Sea entonces cercenada su cercanía a Dios al separar aquello que es más cercano al mismo.

Pues la corona que carece de la comprensión divina ya no es digna de posar sobre aquello que Dios diseñó a su imagen y semejanza.

He ahí que no mereció él poseer el recuerdo de Dorotea.

LIBRO TERCIO

LAMENTACIÓN II.

Sentamos con Enrique, paralizados estaban los ojos míos. Por cual tensión mía ha de ser la expresión de quien ha visto el infierno. Porque el ojo presionaba en profunda apertura, y la tragedia yacía sobre mi lado.
Fue la dirección de nuestro ver hacia la pared, y observamos la persiana entrecerrada y el emerger de una luz incandescente que acercaba, séase ello el calor lumínico del descontrol que llegaba a nuestra zona.

Y dije a Enrique que he visto la muerte, mas no la justicia.
Porque Dorotea fue la víctima que no pude salvar, y no pude más que seguir observando fríamente la luz proveniente de la ventana, con mi mentón levantado en angustia, y escuché a Enrique decirme que la justicia es venganza noble.
Y he de haber inclinado mi cabeza suavemente hacia mi diestra, sin mucho esfuerzo, y con la angustia aún en los ojos, contesté que este hombre fue quien traicionó a su hija por lo material, mas la

muerte de Dorotea no fue causa directa de quien hoy separóse de Dios. Porque Dorotea no hubiera caído del balcón sin el degeneramiento de Ludovico. Y enrique dio voces nuevamente, mencionando que esta lucha no es solo nuestra, es de todos. Hice pues, una pausa, y giré levemente para mirar a sus ojos, y pudo que notó las cejas mías tensionarse en furia. Entrecerró sus ojos, séase su leve sonrisa cuya réplica también fue la mía. Por cual ambos sentimos despertar aquel instinto que hízonos amigos años atrás. Sea mi respirar en determinante confianza. y miré con despreocupación hacia otro lado, y fueron mis palabras las que Enrique escuchó, y entendió que ya hubimos crecido lo suficiente, y nuestro actuar es más pensado. Enrique movió su cabeza lentamente en confirmación, y levantó una de sus cejas en ironía, a lo que rápidamente metióse el vicio en la boca mientras observaba el flujo de la tragedia llegando a nuestros pies, y noté el chasquido, y el brillo de la flama sobre su labio, sea pues una calidez

amenazante que resaltaba ese rostro lleno de ira contenida que yo conocía como a mí mismo. Y enrique tomó el filo que yo hube arrancado de mi piel, y ató a él sobre un fierro con un trozo de cual tela hubo pertenecido al indoloro. Cabellos enredaron en la presión de mis dedos, y colgaba de sus dorados hilos la tragedia y su peso. Tenía yo, el filo en la diestra y la desgracia en la siniestra, mas dejamos nosotros el caudal del trágico vino de lado, y salimos en dirección a la marcha frente a la madriguera desgraciada en la que estábamos. Fue el percatar nuestro el de antorchas que unas pocas docenas de degenerados aún llevaban luego del gran enfrentamiento en la avenida. Y entre su fuego observamos no solo la quema, pues vimos filos, y el metal que en grito ha de atravesar al ajeno. Ay de esas máquinas de destrucción, porque ellas escupían la chispa, y envolvían a los hombres en tempestades de vapor, callando sus clamores en el instante, y ellos caían inertes sobre el suelo. Mas érase que los cantos

seguían sonando, y escuchábanse los gritos acoplados exigiendo incoherencias. He ahí que tragedia y comedia tornóse aquello, porque en el panorama veíase a un burro correr, y sobre su lomo montaban dos hombres sin camisa, y ellos golpeaban con un palo a quien pasaba. Botellas caían, sus vidrios rompían y sus blancas efervescencias manchaban los suelos. Otros hombres corrían fieras con varas de hierro y madera en torpes movimientos, algunos intentando decidir en el momento qué hacer con la vara, o para donde correr. Una mujer cuya piel fue manto sobre hueso por semejante flacura acomodaba sus pantalones en desapego a lo visto, mientras el burro corría en círculos y una torre de basura precipitaba.

Mas yo trepé a la base de un monumento, al que la menguante sobre los cielos iluminaba con su brillo a los tallados de su contorno, y mi rostro de profunda decisión fue iluminado de forma amenazantemente lúgubre por el calor de las antorchas. Sea entonces mi silueta sobre el alto

altar cuya estatua yacía en los suelos, acompañada por el humo, y la llama, y decenas de hombres y mujeres, cual torbellino humano parecióme la tormentosa danza de mil formas alzando a la oscura bóveda a sus filos, y sus llamas, y sus banderas. Séase la gran mezcla caótica cuyo arte apreciaba el ojo mío. Mas fue mi voz el catalizador de la atención en el desorden, y desperté el escuchar en muchos que fueron sumándose a la hipnosis común. Porque sus ojos miraron al atrevimiento que hacía falta, y vieron ellos el alzar de mis brazos ante el caos, séase el elevar del filo y el colgar de la tragedia. Porque las masas que ya habían visto la malva y el vino pintar la gran Giannattasio con su caudal, han de volver a verlo, sea pues mi siniestra, la que sostiene la consecuencia de quien sacrifica la belleza. Y mis palabras fueron:
‘’¡Mirad!”;
‘’¡Mirad a las manos mías!”
Pues Enrique resguardaba a mí al costado del altar con su filo, mas el labio mío prosiguió su decir, y

hablé yo, que el eco escuchado en estas calles son clamores absurdos, pues grité a los muchos: ‘’¡Porque son todos ustedes ciegos ante el verdadero drama!”; ‘’¡Hunden en la mugre a velocidad que embriaga, hipnotizan ante músicas que sacuden el alma como ataque del descontrol, beben y hacen entrar a sus venas escoria que nubla la razón!’; ‘’Hombres jóvenes, la juventud, ¡todos!, ¡¿acaso no dan cuenta ustedes que levantan en una rebelión que es un grito contra el todo y la nada a la vez?!”; ‘’Y la gran mayoría de ustedes, que en lugar de elevarse en esta tormenta, andan en el conformismo, persiguiendo un bienestar barato. ¡¿De vuelta, no dan cuenta que viven bajo el yugo de una ruleta que promete a ustedes la felicidad, y que nunca llega?!, ¡ay si dijera que a ella la gira el torque de amenazadores en el poder!”; ‘’¡Como el indeseable de Ludovico!”; ‘’Porque él redujo a ustedes a simples números, a objetos intercambiables, polvo sin personalidad.’';

‘’¡Ha mimetizádose en un mundo sin alma, y las sombras de su mente desataron un plan infernal que los ha convertido a ustedes en degenerados sin rumbo!’’;
‘’¡He acá, y ahí, y en todas partes, la invasión de los forasteros, con sus costumbres inadecuadas, un asalto a la esencia misma de esta ciudad, mezclando la sangre de ellos con la de ustedes, ¡Ni una gota de respeto por lo que nuestros antepasados juraron mantener!’’;
‘’¡Y aunque queden vestigios del pasado, son profanados uno tras otro. y nuestros símbolos y rituales deben persistir, y ¡No los de aquellos parásitos que sientan sobre las poltronas del poder!, hablando de despojar lo sacro de su sentido, y dejando en ello solo un moralismo tembloroso para que no afecte a ellos a la hora de moldear la mente de los muchos!’’;
‘’Mirad los varones, que escuchan a mí gracias al poder de la palabra y el corazón, ustedes que atan sus mentes y corazones a los vicios más bajos, terminando en un carnaval de perversión donde la mujer es reducida y

elevada al mismo tiempo al rol de objeto central.‘’;
‘’¡Os digo que esto que ustedes veneran y sufren al mismo tiempo, es en realidad una intoxicación, un envenenamiento a nuestra ciudad, una plaga que manifiesta sus síntomas en mil formas de nuestra vida!”;
‘’¡Porque complementa a los hombres que buscan resaltar solo por su fuerza bruta, por una masculinidad atlética y vacía. ¡He ahí, aquellos falsos centrados en sí mismos que hoy escuchan a mí, olvidados de la trascendencia, reducidos a una prueba de resistencia en el vacío!”;
‘’Y solamente un hombre que carece completamente de la noción del orden natural y divino de las cosas, solamente él podría querer interferir con esa ley.”;
‘’¡La más alta ley del mundo espiritual!”
Filas de rostros en decisión miraban a mí, y de ellos rugió la oleada de aplausos y gritos que vida dio a mi espíritu.
Miré a mi sur, y vi a Enrique que sonreíame y alzaba su filo a los aires al grito de:
‘’¡Ave David!”

Mas reconocí otro rostro entre la multitud, y era él Nélido de Arellano junto a quien enteraríame érase su hermano, y él montaba un potrillo marrón, pues era traidor a la Guardia.
He aquí, que en la oscuridad de la noche distópica y la infinidad de la niebla embajadora del nihilismo, acompañado por una atmósfera de determinación y furia, érase mi yo quien tomó el potrillo blanco del desgraciado. Nélido cabalgaba su equino a mi siniestra junto a Enrique a quien había entregado un potrillo negro, y a mi diestra montábase el hermano de Nélido sobre un potrillo rubio, he ahí que junto a las piernas de tan noble animal caminaron siete primos, y ellos entregaban máquinas de longitud horrenda a la horda de furia.
Y una vez concebido el armado batallón, di mirada de mil batallas, mirando al orden debido, oh, rostros como fuego, alineados en filas y divisiones simétricas. Y mi corazón de orgullo inflamó, endureciéndose con fuerza infernal, instigado por las palabras que mi mente adoraba, acercando y

diciendo a Enrique que desde la Creación, las Naciones sobre la Tierra no han mirado a fuerza encarnada de tal magnitud, que nombrada con este hartazgo, ni la fila de los héroes de Tebas y Troya, ni las caballerías del príncipe Bohemundo y Tancredo, hubieron igualado jamás a tan gloriosa orden.
Y con el vasto conocimiento de Nélido y su hermano, comandamos la marcha de nuestra legión, contemplando mis ojos en súbita maravilla a la monstruosa visión desplegarse ante mí, de hombres y mujeres engalanados por las estrellas que la noche envolvía con su manto de ébano y esplendor divino. Maldita ironía de aristocracia, glorioso mensaje de humillación por parte de la Historia y sus milenios que recordábame el prevalecer de algunos comportamientos sin importar la estética de los tiempos. Oh, que pasamos cuadras, vastas y magníficas en su propia ruina, teatros de gloria que comparados con el menguado imperio de la decadencia, no fueron más

que jardín perdido ante el inmenso estallido de nuestros pies, con sus riquezas precipitadas sobre los suelos, viendo yo a Enrique estirar su diestra desde el equino, y revolviendo la bella miseria con su filo. He ahí, a ver qué afanarse.
Y caminamos en dirección al palacio Eurófeles, mirando al horizonte las luces de sus ventanas, porque en su interior Ludovico festejó con lujo e indiferencia. Mas el torrente de sombras inflamadas guiose bajo el estandarte de mi voluntad indómita, oh de mí, que fui el Caudillo que escucha al eco de los pasos resonar como preludio de guerra eterna mientras las chapas sonaban imitando al tambor, y el acordeón de uno de los nuestros dio melodía, marchando nosotros al ritmo de su nota. Y volvimos a pasar por la avenida que ya no quedaba. Ruinas sacadas de la propia ruina hiciéronse mar de desgracia a las orillas del Centenario, el Coloso condenó desde el horizonte, y cantábamos bajo la luz de las antorchas, diciendo que el

mundo entero podrá maldecirnos o alabar según sea su gusto por nuestra labor, mas no cambiará el hecho de que avanzábamos en incesante enojo, y que nada detendrá el trueno de nuestro paso. Mas pareciónos el palacio Eurófeles la casa del maligno, y en ella el Diablo reía a nosotros bajo el techo de su soledad. Ay que Nélido anduvo diciendo y alentando con malévola osadía, porque de su conocer fue que larga sesión de corruptas discusiones tuvieron los feudos del mal, he ahí que en mortal despistaje de aburrida trasnoche ignoraron aquello que acercaba. Oh que todo tallado en las fachadas, desde la danza hasta el rostro miró con tragedia a nuestro batallón, séase el sentir del cambio en la atmósfera, y en el horizonte, y en el cielo, y en la tierra. Con malvada osadía subimos la colina de la gran avenida, y miré a Enrique que venía vestido en adamanto y oro hablando y diciendo: ‘’¡Ay del cielo!, porque la noche no es penumbra, ¡ella es humo y carbón!” Y miramos las nubes, porque su gigantismo era

tal que parecía la inmensidad de mil corazones carbonizados, latiendo su lento burbujeo en el vientre de la tribulación celestial, y acercábase como amenaza divina sobre los hombres, por cual hubo tormenta, y llovió azufre.
Y di voces, y ellos escucharon:
‘’Harán pólvora.”
Y ellos hicieron pólvora con carbón y salitre, he aquí que con sus manos cavaron las orillas del Centenario, y tan prestos obraron, que tan pronto la obra fue hecha, y con diabólico hartazgo cargaron sus máquinas de adamanto con la sulfurosa mezcla. Y deteniendo al equino, dicté autoridad sobre las ennegrecidas manos, diciendo con emoción:
‘’¡Porque esta noche brillamos!”
Y ante la vista del Palacio Eurófeles sentí olor a hierro, y a mi hombro tomé, mirando como mis dedos tiñéronse de lastimadura por semejante lucha con el padre de Dorotea, y ante la vista del llanto de la vena, con diente apretado híceme de rabiosa idea.

Porque a Ludovico sentencié culpable, y pensé en un nuevo dispositivo de muerte, más feroz que la detonación sulfurosa. Por cual llamé a Enrique y Nélido para que venga con su hermano. Y al equino juntaron en atenta ronda, he aquí el comité de la maldad, porque miré una piedra sobre el suelo, y hablé diciendo:
‘’Sobre esta piedra levantarán el Leviatán.”
En profunda duda cuestionaron mi confuso plan, mas incité a la paciencia, y para comprobar lealtad ante sus ojos hablé al hermano de Nélido, y dije:
''Traerás a tus primos.''
Y él acercó a ellos, interrumpiendo su afán de entregar decenas de máquinas de muerte a los muchos, y vino con sus siete primos. Por cual ante la deseada llegada, ellos dieron honores a Nélido y a su hermano, y vinieron a mí presentándose, y sus nombres eran:
Adán, Felipe, Salvador, Ignacio, Amando, Damián y Luciano.
Y di órdenes, y hablé diciendo:
‘’Id, y traedme madera.”

Nélido interrumpió, y pidió siete equinos a otros traidores de la Gorra, y tan obedientes fueron que cada uno de los siete primos obtuvo su debido potrillo, y en decidida carrera cabalgaron hasta el campo de los santos, y decadentes carrozas fúnebres robaron para desarmar sus techos y abrir en vasto compartimiento a sus interiores, formando legiones de vehículos de carga. Y atado a sus potrillos, con chispa y respirando fuego, dirigieron sus ruedas hacia las profundidades del parque Buschental, y con osadía desarmaron el escenario de Moloch, montando sus horribles tallados y maderas sobre la legión de carga. Deteniéndose antes de llegar a mi equino ante la vista de las canoas sobre la costa del Centenario, por cual a ellas desarmaron, y en tempestades trajeron al tan deseado material.

En vasta asamblea el hermano de Nélido miró con astucia militar, y nombró aquellos que vistieron en negro, he aquí que bautizó uniforme sobre ellos, y sus palabras fueron:

"Ustedes acompañarán, y con armas defenderán a mis siete primos." Y acerqué a ellos, y les dije otra vez:
‘’Id, y traedme hierro.’’
Y los siete primos fuéronse junto a decenas de decididos, divididos en unidades de simétrica cantidad y respaldados por los más atentos de los atentos. Y ellos derribaron cada farol en cada puente y en cada cuadra. Mirando y escuchando con grave eco a las estructuras caer sobre la Nueva Ciudadela como demolición propia de matemática precisión.
Y a los tres jinetes expliqué mi invención mientras trazaba figuras y cálculos sobre el polvo con la punta de mi sable, observando la concentración en Enrique y la fascinación de Nélido junto a su hermano. He aquí que interrumpida fue nuestra conversación una vez nuestros hombres acercaron las masas de hierro oscuro en cantidades industriales. Por cual incité al ejército con consejo oscuro, y en vasta distribución, los muchos hiciéronse del material para obrar en legiones y construir herramientas infernales,

algunos llevando la mezcla sulfurosa en baldes, así como otros martillaban con fuertes golpes a la naciente estructura, separando las ruedas de las carrozas y uniéndolas por debajo de cual plataforma de acero forjaron varios metros de varas de bronce, adelante y atrás, así empujar y dirigir la dirección de sus ruedas como altar rodante. He aquí comenzaron a levantar las primeras torres, y sobre ellas miré a los más enemigos de todo vértigo, que sobre la cima del naciente esqueleto de oscuro hierro martillaron placas de madera, y sobre ellas tallaron bellas formas con filo improvisado y arte astuto. Horrenda fue la visión de ellos, que como colonia pareció la vastedad de sus sincronizados cuerpos al hacerse de esta temible labor. Saciada mi avaricia por finos materiales no fue, por cual acerqué a las rameras que a causa de mi liderazgo con atracción miraban a mis ojos, y les dije con paternal dominancia: "Id, y traedme el circuito de La máquina." Y ellas fueron, y con el atrevimiento del filo así como sus guardias

de ropa negra, hiciéronse del robo, porque entre las fachadas buscaron toda usina cuya arquitectura camuflara como residencia. Y ante el avistamiento del voltio como alerta a sus puertas de acero derribaron, así entrar a sus oscuros interiores, cortando y desmembrando sus hilos de cobre y goma. Oh del circuito, porque a la distancia escuché a muchas de las Positivas y las Rubias caer ante la chispa y el destello de zafiro, mas érase su indómita voluntad que entre vapor y muerte a

La máquina trajeron en gran desarme y peligroso enredo. Pacientes y decididos fueron Enrique y Nélido junto a su hermano, mientras miraban a los muchos que con cuerdas y fuerza horrenda arrastraron grandes cadenas adamantinas, y con fuego fundían una sobre la otra hasta lograr una masa de luz ardiente, y en astuto ingenio hiciéronse de su viscosidad hirviente para cortar una espantosa forma, aquí la creación de un filo escaleno e inmenso, que hundido fue en las frías aguas del

Centenario, y una vez enfriado, entre la niebla de sus vapores sulfurosos decenas afilaron su ángulo de muerte con piedras de silicio. Y con cadenas a la gran hoja levantaron hacia la cima de la gran estructura, he ahí que miré su lento ascenso, gimiendo hierro agudo y disparando chispa divina, al mismo tiempo que la horda obrera armaba en dirección a los cielos a los altos pilares. Decorándolos con circuito y tenebrosas esculturas de piedra y madera. Y miré a Enrique, contemplando y contagiando con sed de estreno. Oh, que la tan alta máquina de muerte industrial hipnotizó a Nélido y a sus primos también, cuando fue cargada con nafta y conectada con los circuitos de La máquina, haciendo temblar a las calles de Puerto Plateado con el eco de vastas trompetas instaladas sobre sus góticos tallados que con horrenda gravedad advirtió final absoluto a las Naciones de la Tierra. Ay de la estructura terrible y hermosa, que vestida en oro la miré como columna corintia por su delgada y alta proporción, asemejando sus brazos a

grandes labios abiertos, con el malvado rostro de fiera furiosa petrificada en el gesto de mil gritos sobre su cumbre, mientras el escaleno de la muerte érase cual diente único creíase mandíbula al caer y levantar en bucle gracias al poder del circuito.
Y escuché el trote de un Equino, y a mi diestra acercó Enrique con el ojo puesto sobre la creación, y mientras amagaba turbia sonrisa, negaba con su cabeza en ironía mientras decía:
‘’David, a esto no referí cuando definí la fe.’’

Empujando Nélido su hombro en camaradero gesto mientras los miles festejaban la finalización de la semejante obra mientras su hermano inspeccionaba con vasta precisión. Y los muchos bailaron, y lo hicieron en un movimiento de macabra caricatura, porque amacábanse inclinándose hacia diestra y siniestra mientras saltaban con un solo pie, alternando tanto cuál pie como cuál brazo levantarían o bajarían. Y en este festejo incliné mi cuello hacia Enrique para no dejar de mirar al

Leviatán, y con lágrima de tenso orgullo mis palabras fueron:
‘’Porque descendiendo veloz, este filo va a separar al tirano de su reino, y de su vida.’’ He aquí que detrás de tan alentadoras palabras anduvo jurando el corazón mío que antes del amanecer será la justicia por Dorotea.

LIBRO TERCIO
LAMENTACIÓN III.

La menguante bajó sesenta grados luego de alcanzar la cumbre de los cielos, y con temor al amanecer llegamos al gran jardín donde dos copas esperaban en cada columna, dándonos la bienvenida en condena.
Y Enrique dio voces:
‘’He acá, donde Ludovico vio el ciclo del día, también verá el ciclo de la vida’’
El equino de la Gorra formóse fila frente nuestro, y cantaron el alto al pie.
Nélido respondió a ellos, oh, del animal que enfrenta al propio de su especie, porque ellos escucharon las palabras de mi tan noble amigo que cantó la más verdadera

verdad de las verdades. Y vergüenza sintieron ellos, pues entendieron su falsa labor, por cual defendían a Ludovico, no a su pueblo, porque Puerto Plateado ha de ser el gran terror, y nosotros hemos de encarcelar nuestras vidas bajo el yugo de la reja ante la caída del sol, y ellos únicamente actúan para callar nuestros gritos. Séase pues, no la guardia del pueblo mas la Guardia de Ludovico. Y no quiere él nuestra paz, solo quiere a ella para sí mismo. Y ha de ser el crimen no la violencia, mas aquella genere tensión a su tiranía. Y Nélido dijo a ellos: ‘’¡Quien defiende a su pueblo no rompe ley alguna!”
Enrique interrumpió, y mencionó la desgracia de los alrededores, sea pues la increíble ironía de querer defender el orden, cuando el orden ha desaparecido, y hemos de vivir en el caos total, mas Enrique dijo a los muchos; “Porque si la guardia de Ludovico aún cree que puede intimidar nuestras filas con amenazas veladas, que sepan ellos, que la paciencia de esta ciudad acabó; ¡Y todas las

mentiras imprudentes de las bocas retorcidas de sus fieles feudos corruptos serán calladas!”
Euforia fue cual quiebre causó al silencio de la multitud, y mencionó él, que Ludovico ha de ser líder caído, séase yo, David Leblanc, la falange que volverá a levantar la una vez hermosa ciudad, mientras los torrenciales gritos decían en repetición:
“¡David guía, nosotros seguimos!, por cual un bajón de tensión sentí yo en el pecho y los oídos, oh, que mi cuerpo parecióme adormecer y mi alma gravitar cuando con su puño temblando, Enrique alzó voces a los cielos, y con sus ojos plasmados sobre la multitud, sus palabras parecieron al borde del llanto de la forma con la que gritó:
“¡David es Puerto Plateado como Puerto Plateado es David!; ¡Ludovico ya no es ley, y a David van a seguir!; ¡Gloria al máximo canciller!”
Y el ensordecedor grito de ¡Viva! que muchos dieron pareció surgir y distorsionarse antes de que Enrique pudiera incluso

terminar sus palabras, con tanta fuerza que a mis oídos fue como aguacero de fuego, he ahí que miré como uno de los nuestros quebraba una botella de vidrio, y mirando el sur inhalaba con fuerza, conteniendo mientras sostenía los costados de su cabeza con las manos, para luego sacudirlas frente a su pecho mientras entre convulsiones de euforia agachaba y gritaba a los suelos alabanzas a mi nombre. Y entre el ardiente continuo de las incesantes voces hubo Enrique hablado nuevamente con sus palabras ahogadas entre tantas alabanzas a mi persona, gritando y diciendo nuevas cosas que parecían sin origen, he ahí, que su voz fue nacida desde los festejos mientras su fanática lid exclamaba: "¡El regalo de la providencia, el que lleva en las venas a la sangre de reyes y guerreros, el hijo y padre de la revolución!; ¡El Caudillo David Leblanc!"

Una vez más, los gritos de la multitud parecieron quebrarse ante una intensidad aún mayor, séase el miedo de la Guardia, cuya imponente

presencia redujo en terror ante el fanatismo y la monstruosa máquina de muerte sobre nuestra sombra, golpeando su filo en diabólica repetición, y anunciando guerra con graves trompetas que al interior de todo cuerpo vibró, He aquí que los muchos gritaron honores.
Y Enrique desvió su mirada de la Guardia, y miró a nuestra gente alabando y gritando: "¡¿A quién seguirán entonces?!"
Y miré a Nélido, y a su hermano, y a sus siete primos, que así como los muchos elevaron sus brazos y manos hacia mí, gritando con fanatismo: “¡A él!”
Repitiendo en bucle la semejante adoración. Oh, esa marea de gritos de voces finas, perfectamente acoplados unos a los otros, porque la semejanza de su sonido fue el rugido del rayo amaneciendo desde fuegos marciales.
Hipnotizante fue el canto mesiánico cual bucle fanático provocóme el alzar de mi sable a los cielos, porque la Gorra miraba a mí con el terror petrificado en sus rostros, y dije a ellos:

“Que caiga el engaño es el voto que pronunciamos, sublime es la causa nuestra, y sagrado como el arca de Israel es el código de la belleza, por esto digo a ustedes;
¡Tiranos temblad, que por ella con gloria a morir!” y entre inconmensurables alaridos de gloria Enrique bajó del equino y levantó pecho frente a mi potrillo junto a otros fieles que también levantaron el suyo, y fue el entrelazado de sus brazos cual cadena no separaba al paso de nuestra convicción hacia las rejas del palacio sin temor a la muerte, diciendo con sus pasos que al vuelo o a la vil retirada.
La Guardia amenazó con la rígida puntería de sus puntas de hierro frente al avance de nuestra decisión. Y desencadenó la tormenta y su azufre, por cual truenos trajeron rayos, y consigo llamas y vapor, mas ahora su estallido rasgó los aires porque los fierros de la Guardia sonaron, viendo mis ojos a una pared de vapor formarse de izquierda a derecha en increíble velocidad, y parecióme flores brotar de los pechos de mis

hombres, y muchos cayeron mientras mi potrillo alzaba ante el descontrol.
Antorchas dejaron el rastro de su luz sobre las calles, mas la furia no cesaba, y Enrique dio voces, y ellos recordaron que el fuego que consume a nosotros es el que forjó nuestro ser. Y alzáronse la horda de hombres sobre la Guardia con cual voluntad provocó a ellos el resistir de los dolores. Y el Infierno tembló con nuestro paso. Pues al ritmo de sus voces, ejército resucitado fueron los caídos, y los de pie, así ellos respiraron fuerza unida con pensamiento fijo, y treparon las rejas del Palacio, hundiendo su fierro oscuro, séase el deforme del hierro cual liquidez asemejó al agua del Centenario. Y la gran marea de hombres cayó como desborde maldito hacia los delicados jardines del hermoso palacio, irrumpiendo con infinita furia entre la vastedad de sus gigantes columnas dóricas, un frente horrendo de temible extensión y deslumbrantes armas, en guisa de guerreros antiguos con ordenada lanza y escudo.

He ahí que vi un destello de luz así como mis oídos escucharon una detonación ensordecedora, porque una nube de vapor blanco levantaba desde el portón principal, y enseguida las puertas abrieron lentamente sus pliegues de bronce mientras el tallado de un águila en su cima era decapitada, y quien destruía a ella mantenía su equilibrio al colgar desde las rejas. Por cual el equino mío entró con fuerza junto a nuestros hombres, y entre lágrimas destellaban en mi mente los recuerdos de Dorotea.

Mas érase que entre las detonaciones y sus vapores caían demasiados, y fue mi equino el que tiró a mí desde su lomo, mas levanté en profunda convicción, porque fue la llama de las antorchas cual despejo causaba a la penumbra de la enorme estructura. Entramos por el gran pasillo que bienvenida daba a nuestra furia con su arte, séase el desorden en el orden, aristocrático eco de los suelos interrumpidos por el trueno de nuestra carrera y el flameo de las banderas, alzadas en punta como la lanza de Marte,

mientras a escaleras subíamos y bajábamos. Estatuas perdieron sus cabezas, barandas quebraron, y catedráticos interiores de más de una decena de metros de altura vi yo, porque eran en los curvados techos cuyas pinturas magníficas de guerra celestial daban bienvenida a nuestro caos con su oscuridad despejada por muchas hileras de lámparas estrelladas y candelabros llameantes, alimentados con nafta y asfalto. Nélido guio a los siete primos, y vinieron ellos hacia el salón de Ludovico, encontrándonos con la reunión de cuales rostros fueron cada pilar de la decadencia. Mas el miedo del degenerado veíase en sus ojos. He aquí que fueron las siluetas de los primos el engaño del convencer, porque Ludovico fue ofrecido el refugio, aceptando en ingenua confusión. Otros hombres vinieron a orden del hermano de Nélido que bajó a llamarlos, y ante su llegada fue la peste feudal despojada del salón con sus formales papeles de leyes y carpetas de cuero, y llevados fueron a las

afueras del palacio, dirigidos por Enrique, porque en interminable fila penal miraron al Leviatán a las afueras de las hundidas rejas, y entre los llanos suelos de este jardín profano caminaron en dirección al juicio, mientras Enrique obligaba a ellos a posar sus palmas en posición de oración, y agachar su mirada mientras que la gran tribulación sobre los cielos amenazaba con malvado rayo por detrás de la infernal máquina. Oh del escaleno de la muerte, que cada bajada de su bucle tinte fue a las aguas del Centenario, porque pareciera que desde las orillas de la laguna, una horrenda nube de escarlata teñía lentamente a las aguas, mientras centenares festejaban a la vil muerte. Y fue mi nombre el que resonó, pareciendo a mis oídos ser que preocupaba, porque eran sus palabras las que hablaban de derrota, he ahí que el murmullo tornó sentido, y escuché a Enrique que acercaba, y decía que semejante desquicio hizo despertar cuarteles, y la Gorra avanza por el oeste, así como grupos malditos de organizados tomaron

armas, y en alianza con la Gorra avanzan por el este, he aquí el palacio Eurófeles como último bastión de nuestra fallida revolución.
Por cual miró a Nélido diciendo que no hay tiempo para el Leviatán. Oh, que la Guardia acercaba y escape no había. Y con sudor sobre mi frente hube dicho que no pienso tomar riesgo alguno de que el degenerado sobreviva.
He aquí que declaré muerte, y Nélido dio órdenes a su hermano quien por gracia divina tuvo el honor de presentar su nombre en honorable despedida, llamándose Adriano, y como fiel guerrero, posicionó frente mío, elevando su mentón con sus ojos en formal contención de condena. Y luego miró a Nélido y a Enrique, gritando ‘’¡Ave David!’’, y retirándose a las afueras del palacio donde dio órdenes, y muchos de los feudos que esperaron la vil muerte en la fila del Leviatán, alivio sintieron, sabiendo que sobre las aguas no separarán de sus cuerpos.
Ay, que poco duró este alivio cuando en fila fueron entregados

herramientas, y en los jardines del palacio cavaron cual agujero fue el vientre donde sus cuerpos fusionaron ante el calor de interminables detonaciones. Y Ludovico tenso fue ante su incapacidad de comunicarse con el vasto exterior, mas a los segundos de falsa paz conté, y ante la indicación, las nubes desataron su furia en tormenta, porque en insensata osadía propia de atrevido preludio de intención homicida, uno de los primos tomó una de sus botellas, y como rayo fragmentado quebraron sus vidrios sobre su nuca, sintiendo la desaceleración del tiempo en su caída, y el brillo del vidrio acompañó su precipitación, séase el flujo de la condena brotar como cual vino es derramado cuando la tierra tiembla. Mas la furia causada por la traición fue su indiferencia ante cuánto vino fuera derramado, pues su alma aún deseaba la batalla. Y con ojo saturado en condena, entendió en silencio, que esa era la última vez en que la noche concentraríase en las afueras de sus paredes,

más aún, en poco tiempo su penumbra desbordará hacia su conciencia. Y Ludovico creyóse la máscara de soberbia, y calló su dolor, mas el tambaleo en su boca expuso al miedo, y a la furia, séase ello el entendimiento de que su vida comenzaba a irse, y gritó a ellos:
‘’¡Porque inocente soy del crimen por el cual soy acusado!’’
Mas el cesar del poder fue la declaración de Damián, y él expresaba en un tono cada vez más lento y siniestro al acercarse a la propia muerte de su oración. Y él acarició la ceja del degenerado, y su dedo imitó el recorrido de la lágrima, porque la maldad relajada era expresada con sus ojos bien abiertos. Y dijo que vería la muerte con nostalgia, porque la condena del más allá ha de ser terrible. Y perdió la máscara de soberbia ante la circunferencia del acorralamiento.
Y él desesperaba, lamentando y ansiando piedad, mas la orden de Damián fue el arrodillar. Luciano pidió mi sable, y con mis ojos puestos sobre la agonía del

sinvergüenza, di a él mi hoja, y en cual posición asemejó la gloria del ancestro guerrero, apuntó el filo en dirección al doliente que pulsa en condena, alzándose, y aunque el filo conoció el atrás del adelante, erró al doliente, por cual la conciencia de Ludovico fue de no cesar, y emitió cual alarido cerrado ha de ser propio del que siente su interior desbordar, sea pues el conteo de cada respiro el sentir de su propia vida escapando en cuenta regresiva.
Fue la tranquilidad la sentencia dentro de una desaceleración en el tiempo, y en el aire, porque él observaba como Amando impulsóse hacia él, y su filo conoció destino, y nuevamente Luciano, y luego Adán, y Salvador, y por último Ignacio. Mas Ludovico inhaló su propia perdición, y en un impulso de insurgencia contra el desborde de la vida gritaba a ellos con odio sin resistir, y maldecía, hasta que no pudo maldecir más. Intentó levantarse, mas el desborde de su vida traicionó sus pies, y como buen idólatra, quiso aferrarse de una de sus

estatuas, séase los siete justicieros no importarles, por cual ellos tornábanse con delicadez macabra, y cada filo érase su empuje, cada gota condenaba su equilibrio en sala, y el degenerado golpeóse contra toda pared, y toda estatua, y todo cuadro. Mas el filo sintióse en cada escape, sea la hipnosis la consecuencia del lento acercar hacia el espiral de su baile, agonizante ante la velocidad de los filos que aumentaba conforme al cierre de su acorralamiento. El colapso sobre el suelo fue su final.

Y véase el fluir de la vida saliente, tiñendo las alfombras caras, y las estatuillas de mármol cual base oscurecíase ante el trepar una humedad bordó. Mas ellos no cesaron, y la calma residió en su disfrute, pues carecieron los movimientos bruscos. Séase la contrastante delicadez emanada de la crueldad. Porque la felicidad contagiaba los aires, y fue su semejanza la ilustración medieval, porque podíase observar la condena del condenado, mas los encargados del partir han de sonreír, sea pues la poca culpa del

acto, y la actitud infantil ante la atrocidad. El aburrimiento fue el torno de la diversión, y los siete justicieros partieron, dejándolo a él. Séase esta noche, en la que entre lluvia sulfurosa y nubes de carbón, Ludovico despidió a las estrellas, así como yo despedí a las pecas de Dorotea. Y fue el vino de la desgracia el manto que cubría lo irreconocible de su ser. Y las luces lúgubres iluminaron la tragedia, sea el vino el caudal que difuminaba el torbellino entre la herida y la tela. Y la belleza de su miseria imitó la pintura clásica.

Sea el oscurecer de sus ropas, y la sala desordenada, de tal forma que cada objeto hacíase del suelo en armonía, y las estatuas descansaron junto a Ludovico, y las alfombras ondulábanse en arrugue, mas el flujo de la vida perdíase en la oscuridad donde la luz de sus lámparas ya no llegaba. Lento fue el flote de cual polvo iluminaba como destello diminuto sobre su frente y nariz, y sus verdes ojos cedieron ante el peso del párpado. Mas sentí el tiempo enlentecer ante mis labios abriendose en lenta

angustia, paralizándome ante el pensar, porque creíble no fue a mi razón lo causado. Y miré a través de la hermosa venta, y vi los hombres perder dirección, atacandose unos a los otros en incontrolable desquicio. Y sintióse en mí el bajón de los aires, oh, instrumento de los aires, que parecióme desvanecer mi mente en cual vahído siéntese en mi corazón como cual melodía surge de celestiales violines, curvándose ante los vientos, sea ella la reminiscencia al canto lúgubre del alma, por cual ópera alza su bostezo de angustia. Petrificado mi yo ante la horrible escena de esta ventana, y fue cual marco encuadró la desgracia de mi palabra, y la caída del puerto que una vez bautizado fue como la metáfora al brillo de su belleza. Porque de escarlata fueron las aguas del Centenario, vapores respiraron las calles, y los hombres fueron el violento oleaje del revoltoso mar. Grave tonalidad espectral fue cual lúgubre canto divino parecióme hundir el espíritu ante la hermosa entrada del Palacio, mirando alto arco, y por

debajo una veintena de hombres peleaba sobre las escaleras, y a su margen elevaron dos colosos pilares de mármol, adornados en alabastro, séase el fuego iluminando lugubremente al tallado del arco en la entrada, ay de sus hojas de piedra que predijeron cual viento traía la desgracia, séase el brillo de la infernal luz lo que hízome ver figuras pintadas de dioses y héroes inmortalizados en el baile de la guerra gloriosa. Una divina geometría cuyo entrelazado fue la sinfonía mineral. Y descendiendo siete escalones miré la escalera de mármol, cuyo blanco impoluto reflejó el fuego en suave resplandor mientras los hombres irrumpían con violenta desgracia, y levantaban las palmas de sus manos ante su propia caída, mirando a cual oscuro cielo fue el complejo tallado sobre el catedrático techo de este pasillo que daba bienvenida a la violencia a su interior, tapada por cuales flamas surgían de su interior como pesuña ardiente, inundando el bello techo de la catedrática entrada. Creciente canto de los

vientos contuvo su angustia en tensa represión, mas elevaron su melodía de condena divina ante el arder del fuego sobre el rostro de un bello ángel de mármol. Trance de angustia cual inocente expresión provocóme, séase que el melódico llanto parecióme certera voz entre bellos vientos. Y vi los pilares colapsar, y consigo el techo y sus ornamentos. Séase el espíritu enlenteciendo mis ojos ante el gran salón, cual pintura clásica formóse por el incurso del fuego iluminador de cual retina desespera en los hombres, y fueron ellos un lento torbellino que vióse como el violento abrazo de mil cuerpos. Mas fue la melodía del viento cuyo grito dio voz a la tragedia de sus rostros en un crecimiento imparable de su furioso canto. Y mi pecho no pudo más que inflar ante la contención de la desgarrante melodía por un leve instante, por cual fue el desborde de su contención el amagar a un silencio absoluto, mas el lento apagado no llegó a tal, y el viento fue el juicio divino que encarnó su sentencia en la melodía de cual violín ondula su fina

nota, séase en su esencia la caída de la sulfurosa lluvia, y rindiéndose ante su propia conversión a grito. Y liberóse el estallido del tambor de la condena divina, y el alarido de cual ópera destruye los cielos y el infierno. Séase el vahío de mi conciencia, y el lento desvanecer de mi panorama ante cual distancia enfoca al Palacio Eurófeles mientras acércase en melancólica lentitud desde el horizonte de la oscura ciudad. Mas el fervor de las llamas brotaban desde el rincón de su techo, sea pues, el espiral de la muerte la oscura nube de ceniza cual ojo del diablo provocóme en semejanza.

Lenta melodía desvanecía ante el pasar de mis ojos como vuelo de ave sobre los arcos y sus barandas, porque érase el fuego la pared que contrastaba con la penumbra de las bellas entradas curvas, y tres estatuas en distancia equidistante observaban sobre la cima de las barandas al infierno gestarse, y condenaban ellas desde la altura cual llama no alcanza, mas el lento flote de la chispa y el humo. Séase mi escuchar,

el de mujeres que corrían, cuyas telas semejaron el viento huracanado, y los hombres miraban a los cielos, echando polvo sobre sus cabezas, y dieron voces, llorando y lamentando:
"¡Ay de la gran ciudad en la que ciegos fuimos por sus placeres!;
¡Porque en una noche ha venido tu juicio!"
Y fueron sus lamentos la angustia de mil hombres. Y fue mi rostro golpeado por la infernal velocidad de un viento hirviente, ardiendo con su ceniza a los ojos míos. Y las oscuras nubes hablaron, porque ellas elevaron el ronquido de las tierras que quiebran. Irreconocible dentro de lo reconocible fue la avenida Giannattasio tanto para los ojos míos como el oído, porque escuché agonía y lamento, así como maldiciones que acercaban desde el horizonte, invisible por la gran cantidad de fuego, mas los vientos dieron el despejo la llama. He ahí que miré a la gran tribulación que emergía desde los cielos y la tierra, consumiendo el horizonte con su imparable avance, imitando la corrosión

infernal, y descargando sus relámpagos de escarlata y amatista sobre las aguas del Plata. Y violenta fue la velocidad con la que los cielos y las piedras iluminároнse, oh de la luz de mil infiernos, porque miré un enjambre de rayos horrendos, séase el rostro mío que iluminó con el destello del terror ante la imagen del Leviatán cayendo sobre su costado ante el peso de hombres que treparon su cima intentando escapar el asfixia de los vapores, más quemada fue la base de la horrenda estructura, y sobre una gran fogata parecióme la lenta caída de las grandes maderas y sus hombres aferrados a ellas. Y miré uno de los puentes de la ciudadela, y el manto sobre sí fue equivalente marea de personas, tirando cuerdas sobre las estatuas mientras golpeábanse y mordíanse unos a los otros entre sulfurosas detonaciones, quebrando con su peso el mármol, y caían a las aguas de los canales del Centenario. Oh, tantos fueron que la distancia convirtió su caída en el lento verter de un líquido humano. Y miré a una mujer que vestía en seda,

y ella saltaba hacia las aguas desde un precipicio a las costas del Centenario, mas su tela érase agarrada por un hombre que convertía su caída en cual torbellino trae consigo la tragedia, mas los ojos míos olvidaron lentamente su escena, elevando el ver hacia nueva miseria. Grandes eran las columnas de humo, con su violenta pasión, y su lenta furia, consumiendo los pilares y las murallas del Palacio Eurófeles en el hervor de la oscuridad mientras el túnel de ceniza retorcía aún más sobre los oscuros cielos. Y vi la tierra abrirse, porque parte de la hermosa rambla quebró su mármol, y hundióse en desplome de polvo sobre las aguas del Centenario, uniendo sus estáticas aguas con las del Río de la Plata. Y los hombres caían, y ahogaban diciendo que en las profundidades hablábase de amor, y ellos nadaron hacia la profundidad del engaño. He aquí que noté a la Guardia y sus vehículos de destrucción surgiendo desde los horizontes, y en organizadas filas hiciéronse del estruendo

de los fierros para reducir el desquicio, cayendo muchos ante el enfrentamiento de los pocos que aún fiel a la causa fueron. Mas resistencia alguna hicieron semejantes desquiciados, por cual miré la condena acercar lentamente y reduciendo escape alguno. Escuchando mis oídos a aquellos que desde las ventanas de este palacio dispararon sus últimos alientos ante el cercado de la muerte. Y en lenta angustia torné hacia mi sombra, y caminé entre ruinas, oh, tensa mis cejas fueron y en perpleja apatía propia de gestante desmayo caminé hacia las cámaras interiores, mirando cientos de asientos vacíos, desordenados entre una tenue niebla de pólvora, y el corazón parecióme entumecer ante saber que yo fui el destino de quienes una vez sentaron allí.

Y Nélido acercó junto a Enrique, y hube notado la determinación tensa en los ojos suyos, y decíame que la hora ha llegado, porque pocos resisten desde las ventanas, y érase el caudal de sus palabras el que fluía junto a los golpes viniendo

desde las paredes, porque muchos rindieron ante el acorralar, y tornaron el fierro contra sí mismos, por cual escuchaban mis oídos a los cuerpos golpear el suelo desde bellos salones que ocultaban a ellos. Y fuertes estallidos tornáronse causa de turbio susto, así como miré el brillo de los cristales convertirse en huracán de filo, porque toda tela desgarró, mientras caía el lento polvo de los techos. Mas veía yo a las paredes, y fue el agujero el patrón de su tallado. Por cual ante el susto perdí el sentir de mis manos, y mi pecho dolió en insoportable escorcha, y sintióse su ardor como el atravesar del rayo. Débiles fueron mis piernas, así como mis ojos, y arrodillé ante el giro de mis alrededores. Porque ha de haber sido inevitable que la oscuridad morfare al panorama de mis ojos, y la noche desapareció, y con ella desaparecieron los cielos y la tierra, sea que hasta el caos calló, y escuché la voz proveniente de la infinita oscuridad, y en este profundo sueño causado por la falla de mis latidos, escuché una dulce

voz que parecióme conocida, pues confuso fue a mi razón no haber sentido fragancia al azufre ente ella, porque más bien tensa paz fue aquello que sentí, y ella decía a mí:
‘’¿Por qué llevás la marca de la Muerte, David?”;
‘’Oh, cómo llora Dios por ti”;
‘’¿No ves cómo blasfemás contra Él?”:
‘’Escucharás ahora, las palabras del Gran Engañador. Y no caerás en su mentira. La cruz debe marcarte de manera literal. Debés tomar el ejemplo del Mesías.”; ‘’Llevarás la espada al Leviatán, y dejarás que el fuego te consuma. Y vivirás eternamente en el Paraíso.”;
‘’No esperés el Juicio Final. Porque será tu sacrificio el que arrojará a la Bestia al infierno.”;
‘’Hijo de Adán.”;
‘’Porque es esta tu última Prueba.”
Y una vez pronunciadas estas palabras parecióme escucharla hablar nuevamente, mas un tono extraño en su eco hízome dar cuenta que no trataba de la misma, pues escuché su frase, y ella dijo:

‘’¿De cuántos siglos es la profundidad de tu herida, David?’’
Y cinco filos fríos posaron sobre cada hombro mío, sea mi mover impedido por un aura de hielo y azufre. Y fue ello lo que hízome entender quién era ella, porque comprendí fue quien llevó a mí a separarme de la vida misma. Mas fue el entender mío que la vida es un regalo no la condena, y la vida es grande, más grande que ella, y ella no es yo, por cual expresé aquello que el espíritu calla ante su presencia, y di voces diciendo que recorreré la distancia necesaria para huir de sus ojos. Y parecióme el decir mío fue demasiado, porque blasfemé contra mí mismo, y he ahí que sentí perdía la religión que he adorado, y vaya que yo he intentado mantenerla a ella, mas es ya de consideración mía que no podré sostener mi fe. Y una vez más sentí haber blasfemado en contra del corazón mío. Y creí yo haberla escuchado a Dorotea y a su risa, y a la melodía de su arpa. Mas solamente creí, no que haya escuchado, y

cuestioné cómo sí he de escuchar, no a ella, mas a mí mismo, cada vez que despierto, porque la voz bajo el suspiro mío elije cual confesión de nostalgia ha de entristecer mis días, y confeso ante ella como el ciego que ha desorientádose a causa de su caída. Y cansado está el corazón mío de su propia tiranía, por cual dije a ella que con libertad no ofendo ni temo. Y otra vez sentí el haber hablado demasiado, mas ya no en mi contra, por cual debería considerar ella, la declaratoria que los siglos han esperado, porque ha fracasado cual resbalo causó mi arrodillamiento. Y es esto mi juicio, y el pasaje por donde el espíritu es purificado de su pecado. Mas ella no quiere que sea así, y engañóme a conducir esta revolución en contra de la estructura divina que redime el alma. Mas dije yo, lo que a ella más odia escuchar, porque no es ella, es él, y su nombre nunca fue Dorotea, pues ella es el rehén que convirtióse en disfraz, y fue él, la bestia que utilizó su apariencia para el engaño mío. Y sentí el cortar de los cinco filos en cada hombro,

porque sus garras atravesaron mi piel, y consigo sentí el arder de mis ojos ante la fragancia del azufre, mas percaté que el corazón mío detuvo para sentir la presión del hierro de la cadena cual cruz mía yace sobre el pecho, y con la fuerza de los cielos di el grito del espíritu:

‘’¡VADE RETRO SATANA!”

Y escuché yo cual alarido sonó en su semejanza a la repentina y ensordecedora exhalación de aire a presión, y sentí al maligno soltar la espalda mía. Mas entre la penumbra, vi elevarse amenazantemente una carroza de oro cuyo altar érase el de Dorotea, y su piel era de lapislázuli, mas sus ojos y labios pintaron con polvo de esmeralda y cinabrio. Y sobre su cabeza yacía la marca que significó suerte a los sabios del este, mas su inversión fue la muerte en el oeste. Por cual cuatro brazos fue el reconocer de mis ojos, y en el primero colgaba un corazón de cobre, en el segundo una copa desbordaba en vino, en el tercero sus dedos sostenían una corona de oro, y en el cuarto elevó

una espada cuyo acero tenía inscrito:
"He aquí, Sodoma la ilustre."
En asombro y condena paralicé yo, por cual intensa lágrima derramaron los ojos míos y delicado fue el abrir de mis labios. Mas el girar de sus brazos vi yo, y provocóme la hipnosis del juicio. Sentí pues, al esconderse la espada detrás de su espalda, la vibración en el corazón mío. Golpe cuya indescifrable fuerza sintióse el vacío temblar, y la melodía profética de los cielos silenció para escuchar el retumbar. Eco de violencia cual emanar ha de ser del profundo tímpano cuyo eco daba paso a su voz que decíame:
"He tu lloriqueo, trágico santo desgraciado, conozco muy bien tu dolor, y aun así no dejaste entrara a tu corazón."
Y fue su mención al corazón mío, el provocar del zumbido en el oído, las cejas mías tensionaron ante el fervor del enojo, y recordé yo, a lo que él llevóme a hacer, pues el seguir de sus palabras fue la burla, sea su decir el que mencionó al reino de

los cielos, cual fueme prometido, mas ha de ser la traición mía a Dios. Y no caí yo en su mentira, pues conozco aquello que define a Dios, y él es el amor. Y sus palabras enojaron, pues sintióse ofendido que su imitación de quien yo una vez amé no hubo de convencerme. Y dijo en desprecio: “Oh del indeseable, porque escapaste tu condena, y quemaste el castillo, eligiendo caer como el cobarde de tu hermano ante el terror de la consecuencia.”
Mas lloré, y dije que arrepiento de mi actuar, porque el amor no provoca lo que yo cometí. Ay de mí que hube entendido la alegoría de mi purgatorio, diciendo a la bestia que nunca hubiera yo desatado el terror en las calles junto a quienes comparten mi sufrimiento si tan solo supiera que mi actuar era para mal, mas pensaba yo purificaría el mundo al deshacerme de aquello en lo que veía mi propio dolor, y de a quienes veía responsables. Mas la estatua de lapislázuli vibró. Trozos cayeron, y el vino de su copa derramó. Resentido fue su decir, pues decíame con

desespero y odio, que ha de ser su engaño el de Dorotea, y provocó él mi sacrificio en vida, porque ha de quererme muerto, pues lideraría, y lideré yo, en el fin de los tiempos, a los inciertos entre el cielo y el infierno, sea pues mi convencer, el de quienes llaman hogar al purgatorio. Porque la bóveda del infierno ha cerrado para dar su último golpe en contra de la santa puerta del Reino de Dios.
Diciendo y Maldiciendo la Bestia en diabólica tentación: “Porque hubiste destruido lo que separa ambos reinos si no fuera por ese engaño que llámase santidad.”;
“¿Ha olvidado tu memoria a tus queridos?”;
“Tan sublime compañía hubieran tenido ellos y Dorotea al ver desde el paraíso a la asunción del infierno.”
“Ay David, porque cuando caí por nueve días juré que si no pude torcer la voluntad de los cielos, levantaría el infierno.”
Y tan sordo fue mi oído a sus tentaciones, que en suyo lugar dije a la Bestia que mi único arrepentimiento es haber lamentado tantas lágrimas, porque mil años ha durado

mi condena por aferrarme al recuerdo de un ídolo en vez del amor a Dios. Mas han de haberse juntado el paso de los siglos, y hubo convertido mi tortura en la síntesis de la decadencia acumulada por quienes comparten la misma sangre que corre por mis venas, Y sentí el zumbido en mis oídos, y escuché el eco de incontables trompetas de cual gloria acércase, y fue el ascenso de esta celestial melodía de guerra lo que provocó que tomara mi cruz, y arranqué a ella, mostrándosela a la estatua maldita, y grité con gloria que ella no hará nada que exceda al límite de Dios. Y la bestia de lapislázuli comenzó a derrumbarse como montaña, y aún con mis ojos fijados en ella, pude notar a mis costados el emerger de dos cilindros de luz azul envueltos en un torbellino de plumas simétricas, y cada luz medía tres metros de altura, mas transformaron en la belleza de dos jóvenes hombres que vestían en platino con dos grandes alas que cubrían sus espaldas. Y su piel resplandecía como la nieve, sus ojos eran el brillo del diamante, y su

cabello era una larga enredadera como oro ardiente. Y ellos dijeron su nombre, séase la lucha de mi espíritu, respaldada por la inmaculada gloria del Arcángel Miguel y Rafael. Y Miguel levantó su espada contra la bestia que negaba a caer, y dijo él a mí: "No mirés, o te convertirás en estatua de sal."

Y mientras Rafael cubrióme con su abrazo, una luz azul surgió de la espada, y tanto la tierra como los cielos fueron iluminados con la infinita fuerza divina de una luz azul tan fuerte que hasta las piedras tornaron transparentes. Y escondí mi rostro detrás del pecho platinado de Rafael, mientras sus alas cerraron como segundo abrazo. Y la conciencia fue mi recuperar, difícil fue mi ver, lento érase mi escuchar. Mas razonar no fue mi instinto, porque la convicción de destino sentí en el alma. Pues hallé mi yo sobre el suelo del palacio Eurófeles junto a la ceniza, y entre los vapores del desquicio ensordecedor fue que vieron los ojos míos a Enrique y Nélido, y llevábanse la diestra

enfierrada a sus sienes. Y rígida era la determinación suya, porque Enrique dio voces, y al grito de Ave David hube escuchado yo un estallido, cayendo él sobre sus pies en violento desplome. Y luego Nélido gritó Ave David, y otra detonación escuché yo, porque fueron mis ojos testigos de su cuerpo golpeando el suelo. Sea que sus rostros expresaban el cansancio mientras el caudal de la desgracia fluía desde el costado de sus cabezas. Y paralicé ante cómo a quién una vez consideré hermano convirtióse en cual inerte cuerpo habíase olvidado de toda vida, he ahí que noté en la frialdad de su caída que él ya no sentía. Mas el fuego consumía la zona, sea mi escuchar, el de los gritos de pelea y agonía que resonaban desde afuera del palacio. Mar de desgracia fue su entrada, y un torbellino inmóvil de caídos, inertes fueron junto a sus banderas y armas. Mas híceme del preocupar, por cual decíame que no terminaré como Ludovico. Clamando que no caeré en las manos de enemigos

sin líder y, oh de la ironía, que a su paralelo fui yo el líder sin ejército. Por cual entre trozos de ángeles y escombros de pilares dóricos híceme de la poca fuerza, y arrastré hasta lograr levantarme, y llegar al salón de Ludovico, donde encontré su desgracia. Séase la tensa aceptación cual reacción tuve yo, porque serios fueron mis ojos, y senté en su silla, pues sabía la condena mía ha de ser pagada con fuego. Y esperé desde el otro lado del bello salón, junto con la tragedia a mi lado. Y miré el lento iluminar dorado, y mi pecho marcó sentencia, porque de ahí no saldría yo. Y en una sensación de lento acercar, las llamas comenzaron a iluminar la hermosa sala desde el marco de la puerta, y el rincón del techo fue cual lago de fuego expandíase lentamente como mancha cuyo arder no desbordaba, devorando los tallados tanto en el techo mismo como en la pared. Y yo no hice otra cosa más que mirar el acercar de mi destino. Y con mis cansados ojos fijados en semejante escena, comencé a

cuestionar mi ser, y sonreí con la furia contenida, porque cercené el vivir de algunos, así como causé la furia en miles. Y siento en el vacío eco húmedo al silencio posterior a la tragedia, y ahora solo queda esperar la condena. Sea pues mi vida no más que el camino del engaño, porque el partir físico de Dorotea fue algo que únicamente ha dejado a mí con el recuerdo de su belleza. Sea mi sentir no el amor mas el deseo por una felicidad que no encontré en mí mismo. Y cuestioné yo, que el amor es la apertura del alma hacia el otro, una naturaleza la cual jamás podrá cifrarse en el vórtice sombrío del Ego, porque el Diablo no fue castigado en el calor del fuego mas en el frío de la soledad de su propio nombre, cuya fractura eterna fue separarse del flujo divino del Amor.

He aquí que reconozco que el único amor que una vez sentí por Dorotea no fue su idea, mas aquella vez que ambos escuchamos el sonido de nuestra voz, así como el eco de mis labios sobre el costado de su rostro. Porque son estos los

momentos en que ambas almas no pensaron en ideales, mas en la pureza de la inocencia que trae consigo el regalo de la vida y sus inesperados regalos. Porque si hubieron sonrisas, solo el Bien puede causarlo. Por cual díjeme, que el recuerdo de aquella felicidad es mayor que todo ídolo, y lo será así tanto en la vida como en la muerte, porque fue ello mi único destello de lo verdaderamente divino, y si tan hermoso fue en vida, imagino pues, lo que será junto a Dios.

Mas el sofocante calor de la sala envolvióme, y fue ello una sensación quebradora de mi seriedad delirante, provocando que vuelva contemplar a la luz calcinante, y vi en ella el brillo de aquel cabello ardiente, oh, nubes de oscuridad emanando de su calor, hundiendo en un sueño que arde, y desearía que si no fuera por mi torpeza, Dorotea y yo podríamos estar viviendo este sueño juntos, sea el calor del mismo, el sentimiento y no mi arrepentimiento.
Y hube cuestionando a su vez el recuerdo de

Enrique, porque sobrevivía él a la maldad de su entorno, incluso desde la inmediatez de su nacer, mas contrastaba yo, porque nunca tuve su impulso a sobrevivir, y nunca fue mi vida vivida con el objetivo de vivir, mas fue lo mío el equivalente al fruto cuya posterior caída luego de nacer es donde encuéntrase con su inerte espera hacia la lenta muerte sobre la fría tierra. Y he de sentir ahora el consecuente dolor de no haber vivido, un arrepentimiento que surge como un respiro que hierve desde la profundidad de las brasas del espíritu al igual que esta sala. La cual veo su arder, tan rápido que asusta, y cuestiono mi sentencia al castigo bajo la flama, por encarnar en mi persona lo que el mundo grita desde su propia tumba, de la cual, como flor que crece en el campo de los santos, una vez surgió la Mujer que amé, y hoy amo su recuerdo. Sea ella a quien no pienso abandonar incluso cuando los cielos apaguen, y mientras el sol brille, ella estará esperando con su propio cielo. Porque

siempre fue Dorotea como sol naciente con su joven belleza. Sea ella, al mismo tiempo, tanto la flor que es iluminada, como el sol que la ilumina. Y recordaba yo las veces que vi sus ojos fijarse en mí, y cuestioné que si una vez su corazón ardió por mí, será entonces el eco de ese único latido que ha quedado perdido en el vacío, y es el calor de su sonido lo que está reuniéndonos. Porque ahora arde a mí más que antes, y sé que cuando arde a mí, es porque ella también está ardiendo por mí. Y miré el mármol arder, y mi silueta difuminar, porque fue ello el contraste de las sombras y la luz ardiente, con la que el cabello de Dorotea pareciera iluminar el salón. Y vi las columnas colapsar en una precipitación de mármol que poseía delicadeza en su propio drama, y en el ardor vi un destello de luz abrir ante mis ojos a una visión hermosa, trazada con arte divino y gloria, una forma cuyo contorno reconocí, y al contemplar a tan sacra figura sentí el fervor en el espíritu, porque vi descender a quien la luz reflejaba su cabello como si fuera el

arder mismo, porque una vez más vi en vida la delicadez de la mujer anhelada por mis latidos, y sentí la esperanza por ese amor inocente que siempre hube deseado. Y ccercando un debido abrazo, fue su pasión manifestada en la presión de sus brazos, y mis manos sintieron su rostro como aurora que trae consigo la esperanza. Notando en ella un intento de sonrisa, alterada por cada pulso de su corazón, y eco de mi propia redención. Sintiendo el tensar de mi rostro ante el gran calor de un ser tan redentor. Oh del adormecimiento de paz que conquista al cuerpo, porque infinita felicidad sentí, sea ello el fruto de su sonrisa al comprender resistencia de mi espíritu a no soltar su amor por tanto tiempo. Y tomé su rostro, y volví a abrazarla de tal manera que sus pecas hallaron contacto con la cruz metálica sobre mi pecho, porque en la pared que resguarda el alma sentí la bendición de mis lágrimas ante el peso de su cuerpo. Mas dije a ella, que si Dios es amor, que será entonces un pobre condenado como yo. Y

con voz angelical respondió al lamento de mi espíritu: "David, porque ha dado Dios un cuerpo y un nombre, mas es tu alma la historia misma, y en ella luchó el Bien y el Mal.” Sintiendo el retiro de una de sus manos de mi espalda, sea la consecuente colocación de su delicada palma sobre mi rostro acompañada por palabras hermosas que con tanto amor declararon que junto a Dios hubo mirado mis lágrimas, porque tanto fue mi amor por ella que hasta el Mal encontró fuerza en él; “Oh, cuán sabio fue el Señor, que miró tu herida y la esperó crecer, mandando a mí para que llevaras tu espada al Mal.” Y ante el encanto de sus palabras tomé su rostro, y quise lamentar, y no pude, porque mis lágrimas cesaron, quedando yo en sublime contemplación. Y como fragancia de cambio, miré en ella una hipnosis ante mis ojos, reconociendo mi misma parálisis de encanto. Y sus labios revelaron: “David, fuiste profeta, y yo tu revelación.”

Y miré sus cejas levantarse como la luz primera de los

amaneceres, y sus labios abrieron lentamente como telón de teatro a punto de dar el último acto. Y hubo tornádose la sensación en acto, porque junto con su resplandor, Dorotea y yo acercamos lentamente, y en lentitud de desmayo, vi el desvanecer de las luces de la realidad, y no pude más que cerrar mis ojos, y dejar caer mis labios sobre los suyos.

Y su beso fue suave como el invierno, perdiéndome en su pasión mientras las cenizas caían en lentitud, y toda tragedia fue testigo de cómo nuestro beso fue el puente unificador del alma, y fue la delicadez del golpe de nuestros labios escuchado en una melodía que al espíritu sonó como viento de tormenta, cual caos nace de su posterior calma el grito de la celestial cuerda despidiendo su preciosa melodía, sincronizada a las ondulaciones de los vientos como lamento clásico. Sea su intensidad la consecuencia a la presión de nuestro beso en profunda pasión, para luego apagar su melodía en lenta agudez, emanando una melancolía aristocrática, y dejando un eco de belleza como si

tratárase de los pasillos de Versalles. Un sentimiento de revelación más profundo que toda palabra, una disolución de la realidad en la fantasía. Y ante este amor que a mi lamento calmó, digo que ahora cambia a quién dirijo tan sublimes palabras. Porque si nuestras almas no volvieron a encontrarse en la Europa antigua, lo hicieron mil años después en las tierras que Roma desconocía. Y es este beso que desde mi más temprana edad he deseado, el que hemos dado mientras las filas celestiales miramos aprontar para la última gran batalla sobre los cielos, una que con tanto amor esperamos, porque será la unión nuestra en el nuevo Edén, y han sido tus labios, la confirmación de la eterna gloria.

La noche en la que brillamos.

Dorotea.

De pie al borde del cráter,
como los profetas una vez dijeron.
Y las cenizas están todas frías ahora.
No hay más balas,
y las brasas están muertas.
Susurros en el aire,
cuentan las historias
de los hermanos desaparecidos:
Desolación.
Devastación.
Qué desastre hicimos
cuando todo salió mal.
Mirando,
desde el borde del circo,
para que empiecen los juegos:
Gladiadores,
desenvainan sus espadas.
Forman sus filas para el Armagedón:
Soy nuclear.
Soy salvaje.
Me rompo por dentro.
Un corazón de vidrio roto,
profanado.
En lo profundo:
El hijo abandonado.
De pie,
en el borde del inframundo,
mirando al abismo.
Y esperando algún milagro:
Para escapar de todo esto.
Oh.
El hijo abandonado.

—Mike Oldfield

HAEC SCRIPTA MONVMENTVM EST
PRO MVLIERE QVAE ERIT
SED QVAE MIHI HODIE
PVLCHERRIMA EST